BRAEMÉ

—

INVENCIBLE AMOR

19308

Biblioteca Nacional de España

1
19308

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ENCUADERNACION
LUIS GARCIA
Gravina, 4 pral.
MADRID

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CARLOTA M. BRAEME

INVENCIBLE AMOR

CASA EDITORIAL
MAUCCI
MALLORCA 226-228
BARCELONA

1910
160
16
Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

INVENCIBLE AMOR

Biblioteca Nacional de España

OBRAS DE CARLOTA M. BRAEMÉ

de venta en esta Casa Editorial

Dora.	*1*	*tomo*
Azucena.	*1*	»
Una Lucha de Amor. . . .	*1*	»
Corazón de oro.	*1*	»
En su mañana de bodas. . .	*1*	»

Biblioteca Nacional de España

03.904

Carlota M. Braemé

Invencible Amor

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

TRADUCCIÓN

de

Ramón Orts-Ramos

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI.—CALLE DE MALLORCA, 226 Y 228

Buenos Ayres	México
MAUCCI HERMANOS	MAUCCI HERMANOS
Cuyo, 1070	Primera del Relox, 1

1902

Biblioteca Nacional de España

Tipografía de la Casa Editorial Maucci, Barcelona.

Biblioteca Nacional de España

INVENCIBLE AMOR

CAPÍTULO PRIMERO

UN CARÁCTER

El sitio era bastante singular tratándose de una agencia de aquella índole; pero la señora Selini debía saber lo que se traía entre manos, cuando estableció sus oficinas en un aristocrático barrio, y en una casa contigua á la mansión señorial de los condes Dowager de Barewood. La honorable condesa quedó altamente sorprendida, y, hablando con sus amigos de la tal agencia, predijo que la institución de la señora Selini se declararía muy pronto en quiebra. No obstante esta predicción, la agencia pros-

Biblioteca Nacional de España

peró y contaba entre sus clientes á muchas familias nobles.

Una hermosa mañana de Mayo, un carruaje se detuvo delante de las oficinas de la señora Selini, y apeóse de él un guapo y elegante caballero, que transcendía á noble, tanta era la distinción de sus modales. Hubo algún movimiento en el interior de la casa, y cuando se presentó el lacayuelo que anunciaba las visitas, sir Osvaldo Darrell, que así se llamaba el caballero, entrególe su tarjeta.

—Estoy citado,—dijo,—con la señora Selini.

Fué introducido en un elegantísimo gabinete, y, á los pocos minutos, se presentó la señora Selini en persona, una francesa vivaracha y simpática cuyos negros ojos parecían querer abarcarlo todo de una mirada. Sir Osvaldo se inclinó con majestuosa cortesía, con esa antigua y graciosa distinción que ya se ha perdido.

—¿Ha sido usted lo bastante afortunada, señora, para encontrar lo que deseábamos?—preguntó.

—Creo que quedará usted contento, sir Osvaldo... Digo más; estoy segura de ello,—respondió la señora.—He encontrado una señorita, con quien hablará usted luego, y que me parece, sin exageración, lo que se llama un tesoro.

Sir Osvaldo inclinóse de nuevo y la señora continuó:

—Miss Hastings... miss Inés Hastings, durante los últimos seis años, se encargó de la educación de las dos hijas de lady Castledine, y como ahora, estas señoritas se presentarán pronto en sociedad, conoce que allí sus servicios no son necesarios y...

—¿Y cree usted, señora, que podrá desempeñar un cargo, para el que se necesita una persona de talento y refinada educación?

—Sí por cierto,—repuso la señora.—Miss Hastings tiene treinta años de edad. Su educación es perfecta y sus modales de una gran distinción. Es persona de gran refinamiento, y sobre todo, posee una gran experiencia acerca

Biblioteca Nacional de España

de su sexo. ¿No cree usted, sir Osvaldo, que no podíamos encontrar nada mejor?

—Cierto. ¿Y está aquí esa señorita? ¿Podría verla?

La señora Selini tocó el timbre y dijo al lacayuelo que rogase á miss Hastings que fuese á su gabinete. A los pocos minutos una elegante y apuesta dama entró en la estancia. Adelantóse con graciosa viveza y una dignidad que parecía innata en ella; no había en sus modales ni la más remota señal de ordinariez ó cortedad.

La señora Selini hizo la presentación de rúbrica.

—Ahora,—dijo después,—les dejo á ustedes para que arreglen el asunto á su sabor.

La señora abandonó el salón sonriendo graciosamente, y entonces sir Osvaldo, con su peculiar cortesía, ofreció una silla á miss Hastings. Contempló durante algunos momentos el rostro inteligente y pálido de la institutriz, como buscando la palabra para empezar, y por último, dijo:

—¿Supongo que la señora Selini habrá dicho á usted lo que deseo, miss Hastings?

—Sí,—respondió con viveza;—su sobrina no se ha educado bien, y usted desea una persona que se encargue de corregir esta falta.

—¡Mal educada!—exclamó sir Osvaldo.—Mi querida señorita, esa es una palabra dulce, un eufemismo, que no expresa ni siquiera la mitad de lo real. No quiero disimular con usted y le aseguro que me horroriza lo que ha sucedido.

Miss Hastings sonrió.

—¡Educada!—repitió. — ¡Es una muchacha salvaje... una verdadera salvaje! ¡No puede serlo más!

—¡Entonces es que no ha estado bien dirigida, sir Osvaldo!

—¡Bien dirigida!... Mi querida miss... ¿puede usted imaginarse lo que es una parra silvestre?... ¿una parra que jamás ha sido cultivada ni podada, pero que extiende sus

Biblioteca Nacional de España

sarmientos con toda su natural belleza y vigor, enlazando entre ellos los árboles seculares? Pues la viva imagen de esa parra es el carácter de mi sobrina.

Miss Hastings tuvo un pequeño momento de vacilación. La pupila que se le proponía era muy diferente de las elegantes y agradables hijas de lady Castledine.

—Quizás sea necesario,—continuó sir Osvaldo,—explicar á usted la peculiar posición que ocupa miss Paulina Darrell, que así se llama mi sobrina.

El rostro del noble caballero enrojeció un tanto é inclinó su majestuosa cabeza, como si algún recuerdo amargo le asaltase en aquel momento: luego hizo un gesto con la mano donde brillaba un hermoso brillante, y dijo:

—No es necesario decirla á usted, miss Hastings, que los Darrell son una de las más antiguas familias de Inglaterra, antigua, honrada, y he de confesarlo, orgullosa, muy orgullosa. Mi padre, el difunto sir Hildeberto Darrell, era uno de los hombres más serios y reservados del mundo. Tuvo dos hijos de su matrimonio, yo y una hija, doce años más joven que yo, mi hermana Felicia. Yo me eduqué fuera de casa. Uno de los caprichos de mi padre era el que yo conociese muchos países y que estudiase á los hombres y á las mujeres, antes de ocupar una posición en el mundo; por este motivo conocía poco á mi hermana Felicia. Era muy pequeña cuando yo salí de casa... y el drama de su vida se desarrolló antes de que volviese á ella.

Y otra vez una llamarada de rubor encendió el pálido y aristocrático rostro de sir Osvaldo.

—Es necesario que yo haga esta relación, que quizás importune á usted, miss Hastings, pero así, conociendo esto, conocerá usted mejor á mi sobrina. No puedo decirla á usted como sucedió la cosa, únicamente sé, que al regresar á casa, mi hermana había consumado su desgracia; abandonó el hogar con un artista francés, á quien mi padre había contratado para renovar algunas pinturas en

Biblioteca Nacional de España

Darrell Court. Repito que no pude saber cómo había pasado esto... quizás el acto tuviese alguna excusa. La casa quizás era demasiado triste.. mi padre era severo y frío, y mi madre no existía ya. Quizás al ofrecerla el artista su apasionado amor, y el encanto de los países meridionales, no pudo resistir á la tentación, pobre niña, y abandonó la casa paterna.

«La ira de mi padre fué terrible; persiguió á Julián El Extraño con feroz encarnizamiento. Creo que aquel hombre era un aventajado artista, pero mi padre, que había jurado su ruina, no se detuvo hasta conseguirlo... hasta sumirle en la miseria más espantosa; entonces mi hermana imploró su auxilio, que le fué rehusado. Mi padre prohibió que su nombre fuese pronunciado en casa; rompió sus retratos; todo cuanto le pertenecía desapareció de Darrell Court.

»Cuando yo regresé, en una conferencia que no olvidaré jamás, mi padre me amenazó, no sólo con desheredarme, sino con su maldición, si algún día tenía la menor relación con mi hermana. No sabía si era capaz de obedecer los mandatos de mi padre respecto á este particular, pero tampoco sabía en qué parte del mundo se encontraba mi pobre hermana. Supe su muerte al poco tiempo, y no me cabe duda que las privaciones la mataron. Fué mi padre quien me dió la noticia, añadiendo que había dejado una hija... hizo más; escribió á Julián El Extraño, ofreciéndole hacerse cargo de su hija, con la condición de no verla jamás ni tener comunicación alguna con ella.

»La respuesta fué, como usted se imaginará, una rotunda negativa. En la misma carta, como postdata, en letras gruesas que denunciaban una mano infantil, se leía lo siguiente:

«Quiero mucho á mi papá, y á usted no le quiero. No quiero vivir con usted. Es usted un hombre cruel que ha causado la muerte de mi madre.»

Biblioteca Nacional de España

»Era una nota característica, y estaba firmada por «Paulina El Extraño.» El disgusto de mi padre fué grande al leer aquellas líneas. Yo confieso que me divirtió más que me apesadumbró.

»Mi padre, miss Hastings, vivió hasta una edad avanzada. Cuando le sucedí no era yo ningún joven. Me dejó toda su fortuna. Necesito hacer presente que Darrell y Andleigh Royal, no están vinculados. En su testamento mi padre no hacía mención de su nieta; pero después que hube arreglado todos mis asuntos, resolví buscarla. Durante diez años recorrí casi toda Europa; Francia, Italia, España y otras regiones en que me pareció podía el artista haber sentado sus reales.

»Ya desesperaba de dar con sus huellas, cuando, hace tres meses, recibí una carta de Julián, escrita en el lecho de muerte, en la cual me suplicaba cuidase de su hija, que es una hermosísima joven de diecisiete años. Entonces supe que habían estado viviendo, durante largos años, en París, en la calle del Olmo. Dile sepultura, trájeme su hija á Inglaterra, y después de muchas controversias ha consentido en adoptar el apellido Darrell. Pero conozco todo el peso de la misión que he emprendido. Paulina ha de ser mi heredera, miss Hastings. Debe sucederme en el patrimonio de Darrell Court; no tengo otros parientes. Pero... en fin, no quiero desesperar: ¿quiere usted probar qué partido podemos sacar de ella?

—¿Cuáles son sus defectos? — preguntó miss Hastings.

Sir Osvaldo contempló sus blancas manos con un gesto de desesperación.

—Lo diré brevemente. Ha vivido entre artistas. Parece no tener conocimiento de ninguna de las cualidades de su sexo. Es... y me cuesta rubor confesarlo, una perfecta bohemia. Si es susceptible de transformarse en algo que se parezca á una dama, no sabré decirlo. ¿Quiere usted tomar sobre sí semejante empresa, miss Hastings?

Biblioteca Nacional de España

—Con mucho gusto, sir Osvaldo.

—Se lo agradezco infinito. Usted me permitirá que yo sea tan espléndido como pueda, pues su misión no es cosa baladí.

Y así terminó la entrevista, con mutua satisfacción por ambas partes.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II

¡DARRELL COURT ES UNA CÁRCEL PARA MÍ!

Era un hermosísimo día de Mayo, brillando con todos los encantos de la dulce primavera. Las hojas de los árboles, verdes y frescas, temblaban en los peciolos; los setos de escaramujo ostentaban sus rositas espinosas; los castaños estaban en plena florescencia; el oro de los laburnos, la púrpura de las lilas, el blanco carnoso de la acacia y el delicado verde de los majestuosos olmos y los tilos, formaban una encantadora variedad de colores. El césped estaba esmaltado de mil florecillas silvestres; grandes racimos de amarillas aulagas hacían semejar las lejanas colinas á la superficie de un lago de oro; las violetas perfumaban el ambiente, las campanillas azules despertaban al dulce soplo de la brisa primaveral, y los pajarillos cantaban produciendo una suave algarabía.

Si algún sitio podía parecer encantador entre todos,

Biblioteca Nacional de España

aquel radiante día de Mayo, era sin duda Darrell Court, pues allí brillaba el sol en todo su esplendor, en uno de los más románticos y pintorescos sitios de Inglaterra... la parte de Woodshire, al lado de la costa.

La casa y sus anejos formaban una risueña propiedad; una cadena de purpurinos montes rodeaban el paisaje en lontananza; más cerca se destacaba la preciosa torre de Andleigh Royal, los bosques de Andleigh, y el transparente y tranquilo río Darte. La orilla del río formaba el linde del patrimonio Darrell, un rico y magnífico patrimonio, en donde los hermosos prados y los cuajados bosques se sucedían en inmenso espacio. El parque abundaba en seculares árboles y rebaños de ciervos; y no lejos de la casa, había un bosque de árboles resinosos, un aromático y fresco bosquecillo, el cual conducía á la orilla del sonriente y grandioso océano.

Noche y día, la gran música de la naturaleza se oía distintamente desde Darrell Court. Unas veces era el rumor del viento silbando en las gargantas montañesas, ó el rodar de las olas irritadas sobre la playa ó la salvaje melodía de la tempestad debatiendo las copas de los árboles, ó el conjunto de todos esos rumores de la selva y el mar. La casa solariega, por si sola, era una de las mansiones más pintorescas del mundo. No puede afirmarse que perteneciese á este ó al otro orden ó estilo de arquitectura, pues su constructor no se preocupó de ello, pero se veía al espléndido sol de aquel radiante día de Mayo, un noble edificio, con sus torres cuadradas en los ángulos, esbeltas, cubiertas de hiedra, y sus anchas ventanas á medio punto.

¿Qué decir del resplandor del sol sobre semejante combinación de colores? La espuma de las fuentes se condensaba en el aire, los numerosos balcones estaban cuajados de flores; donde quiera que había sido posible colocar una maceta, allí había nacido una flor, verónicas purpurinas, tristes y místicas pasionarias, rosas de todos colo-

Biblioteca Nacional de España

res. El perfumado jazmín y el solano color escarlata daban á las paredes del antiguo edificio una vívida nota de color; oro y púrpura enriquecían los jardines, donde las blancas azucenas difundían su exuberante perfume. Era en suma aquello, un verdadero Edén.

La entrada principal del frontispicio consistía en un ancho pórtico gótico, que daba acceso á una espaciosa escalera adornada con artísticos jarrones de flores; la primera terraza venía inmediatamente y sobre ésta había otra que daba á los jardines, en los que florecían todo género de plantas.

Se respiraba en aquel sitio un aire de antiguas generaciones; algo patricio, circunspecto, reservado. No era la vulgar mansión de vulgares habitantes; ni una casa aparatosa, y, el dueño de ella, sir Osvaldo Darrell, cuidaba mucho de la elección de sus conocimientos.

Tenía sir Osvaldo un aire sumamente distinguido y conservaba aquella digna cortesía del tiempo viejo, que no dejaba ni un solo momento. Se mostraba siempre bien educado; no tenía dos maneras de ser distintas, una para la sociedad y otra para la vida privada, era siempre el mismo, mesurado en palabras, noble y condescendiente en sus actos. Jamás hombre alguno merecía como él dictado de aristócrata; era delicado y meticuloso, y no podía disimular su aversión hacia todo lo que era grosero, bajo ó vulgar.

Aún en su manera de vestir era sir Osvaldo notable; finísima batista blanca, un hermoso solitario, la única joya que se permitía, amén de una riquísima tabaquera de oro, sobre la cual redoblaba con sus blancos dedos, acción inimitable y que hacía de él el ideal del patricio inglés y del perfecto caballero.

Sir Osvaldo paseaba á lo largo de las inmensas terrazas.

—¡No la veo! – se decía.—¡Y, sin embargo, estoy seguro de que Hampton me ha dicho que estaba aquí!

Entonces apoyado en su caña de Indias, de áureo puño,

Biblioteca Nacional de España

sir Osvaldo descendió á los jardines. Era evidente que iba buscando á alguien. Encontró á su paso á uno de los jardineros, y le preguntó:

—¿Ha visto usted á miss Darrell por los jardines?

—He visto á miss Darrell en los heniles hace cinco minutos, —contestó el criado.

Sir Osvaldo sacó de su bolsillo un finísimo pañuelo que difundió á su alrededor un aroma del mil flores; el jardinero acababa de manejar estiércol y causó en su amo una desagradable impresión.

Un corto paseo le llevó á los heniles, donde, en exquisita combinación de rocas y maderas rústicas, se había construído una gruta poética, animada por el murmullo de una cascada en miniatura. Sir Osvaldo miró al interior con cierta precaución, temiendo indudablemente encontrar allí lo que buscaba; entonces sus ojos divisaron algo en el fondo, y preguntó:

—¿Estás ahí, Paulina?

Una voz hermosa, clara y musical contestó:

—¡Sí, aquí estoy, tío!

—Querida mía,—continuó sir Osvaldo, casi tímido, sin adelantar un paso hacia el interior de la gruta,—¿puedo preguntarte qué haces aquí?

—Ciertamente, tío;—fué la cariñosa respuesta,—puede usted preguntarme cuanto quiera. La dificultad está en responder; en realidad no hacía nada, y yo no puedo describir el no hacer «nada».

—Pero ¿á qué vienes aquí?

—A soñar,—replicó la voz argentina.—Yo creo que el sonido del agua es la música más dulce del mundo. Vengo á gozar de ese rumor y á soñar sobre él.

Sir Osvaldo miró desconsoladamente.

—Considera, Paulina, que has estado muy descuidada... ¡no piensas que podrías aprovechar mejor el tiempo... educándote á tí misma, por ejemplo?

—Así me educo á mí misma. ¡Busco en mí los más her-

Biblioteca Nacional de España

mosos pensamientos, y la naturaleza justamente es mi dulce maestra!—Cambió entonces súbitamente el tono de su voz, y vibró en ella el acento de la pasión.—¡Quién dice que yo he estado descuidada? Cuando usted se expresa así, ofende la memoria de mi pobre y difunto padre, y no debe usted hacerlo en presencia mía. Usted le calumnia en este momento, y la calumnia no sienta bien en labios de un caballero. ¡Si estuve descuidada mientras vivió mi padre, deseo que semejante descuido sea mi herencia ahora!

Sir Osvaldo se encogió de hombros.

—Cada cual tiene su criterio, Paulina. Con poco que dure más semejante negligencia, serás...

El caballero se detuvo; quizás un instinto de prudencia le aconsejaba no proseguir.

—¿Será, qué?—preguntó la joven burlonamente.—Le suplico que termine la sentencia, sir Osvaldo.

—Querida mía, eres demasiado impulsiva, demasiado aitanera. Debes ser más reflexiva en tus cosas, más digna...

La voz bajó de tono al preguntar:

—¿Qué cosa iba á ser yo, sir Osvaldo? Jamás empiezo una sentencia sin terminarla. ¿Acaso teme usted darla fin?

—No, querida mía,—fué la tranquila réplica,—jamás un Darrell ha temido que sus palabras no se pudieran oir, y en prueba de ello, terminaré el párrafo. Decía que, siguiendo así, serás una completa bohemia, y no una lady, como debieras ser.

—¡Amo á esas que usted llama bohemias y detesto á las ladies, sir Osvaldo!—fué la amarga réplica.

—Es muy probable; pero verás, Paulina, las ladies de la casa Darrell han sido siempre verdaderas ladies, perfectamente educadas, superiores mujeres. Dudo hasta de que ninguna de ellas haya sabido nunca lo que significaba la voz «bohemia».

Biblioteca Nacional de España

Rióse con burlona risa, la cual, sin embargo, era agradable como el sonido de una campanilla de plata.

—Pero olvido lo esencial,—observó sir Osvaldo.—He venido á participarte cierta cosa, Paulina... ¿quieres acompañarme á casa?

Caminaron algunos momentos en silencio, y por fin sir Osvaldo dijo:

—La última semana estuve en Londres, como sabes, y mi viaje tuvo por causa algo que te interesa.

Paulina levantó los ojos para mirar á su tío, pero no se dignó hacer pregunta alguna.

—Héme comprometido con una señorita que vendrá á vivir con nosotros, y cuyo cargo será completar tu educación, ó cuando menos, me atrevo á esperarlo, el inculcarte hábitos de buena sociedad, para... para... ponerte presentable, porque, en efecto, siento mucho, muchísimo decírtelo, hoy no estás en ese caso.

Paulina hizo una ligera inclinación, una inclinación llena de desconfianza y rebelión.

—¡Verdaderamente le estoy á usted muy reconocida, sir Osvaldo!

—¡Nada de burlas, nada de sarcasmos, Paulina: escúchame. Careces de sentido ó de razón... te ruego que me escuches. Mira alrededor tuyo,—continuó,—recuerda que estos terrenos de Darrell Court que nos rodean forman uno de los más nobles dominios de Inglaterra. Es una herencia casi regia por su extensión y su magnificencia. Cada poseedor es rey ó reina de medio distrito, y todos reparan en él, respetándole, honrándole, admirándole é imitándole. El señor de Darrell Court, es un poder en este poderoso dominio nuestro; hombres y mujeres nos contemplan siempre á semejanza del marino que contempla el faro. Juzga, pues, las cualidades que ha de reunir el dueño de tal herencia.

Biblioteca Nacional de España

El noble rostro del baronet enrojeció de emoción.

—Necesita ser puro para que las inmoralidades no tengan asiento á su lado: honrado, porque los hombres adquieran de el nociones de honor; justo, porque la justicia es de frecuente aplicación; justo y severo... ¿Comprendes todo esto, Paulina?

—¡Sí!—asintió la joven, pronta.

—Ningún hombre acarrea tanta responsabilidad,—continuó sir Osvaldo,—como el hombre poderoso... hombre en cuyas manos radica el poder... hombre que sirve de ejemplo á los demás, cuya vida sirva de modelo á otras vidas... hombre que, si no el alma, tiene entre sus manos la suerte de otros hombres hermanos suyos.

Paulina fué prestando mayor atención é insensiblemente se sintió atraída.

—Semejante hombre, á Dios gracias,—dijo deteniéndose y como si pesara las palabras,—lo ha habido casi siempre entre los Dorrells... leal, recto, honrado, de firme reputación, de morigerada vida, desempeñando su papel entre la sociedad... grandes hombres, dignos retoños de una grande y antigüa raza. Y, en las épocas en que han sido mujeres las que han gobernado este dominio... mujeres cuyos nombres han quedado en los anales del país, han brillado por su pureza, su refinamiento y la grandeza de su vida.

Hablaba con apasionada elocuencia que no era del todo inútil en el alma de la joven.

—Soy,—continuó modestamente,—uno de los últimos vástagos de mi raza. No he aportado á ella ningún adelanto, pero tampoco ningún quebranto moral ni material. He permanecido en una pasividad honesta. El tiempo ha pasado y es preciso que Darrell Court vaya á otras manos. Ahora, Paulina, que me has oído, ¿sabes ya lo que ha de ser el dueño de Darrell Court? Dime... ¿crees que estás en condiciones de desempeñar ese puesto?

—¡Soy demasiado joven aún!—murmuró la joven.

Biblioteca Nacional de España

—No es esta materia de ser ó no joven. Sibila Darrell heredó estos dominios teniendo únicamente dieciocho años, y sus hijos, que le sucedieron, fueron de los más grandes hombres de estado que ha tenido Inglaterra. Extendió considerablemente sus posesiones, y murió á los sesenta años, honrada, respetada y admirada. De manera que no es óbice la edad.

—¡Yo soy una Darrell!—dijo la joven orgullosamente.

—Sí; tienes todo el rostro y la figura de los Darrell, el nombre también; pero te faltan la gracia y las maneras de los Darrell.

—¡Pero esas son meras pequeñeces de urbanidad y buenas formas!—exclamó impaciente Paulina.

—No estamos conformes. No quieres fijarte en que una joven ineducada, ignorante, haría un mal papel en esta casa. ¿Qué hiciste ayer? Una camarera se ha quejado, de que le pegaste unos pescozones. No puedes imaginarlo. Semejante preceder en una señora de Darrell Court, me llenó de verdadero horror.

Una ligera sonrisa entreabrió los rosados labios de la joven.

—La reina Isabel pegaba á sus cortesanos,—replicó Paulina;—y nadie lo ha censurado.

—Una reina, Paulina, está fuera de toda comparación; puede hacer lo que quiere. El verdadero hecho es que tú defiendes un acto tan violento, tan impropio de una lady y tan opuesto á todas las femeniles ideas de delicadeza, que prueba que aún no tienes las condiciones necesarias para ocupar tu futuro puesto.

—Soy honrada, cuando menos. No tengo pretensiones de ser más de lo que soy.

—Bueno es ser honrada, pero no basta esta cualidad para la heredera de Darrell Cour. La honradez es una buena cualidad, pero una sola, y aquí se necesitan varias, las que corresponden á una joven de tu posición.

La paciencia de miss Darrell llegaba á su fin.

Biblioteca Nacional de España

—El final de todo esto, sir Osvaldo, es...

—Lo diré claro: tengo verdadera ansia de que cambies radicalmente; de que seas una estimable, elegante y distinguida dama; y dediques tu tiempo y tu talento á brillar en la sociedad.

Una leve y musical risa brotó de los finos labios de Paulina.

—¿Y cree usted que esa señora podrá enseñarme todo eso?

—Sin duda; es una distinguida é ilustrada dama. Nada mejor podíamos encontrar...

—¿Y cuándo vendrá ese modelo suyo, sir Osvaldo?

—No, tu modelo, sobrina, no el mío. Está en casa y quiero presentarte á ella. Tendría sumo placer, —añadió el baronet,— en que te fuese simpática.

Paulina murmuró algunas frases de impaciencia.

—Necesito advertirte, Paulina,—añadió sir Osvaldo después de una corta pausa,—que también veré con gusto la más implícita obediencia hacia miss Hastings .. que imites su estilo, que sigas al pie de la letra sus consejos y correcciones, que adquieras ..

—¡La detesto!—interrumpió la joven con violencia.— ¡Prefiero ser una mendiga toda mi vida á someterme á semejante tortura!

—Muy bien,—repuso sir Osvaldo tranquilamente.—Conozco que discutir contigo es perder el tiempo. Tú elegirás lo que te plazca. Si decides ser como yo deseo que seas, una lady en el verdadero sentido de la palabra, si te pones en condiciones de sucedernos, serás la heredera de Darrell Court; si, por el contrario, persistes en tus maneras impropias, sin finura, si te empeñas en ser una bohemia, dedicaré mi patrimonio á cualquier otro objeto. Te digo lo que pienso franca y sinceramente.

—¡Ni yo quiero ser dueña de Darrell Court! —exclamó apasionadamente.—¡Esto es una cárcel para mí!

—No hago caso de tus palabras,— repuso sir Osvaldo

Biblioteca Nacional de España

friamente; —estás excitada y ni siquiera sabes lo que te dices.

—¡Tío!—prorrumpió la joven.—¿Ve usted ese lindo pajarillo, cuya dulce voz semeja una gloriosa melodía? ¿Cree usted que sus notas serían lo mismo aprisionado en una jaula?

—No me cabe ninguna duda,—replicó sir Osvaldo.

—Pero ¿cree usted,—insistió Paulina,— que aun cuando cante, no recuerda la perdida libertad y sus trinos en las ramas?

—Jamás he hecho suposiciones de ese género,—respondió el baronet.—Tú posees una colección de todas esas imágenes desatinadas. Las jóvenes del día, digo las bien educadas, no se meten en tamañas profundidades.

—¡Lo comprendo perfectamente!— replicó Paulina con amargura.

—Miss Hastings está en mi despacho,—dijo sir Osvaldo en el momento en que subían la escalinata.—Espero que la recibirás cumplidamente. Trata de desarrugar ese ceño, Paulina, y sonríe si puedes. Recuerda que es característico en los Darrell el ser atento con los huéspedes.

Diciendo estas palabras, empujó la puerta del despacho, tomó á su sobrina de la mano y entraron en la estancia. Miss Hastings se puso de pie para recibirlos. Aproximóse sir Osvaldo, y de la mejor manera que pudo hizo la presentación de las dos mujeres.

—Yo me retiro,—dijo después,—Paulina desea enseñarle sus habitaciones, y yo espero que será usted feliz aquí, y vivirá largo tiempo entre nosotros.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III

ALMA REBELDE EN CUERPO HERMOSO

Miss Hastings creía tener que luchar con una rústica, zafia y desgreñada colegiala, sin ningún conocimiento de los deberes sociales, y desprovista hasta de los menores encantos que distinguen á una señorita. Esperaba encontrar una espigada y desgarbada muchacha, de manos coloradas, y con el aire pazguato. Tal era la idea que se había formado.

Contempló con admiración el tipo tal cual era, una figura magnífica, una joven cuya grande, pálida y estatuaria belleza tenía algo que no podía olvidarse. Nada trascendía á la rústica hermosura de las muchachas que se ponen de largo, ni había en ella incipientes gracias. Era sencillamente espléndida, y no cabía otra palabra para describirla.

Miss Hastings, contemplándola, recordó involuntaria-

Biblioteca Nacional de España

mente las graciosas líneas, las bellas curvas, la grande, la desenfrenada gracia de la famosa Diana del Louvre; era el mismo mórbido, gracioso cuello, la misma regia simetría, la misma armonía de líneas.

En una de las más renombradas galerías artísticas de Roma, recordaba miss Hastings haber visto una saberbia Juno: cuando miraba á su nueva educanda, ocurríasele el extraño pensamiento de que ésta había servido de modelo para la estatua. La cabeza de Paulina era regia en su noble contorno: su rostro blanco y redondeado hacia las sienes; su cabello, ondulado en rizos de inexpresable belleza, caía sobre sus hombros, brillando como la seda. Sus ojos eran quizá lo más admirable en aquel admirable rostro; negros como la noche misma, ricos, hondos, soñadores, y á veces todo fuego, todo luz, mirando con intensa pasión, indescriptible, y lanzando rayos dorados. Sus cejas eran finas, negras y arqueadas; sus labios un capullo de rosa; su boca persuadía y hechizaba, ya se recogiese con desdén, ya se entreabriese, mostrando el perlero de sus dientes.

En todas las actitudes de la joven se veía una inconsciente gracia, y en efecto, se hubiera podido asegurar que la joven no tenía conciencia de su hermosura.

—No se parece usted en nada al tipo que yo me había imaginado! – dijo miss Hastings por fin. - ¡La veo tan diferente, que he quedado sorprendida.

—¿Le resulto mejor ó peor de lo que usted había imaginado?—preguntó Paulina con su burlona sonrisa.

—Me parece mejor, quizás, en varias cosas. Es usted muy alta. Más alta que lo que podía esperar de una joven á la que creía más niña...

—Los Darrell son de buena estatura,—dijo prontamente Paulina.—Miss Hastings, ¿qué es lo que usted quiere enseñarme?

La buena miss levantóse de la silla y mirándola cariñosamente, colocó una mano acariciadora sobre el nacarado hombro de Paulina.

Biblioteca Nacional de España

—Sé que tendré sumo placer en instruirla á usted, miss Darrell, si usted me lo permite. Quiero enseñarla sus deberes para con Dios, para con sus semejantes y para consigo misma.

—Temo que esa ha de ser una árida enseñanza,—replicó miss Darrell.—¿Y mi tío, qué desea que yo aprenda?

—Que sea usted por todos conceptos una perfecta y graciosa lady.

Su rostro se enrojeció con dos grandes rosas que animaron sus blancas mejillas.

—¡Y yo no quiero serlo jamás!—exclamó, apasionada. —Renuncio de buen grado á las esperanzas de Darrell Court. He conocido algunas ladies hasta hoy. No me gustan. Parece que hablan mecánicamente; todas poseen el mismo caudal de conocimientos, y dicen lo mismo, con la misma sonrisa y el mismo tono de voz; se copian unas á otras hasta la mirada; parece que tienen prohibido el adelantar una opinión, ó les causa horror enunciar un pensamiento original. Me miraban como si viesen una cosa terrible, porque manifesté tener alguna idea, y confesé que me gustaba la lectura de todos los libros que encontraba.

—No es siempre lo más conveniente expresar ideas en la conversación; y los riesgos son, miss Darrell, que si usted lee cuantos libros le vengan á la mano, no se detendrá nunca en el mejor. Además, será usted original, cosa que no debe ser, y perjudicará su vida después de todo.

Paulina levantó su hermoso rostro con un gesto de soberbio desdén.

—Existe la misma diferencia entre ellas y yo que la que existe entre un pajarillo artificial y el que vuela libre y entona sus cantos en la selva. A mí me gusta ser el último.

—No cabe la menor duda en esto,—observó miss Hastings sonriendo,—pero la cuestión no es tanto que á nosotros nos gusten los otros, como que nosotros gustemos á los demás. Otro día discutiremos esto, miss Darrell.

Biblioteca Nacional de España

—¿Le ha dicho á usted mi tío, si usted me permite... que si consigo adquirir las buenas formas... seré la heredera de Darrell Court?—preguntó Paulina vivamente.

—Sí; y ahora que la conozco á usted no tengo duda alguna de que lo conseguiremos.

—¿De modo que usted cree que yo soy inteligente?—preguntó miss Darrell con cierta ansiedad.

—Imagino que sí,—replicó miss Hastings.—Paulina, permítame usted que no la llame miss Darrell, espero que seremos buenas amigas; que seremos felices juntas.

—Segun y cómo,—replicó Paulina pesadamente,—porque... yo puedo no quererla á usted, mis Hastings.

—¿Cómo no?—preguntó la institutriz asombrada de tanta franqueza.

—Porque usted me ha de corregir y como la continua corrección sería un enojo para mí, necesito prevenirme con tiempo.

Miss Hastings la miró atónita.

—Concedo que así sea, Paulina,—dijo;—¿pero no comprende usted que no es fino el que usted se exprese así? En la buena sociedad no se dicen semejantes desatentas palabras.

—Justamente por eso,—fué la calurosa respuesta,—no gusto de la buena sociedad ni jamás podré hacerme á ella. Yo soy sincera por naturaleza. En casa de mi padre y en la de todos sus amigos, jamás se falseaba la verdad; hablábamos siempre con sinceridad. Cuando decíamos sí ó no, es que era así. Pero aquí, me parece, la primera lección que debo aprender es á ser falsa.

—No tanto, Paulina; pero cuando la verdad es ofensiva para alguien, ó hiere la susceptibilidad de alguno, ¿para qué decirla?

Paulina movió la cabeza con un soberbio gesto de displicencia.

—Jamás rechazaré la verdad, aun cuando sea en contra mía,—dijo con altivez;—y le citaré á usted un ejemplo.

Biblioteca Nacional de España

Lady Hampton vino un día á visitar á sir Osvaldo. Ni yo le gusté á ella, ni ella me gustó á mí; pero siempre repetía á sir Osvaldo que «su sobrina» era una «encantadora joven...» «original, pero verdaderamente encantadora». Usted misma puede considerar, miss Hastings, si yo podía pasar por esto.

—Verdaderamente, para ella no era usted encantadora, —observó la institutriz sonriendo;—pero, Paulina, es usted una mímica, y la mímica es un peligroso talento.

Paulina, en efecto, había imitado á la perfección el lánguido tono y el afectado acento de la buena lady Hampton.

—Sir Osvaldo se inclina y sonríe todo el tiempo que está hablando con lady Hampton; primero mira al techo de una manera estúpida, y luego el pavimento. En su presencia, la oye con la mayor atención del mundo, y como si toda su felicidad estribase en tenerla delante. Pero sin embargo, en cuanto baja las escaleras, levanta las manos al cielo y exclama suspirando: «¡Gracias á Dios!» por toda despedida. ¡Su buena sociedad es todo artificio, miss Hastings!

— No quisiera que dijese usted eso, Paulina. La amabilidad y el deseo de ser siempre bueno y considerado, pueden perjudicar llevados á la exajeración; pero prefiero la amabilidad superflua á la verdad ofensiva.

—Y yo no,—fué la seca respuesta.—¿Quiere usted ver sus habitaciones, miss Hastings? Sir Osvaldo ha ordenado que se preparen algunas exclusivamente para su uso de usted. Las mías se componen de tres piezas, y usted tiene cuatro, pero la cuarta será de uso para ambas.

Atravesaron los amplios corredores, iluminados por un hermoso sol que inundaba las ventanas, y perfumados por el dulce aroma de las flores. Las habitaciones estaban dispuestas con todos los elementos que pueden hacer la vida agradable, con una hermosa perspectiva que se divisaba desde las ventanas, regiamente amuebladas, y so-

Biblioteca Nacional de España

brantes de comodidades. Un suspiro abortó en los labios de miss Hastings á la vista de tanta riqueza... ¡era todo tan agradable! Pero le asaltaba una punzante duda de si permanecería ó no en aquella casa encantadora... Una duda grande de si podría ó no desempeñar el cometido que le encargara sir Osvaldo acerca de aquella joven tan franca en palabras y pensamientos, que no poseía ni una sola idea convencional.

—Sir Osvaldo es muy bueno,—dijo echando una mirada alrededor suyo;—estos salones son verdaderamente ricos y del mejor gusto.

—Son ricos en efecto,—observó Paulina,—pero yo era mucho más feliz con mi padre en la calle del Olmo. ¡Ay de mi! ¡Cuán libres éramos allí! En esta existencia fastuosa, siento algo así como un pensamiento de que estamos atadas con cuerdas, aprisionadas con cadenas... como un pensamiento que me impulsa á romper mis ligaduras para volar libre.

Otra vez suspiró mis Hastings, pues parecióle que su residencia en Darrell Court no sería de larga duración.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

¡USTED QUIERE INUTILIZAR MI VIDA!

Han pasado dos días después de la llegada de miss Hastings. Una hermosa mañana, cuando el sol brillaba en todo su explendor y los pajarillos cantaban en la arboleda, estaba la institutriz en el gabinete de estudio, con una expresión de profunda ansiedad, de profunda meditación en su rostro. Paulina con una sonrisa en sus lindos labios, estaba sentada frente á ella, y reinaba un profundo silencio. Miss Darrell fué la primera en romperlo.

—Bueno,—exclamó con su habitual manera semiseria, —¿cuál es su veredicto, mis Hastings?

La institutriz miróla exhalando un largo y grandilocuente suspiro.

—Jamás en toda mi vida me he visto más desorientada,—replicó.—Mi querida Paulina, es usted una extraña mezcla de ignorancia é ilustración, que ha logrado con-

Biblioteca Nacional de España

fundirme. Usted posee muchos conocimientos, pero casi todos perjudiciales; tiene usted que olvidar todo cuanto ha aprendido.

—¿Pero admite usted que sé alguna cosa?

—Sí; pero quizás fuese mejor que no supiera usted nada. Quiero decirle á usted lo que pienso, Paulina. No sé nada de edificación, pero pienso que si me colocasen delante de un montón de mármol, pórfido y granito, de maderas, vidrios y hierro, diría que todos estos materiales servían para construir un magnífico palacio. Esto es lo que pretendo hacer.

Mis Darrell se rió con infantil contento. La institutriz, vuelta de su sorpresa, continuó:

—Conoce usted de ciertos asuntos, mucho más que la mujer más ilustrada; en otras materias, tanto ó más necesarias, está usted á la altura de un niño. Habla usted correctamente el francés, con perfección; ha leído usted un sinnúmero de obras francesas... buenas ó malas, ó anodinas, que eso no es del caso; sin embargo, no tiene usted la menor idea de la gramática francesa, ni de la construcción de aquel idioma.

—En efecto, no lo sé; considero la gramática como la más estúpida de las humanas invenciones.

Miss Hastings pasó por alto el comentario.

—Después,—continuó,—habla usted bien el inglés, pero lo escribe mal y le falta inventiva. Conoce usted mejor la literatura inglesa que yo... es decir, ha leído usted más. Ha leído usted sin discernimiento, porque muchos de los títulos de las obras que ha leído, no son admisibles.

Brillaron los negros ojos de la joven, y en su pálido y hermoso rostro se retrató una repentina emoción.

—Había una surtida librería en la casa en que vivíamos,—explicó algo confusa,—y leía los libros que me venían á mano. Leía de la mañana á la noche y con frecuencia de la noche á la mañana; nadie podía indicarme lo que era bueno ó lo que era malo, miss Hastings.

Biblioteca Nacional de España

—Después,—continuó la institutriz impasible,—ha escrito usted un espiritual poema sobre Ana Bolena, sin saber una palabra de la historia inglesa... sin datos, ni incidentes del más simple reinado. Ha escrito usted parte de una novela que se desarrolla en el trópico, y no tiene usted el más remoto conocimiento de geografía. De otras materias que son del dominio de la mayor parte de las jóvenes, biografía, botánica, astronomía, no tiene usted la menor idea. Hay probabilidad de que, si entabla usted conversación con alguna persona de refinada educación, quede admirada al mismo tiempo por sus agudos pensamientos y por su ignorancia.

—No puedo lisonjearme, miss Hastings, porque usted me fustiga, ni puedo ofenderme, porque usted me lisonjea,—observó Paulina.

Pero miss Hastings continuó su ojeada crítica,

—Usted no tiene el menor conocimiento de aritmética, y en cuanto á conocimientos de índole más superior, menos aún. Es usted verdaderamente deficiente. Dice usted que ha leído usted á Augusto Comte, y en cambio no puede contestar á la primera pregunta del catecismo. Su educación necesita ser empezada de nuevo. Jamás ha seguido usted un serio plan de estudios, á lo que veo.

—No. Aprendí á dibujar con Julio Lacroix. ¡Qué talento, miss Hastings! Quisiera que le hubiera usted conocido... era el más genial artista del mundo. ¡Había algo tan pintoresco en todo lo suyo!

—Lo dudo,—fué la seca respuesta,—pero en todo caso, la palabra «pintoresco» no es la apropiada en esa acepción. ¡La música, presumo, también la habrá usted aprendido por sí misma?

La faz de la joven resplandeció... sus maneras cambiaron.

—Sí... por mí misma; mi pobre papá no podía pagarme las lecciones. ¿Quiere usted oirme, miss Hastings?

Había un piano en el gabinete, un bello y valioso ins

Biblioteca Nacional de España

trumento que sir Osvaldo había adquirido para su sobrina.

—Tendré mucho gusto en oirle á V.—dijo miss Hastings.

Paulina Darrell levantóse y se dirigió al piano. Su rostro entonces era el rostro de una inspirada. Sentóse y preludió unos acordes, llenos, hermosos.

—Le cantaré algo,—dijo;—íbamos á la ópera con frecuencia, papá, Julio y yo. Canto de oído. Esto es de «Los Puritanos».

Y cantó una de las más lindas arias de aquella ópera. Su voz era magnífica, pastosa, vibrando con pasión... una voz que unida á aquel semblante, se hacía inolvidable; pero tocaba y cantaba de una manera muy diferente de la generalidad.

—Ahora, miss Hastings,—dijo,—voy á imitar á Adelina Patti.

Rostro, voz, gestos, todo cambió; empezó uno de los más admirados trozos de la prima-donna famosa, y miss Hastings se confesó que, cerrando los ojos, indudablemente creería ser la Patti la que estaba oyendo.

—¡Esta es la Cristina Nilson!—continuó Paulina, y otra vez la imitación fué brillante y perfecta.

Su magnífica voz parecía incansable, y cantaba romanza tras romanza, imitando de una manera maravillosa á varias de las cantantes más famosas. Miss Hastings dejó la silla y se aproximó á ella.

—Tiene V. una voz espléndida, querida mía, y un gran genio musical. Y ahora, dígame V.: ¿conoce V. la más rudimentaria nota?

—Ni una,—fué la viva réplica.

— ¿No conoce V. las llaves, ni los tiempos, ni ninguna otra cosa?...

—¿Para que quiero causarme ese fastidio, cuando toco perfectamente sin necesidad de todo eso?

— Pero esa manera de tocar, Paulina, es una verdadera

Biblioteca Nacional de España

originalidad, que no es la corriente entre los jóvenes que tocan.

—¿Y no es bastante ya?—preguntó la joven.

—No, no es posible dejar de admirarla, pero una persona refinada, perdería parte de su interés en cuanto se le diga que no conoce V. el solfeo.

—¿Y pensaría esa persona que se bajaba mi mérito por eso?—volvió á preguntar Paulina.

—Sí; todos deplorarían que tan vastos talentos no estuviesen encauzados. Necesita V. dedicarse al estudio con valor; es preciso que toque V. el piano por nota, no de oido, y entonces el encanto será doble. ¿Ama V. la música, Paulina?

La hermosa faz de la joven se animó y resplandecieron sus negros ojos.

—La amo,—respondió,—porque puedo poner toda mi vida en ella. A V. le choca, lo sé, pero es por lo mismo que amo las teorías de Comte... porque llena mi alma y me infiltra muchos de sus pensamientos.

—Yo, en su lugar, procuraría olvidar eso, Paulina.

—Me hubiera gustado que hubiese V. visto la cara que puso sir Osvaldo cuando le dije que había leído á Comte y á Darwin. Positivamente, refunfuña aún.

Y rió como si recordara la escena.

—Yo también me veo obligada á refunfuñar,—objetó miss Hastings.—Usted tiene teorías, hechos más hermosos, más nobles, más grandes, que cuantos ha podido soñar Comte. Y nosotros necesitamos dedicarnos á trabajar de una manera seria.

Pero Paulina no contestó á esta insinuación; sus negros ojos se empañaron, y su hermoso rostro reflejó el disgusto y la animadversión.

—¡Usted quiere inutilizar mi vida!—dijo por fin.—Hasta hoy ha sido una gloriosa vida... libre, brillante; ahora viene V. á atravesarse en ella. No espero ya luminosos días: quiere V. reducirme á la altura de una máquina, bo-

Biblioteca Nacional de España

rrar todos mis hermosos sueños, mis felices pensamientos. Desea V. transformarme en una formal, metódica señorita, que ría, hable y piense según pauta.

—¡Deseo convertir á V. en una mujer sensible, Paulina! - replicó miss Hastings, gravemente.

—¿Es mejor para la felicidad ser tan sensible?—preguntó Paulina.

Hubo unos instantes de silencio, y añadió después, súbitamente:

—Darrell Court y toda la fortuna de los Darrells no son bastante precio, miss Hastings.

—¿Para qué, Paulina?

—Para pagarme.

—¿El qué?—preguntó de nuevo miss Hastings con calma.

—Mi independencia, mi libertad de acción y pensamiento, mi libertad de enunciación.

—¿Y evalúa V. seriamente todo eso en más que lo que pueda dejarle su tío?

—Y en algo que valiese cien veces más,—replicó la joven.

Miss Hastings guardó silencio durante un buen rato, y después dijo:

—Necesitamos buscar un medio: ¿quiere V. que pactemos un compromiso? Dejaré á V. toda su libertad, una decente libertad, y V. prestará su concurso en los estudios que yo le proponga. Quiero hacer por V. cuanto pueda. Darrell Court bien vale una lucha.

—Sí...—fué la respuesta, tras corta vacilación;- se trata de una lucha, y me gusta la idea.

Pero no había gran esperanza en el corazón de la institutriz al proponer aquel subterfugio.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO V

EL BUEN LADO DE PAULINA

¡Cuántas veces el símil de sir Osvaldo, de una parra sin cultivo, sin poda, vino á la memoria de miss Hastings! Paulina Darrell tenía talento natural, era una joven de magnífica inteligencia, una grande, noble y generosa existencia, sin cultivo. Tenía capacidad para llevar á cabo las mejores acciones... para ultimar empresas fuesen diabólicas ó angelicales. Estaba regiamente dotada, pero era imposible decir lo que surgiría de allí; no había moderación en sus actos, obraba siempre por impulso, y sus impulsos eran rápidos, encantadores, irresistibles. Si hubiese seguido la carrera dramática, indudablemente habría sido la reina de las actrices. Sus defectos eran grandes, así como sus cualidades. En ella no había nada trivial, ni mediano, ni indigno. Era una naturaleza propensa á llegar al colmo de la criminalidad ó de la virtud; no existían allí

Biblioteca Nacional de España

términos medios ni medias tintas. Poseía un carácter entero, encantador aun en sus rebeldías, pero enemiga de la menor afectación. Llevaba en sí el material de una magnífica mujer, de una gran heroina, pero nada de lo que es preciso para hacerse amar del común de las gentes. Su carácter era casi un terrible carácter, por las responsabilidades que le acarreaba.

Grande, amante, apasionada, Paulina era todo fuerza, todo fuego, todo pasión. Lo que quería, lo quería con una intensidad casi tan terrible como la locura. Cuando decía; «no me gusta», de alguna cosa, su disgusto llegaba al odio.

No era paciente ni tolerante; una de sus grandes delicias era romper el velo social que mucha gente, casi toda, prefiere conservar intacto. Esto sucedía algunas veces, cuando su escultural, pálida, apasionada faz parecía obscurecerse y abismarse, y un sentimiento instintivo le decía que fuese cruel hasta la mayor fiereza; y otras, cuando su corazón se conmovía, y su rostro expresaba algo de común con los ángeles. Entonces era voluntariosa y casi vulgar.

¿En qué acabaría semejante naturaleza? ¿Cuál sería su desarrollo? ¿Cómo se la debía tratar? Llevaba en sí un terrible defecto. Nadie la había hecho sentir el peso de su autoridad. Había sido el ama de la casa paterna y reina de su reducido hogar; con su pronto é infalible fallo, habíase conquistado el afecto de su círculo, y la inteligencia de las personas que la habían rodeado, siendo inferiores á la de ella, habíanla puesto en condiciones de compararse y observar su superioridad. La sociedad en que su padre se movía era la peor para ella; reina suprema de todos, escritores, geniales artistas, bohemios distinguidos, que la admiraban y la aplaudían, que pesaban cada palabra que salía de sus labios, que imaginaban de buena fe que era la muchacha la octava maravilla, que la decían continuamente ser una de las más hermosas, de las más inteligen-

Biblioteca Nacional de España

tes, de las más encantadoras entre todas las mujeres, que aplaudían cualquier atrevido pensamiento suyo, sin fijarse si era ó no ortodoxo... honrados bohemios, que miraban á la niña como un abjeto admirable, que discutían á veces el singular destino que la suerte depararía á su niña... hombres cuyos artísticos gustos se satisfacían con el suspiro que les arrancaba su espléndida belleza, que tenían por ella un profundo, verdadero y afectuoso respeto, que jamás en su presencia pronunciaron una silaba que no se pudiese decir delante de una niña... honrados bohemios, que algunas veces tenían dinero y otras no, que con frecuencia repartían sus últimos sueldos con otros más necesitados, que vestían negligentemente y llevaban la camisa sucia, pero que respetaban la presencia de una niña pura é inocente.

Paulina había recibido una educación de cierto género. Los amigos de su padre discutían de todo, artes, ciencias, política y literatura, en su presencia; referían historias extravagantes, derrochaban un caudal ilimitado de chanzonetas y epigramas, y el más picante era reputado el más ingenioso de todos ellos. Ridiculizaban sin piedad lo que les complacía llamar «convencionalismo de la sociedad»; amaban la verdad desnuda como á regla fija, y cuanto más desagradable era la verdad, más se complacían en decirla. Se burlaban de toda etiqueta, y perseguían á los gomosos con los más terribles sarcasmos: imaginaban que era un disparate ó una teoría imposible la de estar siempre apresado en los lazos del convencionalismo; y en realidad, aunque honrados como el día, buenos y sinceros, ellos fueron los pésimos preceptores de una joven que debía representar después un papel en el gran mundo. La vida que llevó entre ellos, era toda una novela de la cual era ella la heroina.

La casa de la calle del Olmo tenía la única ventaja de ser grande. Estaba enriquecida con brillantes esculturas y viejos tapices, reliquias de una extinguida generación. Las

Biblioteca Nacional de España

habitaciones erán grandes, y muchas de ellas se habían convertido en estudio. Muchos de los cuadros más famosos iban al caserón de la calle del Olmo, aun cuando los discípulos de Julián el Extraño no fuesen muy ricos.

Era interesante ver el papel que la niña desempeñaba en aquella sociedad anómala. Con una palabra dominaba á aquel grande, generoso y sincero artista, con un mohín conseguía cuanto se le antojaba; tenía mil nombres cariñosos para designarla, y pensaba que no había reina ó emperatriz que pudiese compararse con aquella hija suya. Era, pues, excusable, si la constante adulación y el continuo homenaje la habían hecho imaginar que ella era superior al resto de los mortales.

Cuando sobrevino el gran cambio... cuando abandonó su casa de la calle del Olmo para trasladarse á Darrell Court... fué un terrible golpe para Paulina que vió volar su superioridad por los aires. En lugar de admiración ó halago, encontróse con reprobaciones y correcciones. No podía entender que se la encontrase desprovista de formas sociales... ¡ella que era el ejemplo vivo entre los discípulos y amigos de su padre! En vez de risas y aplausos, un torvo silencio acompañaba sus observaciones. En todas las caras leía una expresión diferente á las de alá... una expresión que no era aquella en que se había criado. Toda su alma vagaba á lo lejos, hacia aquella hermosa y libre vida bohemia que había perdido. Pero el golpe más cruel de todos fué cuando sir Osvaldo le dijo que sus maneras... que ni su estilo ni su educación le permitían ser la dueña de Darrell Court. Se había sometido pasivamente á cambiar de nombre; estaba orgullosa de la grande y antigua raza á que pertenecía. Pero, cuando sir Osvaldo la dirigió su último discurso, ardió en fiera violencia, en irresistible pasión, la cual borró en ella lo último del verdadero espíritu de los Darrell.

Tenía, pues, muchas cualidades en su favor. Magníficamente bella; más valor é inteligencia que muchos hom-

Biblioteca Nacional de España

bres. Montaba admirablemente á caballo, y era realmente necesario tener mucho valor y desafiar el peligro para seguirla en sus excursiones.

¿Caería por último la balanza en su favor? ¿Vencerían su belleza, su talento, sus gracias, su valor ó su defectuosa educación, sus deficientes maneras y su desconocimiento de los deberes sociales?

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VI

LOS PROGRESOS DE MISS DARRELL

Era una hermosa tarde de Junio. Mayo, con sus lilas y sus flores de espino albar, ha pasado ya; las rosas florecen con todo su desarrollo, los lirios ostentan sus grandes y odoríferos cálices; la sazón y la belleza, el encanto y la fragancia del estío se mostraba en el aspecto de los campos; y cada sér viviente se regocijaba en ellos.

Paulina había rogado que se la permitiera estudiar sentada bajo un cedro colosal del parque.

—Si me he de cargar con todos estos áridos hechos de la historia,—dijo,—déjenme al menos que tenga los campos ante mi vista. La sombra de los árboles sobre el césped es hermosa, sobre todo cuando se lee. ¡Oh, miss Hastings! ¡Cómo escribe la gente tan estúpidas historias! ¡Yo que hacía de cada rey un héroe y una heroina de cada reina. ¡La historia nos quita las ilusiones!

Biblioteca Nacional de España

—Cuidado,—replicó la institutriz,—la historia nos habla con esa virtud que á usted le complace tanto... la verdad.

El lindo rostro de Paulina se puso más serio y pensativo.

—¡Qué desagradables y tristes son muchas verdades! ¡Si yo pudiese, el mundo sería tan brillante y alegre... todo el mundo sería tan feliz! ¡No puedo ver esta continua corriente de sinsabor!

—¿No lo explica Comte á satisfacción de V.?—dijo miss Hastings.

—¡Comte!—exclamó la joven impaciente.—¡No estoy obligada á recordar todo cuanto lea! Y además, sólo y para todos los casos, no he de aplicar las teorías de Comte ó las de sus congéneres. He leído sus obras porque tropecé con ellas y me gustaron, sencillamente. Usted sabe, debe saberlo; yo creo en su gran Padre. ¡Cómo mirar alrededor, y no creer en Él, viendo su amor derramado en el mundo?

Miss Hastings concibió más esperanzas sobre la joven, que las concebidas hasta entonces. Aquellas extrañas y desconsoladas teorías caerían con el tiempo de sus labios y esto era ya un paso progresivo.

La conversación fué interrumpida por la llegada de un criado, el cual, de parte de sir Osvaldo, rogaba á las señoras se sirviesen pasar al salón. Había visitas.

—¿Quién?—preguntó Paulina.

—Sir Jorge y lady Hampton—contestó el criado.

—¡No voy! – dijo Paulina con decisión. – Esa mujer me aburre con sus mentidas alabanzas y me carga con sus maneras afectadas. No puedo soportarla.

—Disgustará V. á sir Osvaldo—observó miss Hastings.

—Es cosa que no puedo remediar... no tengo yo la culpa. No quiero convertirme en una hipócrita por complacer á sir Osvaldo.

—La sociedad tiene que soportar muchos enojos, y ha-

Biblioteca Nacional de España

cer cosas que le repugnan; de otra manera seríamos completamente incivilizados.

—¡Detesto la sociedad!—fué la brusca réplica.—¡Es todo postizo en ella!

—¿Por qué no la mejora V.? Esto sería más noble que denigrarla.

—¡Hay algo de verdad en eso!—murmuró Paulina, suavemente.

—Si cada una de nosotras aportase su óbolo para mejorar el mundo, indudablemente este sería cada día mejor —dijo miss Hastings—y el hombre no viviría una vida estéril.

Alentaba una inmensa dignidad en el corazón de la joven. En cuanto veía que su opinión era errónea ó desacertada, lo confesaba con encantadora ingenuidad. La confesión fué tácita ahora; levantóse y siguió á miss Hastings.

La sala de recepción de Darrell Court era una magnífica pieza; había sido amueblada bajo la dirección de la difunta lady Darrell, una dama de exquisito gusto. Estaba decorada de blanco y oro exclusivamente, blanca sillería, con franjas y cordoncillos de oro macizo; tapicerías de damasco blanco bordado en oro; los lienzos y las costosas esculturas brillaban entre los valiosos jarrones con plantas exóticas. Grandes espejos, en ricos y artísticos marcos, reproducían las costosas arañas de Bohemia y los candelabros, portento de orfebrería. Nada brillaba allí fuera de tono ó inmodestamente; todo era serio, refinado, regio.

En aquel soberbio salón, la hermosura de Paulina Darrell tenía marco apropiado; congeniaba perfectamente con aquel explendor. Cuando entró en el salón con su habitual semi altivez y semi-gracejo, sir Osvaldo la contempló con plañidera admiración.

—¡Qué regia dueña tendría Darrell Court si quisiera únicamente poner un poco de su parte!—dijo para sí, mientras que lady Hampton se levantaba para saludar á las recién llegadas.

Biblioteca Nacional de España

—¡Mi querida miss Darrell, estaba verdaderamente impaciente; parece que hace un año que no la veía á V... un año realmente.

—Hace mucho menos tiempo;—replicó Paulina—nos vimos el jueves, lady Hampton.

—¿Cree V...? ¡Ah... sí! Ahora recuerdo; mi querida niña, de seguro no tiene V. tan buena memoria para mil otras cosas, como para recordar la fecha de nuestra última entrevista.

Lady Hampton era una mujer pequeñita y atildada. Iba llena de flores todo cintas y lazos. Era, por otra parte una perfecta dama del gran mundo; sabia lo que decía y lo que quería decir; sabia á las mil maravillas cuándo era oportuno sonreirse, cuándo echar una mirada simpática y cuándo un suspiro, de ciento y pico de categorías. No era sincera ni jamás había pretendido serlo. La «sociedad» era su única y exclusiva idea; agradar, atraerse la admiración, ocupar un distinguido lugar en ella, su solo deseo.

El contraste entre esta dama y Paulina era notable; la joven, con su hermosa faz, su alma grande, que afluía á sus negros ojos; lady Hampton con sus artificiosas sonrisas, sus escudriñadoras miradas, sus, segun ella, encantadores gestos. Sir Osvaldo la miró con una cortés sonrisa en los labios.

—Le traigo á usted una agradable noticia—dijo lady Hamton.—Estoy segura de que le complacerá á V., miss Darrell.

—Eso depende de la noticia—contestó Paulina modestamente.

—¡Qué cosas tiene V., querida niña! ¡Qué original es V. y cuánto carácter tiene! Muchas veces he dicho á sir Osvaldo que V. era diferente á la generalidad.

Y como para apoyar su apreciación, enunciada entre dos sonrisas, dirigió una rápida y expresiva mirada á sir

Biblioteca Nacional de España

Osvaldo, y también, sin duda, para ver el efecto que sus palabras producían en el baronet.

—Pero...—continuó—también comprendo que en su posición, puede V. permitirse alguna pequeña singularidad...—y se detuvo sonriendo blandamente.

—¿A qué posición alude V.? -preguntó miss Darrell.

Lady Hampton sonrió de nuevo. Después movió la cabeza con aire de gran penetración.

—¡Es V. muy maliciosa, miss Darrell! Pero olvido la noticia. Es la siguiente: que mi sobrina miss Eleonora Rochford ha venido á pasar unos días conmigo.

Esperaba sin duda que la joven hiciese alguna cumplida manifestación. Ni una palabra acudió á sus orgullosos labios.

—Y,—continuó la atildada lady—tengo la esperanza de que serán Vds. buenas amigas.

—Es muy probable, si me gusta—fué la franca respuesta.

Sir Osvaldo la miró horrorizado. Lady Hampton sonrió aún más dulcemente.

—Estoy segura de que le gustará á V. Eleonora se hace querer de cuantos la tratan.

—¿Será una dulce criatura?—preguntó Paulina con tal inimitable mímica, que lady Hastings se estremeció y sir Osvaldo se puso amarillo.

—Lo es en efecto—replicó lady Hastings, que, si había comprendido el sarcasmo, no se dió por entendida.—Con el permiso de sir Osvaldo, quiero traerla para que pase todo un día con V. miss Darrell.

—¡Encantador—dijo sir Osvaldo realmente complacido,—lady Hampton! Nos hace V. un inmenso honor.

Y miró á su sobrina pidiéndola una confirmación á sus palabras, pero la joven aparentaba estar distraída; la palabra «honor» le parecía mal aplicada en aquel momento.

Lady Hampton no dejó por eso de prodigar sus gracias; su blanda suavidad continuó hasta el fin de la visita;

Biblioteca Nacional de España

y, entonces, de algún modo, hizo comprender á miss Hastings que deseaba hablar con ella. Preguntó á la institutriz si quería acompañarla al carruaje pues deseaba consultarle un caso musical. Cuando estuvieron solas, el rostro y las maneras de la dama, cambiaron bruscamente. Volvióse ansiosamente hacia miss Hastings, con los ojos llenos de penetrante acre curiosidad.

—¿Puede V. decirme una cosa?—preguntó.—¡Es verdad que sir Osvaldo piensa hacer de esa orgullosa, estúpida é ignorante muchacha la dueña de Darrell Court?

—No lo sé;—replicó miss Hastings.—¡Cómo presume V. que puedo responder á semejante pregunta?

—La pregunta está hecha reservadamente... con la mayor reserva; ¿lo comprende V. así, miss Hastings?

—Lo comprendo—respondió gravemente la institutriz.

—Toda la comarca dice que esto es vergonzoso—continuó lady Hampton.—¡La hija de un pintor francés! Es necesario estar loco para pensar en semejante cosa. Una joven qus ha salido de Dios sabe donde. ¡No puedo creer que Darrell Court sea para ella!

—Es preciso que sea para alguien—objetó miss Hastings—¿y para quién mejor que para la hija de su hermana?

—Puede casarse—sugirió rápidamente—puede casarse y tener hijos. ¿Cree V. que el condado tolerará semejante dueña en Darrell Court... tan obtusa, tan ignorante? Es preciso que sir Osvaldo se case, miss Hastings.

—Sólo puedo decirle, que sir Osvaldo hará lo que tenga por conveniente, lady Hampton.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VII

EL CAPITÁN LANGTON

Junio, con sus rosas y sus lilas, ha pasado como pasa todo, los cítisos han muerto, las azucenas se han marchitado, y el estado de cosas en Darrell Court permanece indeciso. Paulina, en muchas de sus condiciones, que su tío quisiera ver cambiadas, permanece inalterable... realmente no podía desarraigar los resabios de su niñez.

Miss Hastings, más paciente y con más esperanzas que sir Osvaldo, persistía en su empeño, haciendo alarde de infinito tacto y discreción. Pero había ciertas peculiaridades con las cuales Paulina no podía romper. Una de ellas era el llamar á cada cosa por su verdadero nombre. No tenía noción alguna de esas pequeñas ficciones que se usan en sociedad; por escabrosa, por fea que fuese la palabra, no vacilaba en aplicarla. Otra peculiaridad suya era

Biblioteca Nacional de España

decir la verdad llana, lisa, aunque resultase molesta ó penosa para otro. Su intenso sarcasmo por todo loque le parecía artificioso llegaba á ser insoportable.

—No necesita V. decir que estoy ocupada, Jacobo,—dijo un día que una dama que no le gustaba fué de visita á Darrell Court.—No estoy ocupada, sino que no quiero ver á Mrs. Caurden.

El humilde servidor la miró contrariado. Miss Hastings trató de suavizar semejante recado.

—Usted no puede enviar á decir una cosa como esa, miss Hastings. Oiga V. la voz de la razón...

—Pero sir Osvaldo, y aún V. misma han dicho que es...

—¡Nunca repita V. eso!—interrumpióla miss Hastings. —Usted no necesita agraviar á nadie con una grosería semejante á esa. No es cuestión de gran mundo, sino de buena educación.

—Jamás cultivaré ninguna política ó buena educación que se oponga á la verdad; esto no obstante, de V. misma la excusa, miss Hastings.

—Lo haré—dijo prontamente la institutriz.—Quiero intervenir en este asunto, pero debe V. evitar otro espectáculo si Mrs. Camden la envía á llamar otra vez y evitarse una vergüenza delante de los criados; recuerde V. que aquí no hay ningún sacrificio de la verdad.

Semejantes contestaciones ocurrían casi todos los días, casi á cada hora. De aquí que el grado de probabilidad que la joven tenía para ocupar el puesto á que estaba indicada, permanencia estacionado.

—¿Está V. satisfecha de su pupila?—preguntó una mañana, sin preámbulos, sir Osvaldo, al entrar en su despacho á tiempo que miss Hastings atravesaba el corredor.—Pero,—continuó—antes de contestarme permítame V. que modifique la pregunta y la haga más categórica: ¿qué progresos ha conseguido V. con su enojosa pupila?

La dulce fisonomía de la institutriz se obscureció al pensar que no podía dar una satisfactoria respuesta. Si

Biblioteca Nacional de España

había un pequeño progreso en los estudios, el carácter permanecía idéntico.

—¡Es un montón de ricos materiales, sir Osvaldo!—dijo;—pero la dificultad estriba en sacar partido de ellos.

—Mucho me temo que se cumplan los vaticinios de la gente,—observó el baronet.—He oído decir á más de uno que sería gran lástima que Paulina no llegase á reunir las condiciones necesarias para el cargo que ha de desempeñar mañana. Como V. ve, no reune casi ninguna. Querría convertir este sitio en un asilo; transformarlo en un colegio para filósofos y artistas hambrientos... Sí, debe pensar algo así... no cabe duda.

Miss Hastings no quiso objetar esta hipótesis. No se trataba allí de una muchacha de diez y ocho años, más ó menos ignorante, sino de una que se apartaba del camino trillado, y contra quien no podían adoptarse las medidas usuales.

—He recibido una carta - continuó sir Osvaldo—del capitán Aubrey Langton, hijo de uno de mis antiguos y queridos amigos. Me indica que quiere hacerme una visita y... ruego á V., miss Hastings, que me perdone por sugerirle semejante cosa, pero me alegraría muchísimo de que se enamorase de Paulina. Tengo la idea de que el amor haría en ella una transformación más completa que todos los métodos del mundo.

Miss Hastings había tenido con frecuencia el mismo pensamiento, pero comprendía que una mujer como Paulina Darrell no se enamoraría de un hombre trivial ó parecido á todos.

—Le he contestado invitándole á que pase un mes con nosotros, y durante este tiempo, tengo la esperanza, una ferviente esperanza de que ambos se gusten y se amen. Paulina es muy hermosa. Perdóneme V. nuevamente miss Hastings, pero ¿le ha hablado á V. alguna vez de amor ó de amoríos?

Biblioteca Nacional de España

—No. En este concepto, como en muchos, difiere esencialmente de las jóvenes de su edad. Jamás le he oído una alusión á semejante materia.

Este hecho parecióle á sir Osvaldo más extraño que ningún otro; tenía la idea, sin saber porque, de que la joven dedicaba parte de su tiempo pensando en materias amorosas.

—¿Luego V. cree que no ha dejado ningun afecto en París... alguno de aquellos hombres que componían la sociedad de su padre?

—No, estoy segura...—replicó miss Hastings.—Es lo bastante ingenua para habérmelo dicho, como me lo dice todo respecto á otros asuntos, y jamás me ha nombrado ningun caballero de aquellos...

—De aquellos, y perdóneme V., mi querida señora, no caballeros, sino individuos, es decir, de una profesión no caballeresca.

Sir Osvaldo sacó su caja de rapé, pegó el acostumbrado redoble y tomó un polvo, pensando en que la existencia de aquellos *individuos no caballeros,* era un misterio palpable.

—¿Quiere V., si alguna influencia ejerce sobre mi sobrina, miss Hastings, quiere V. emplearla en favor de Aubrey Langton?—Por otra parte, si mi plan tiene éxito, y la repito que lo espero ardientemente, impondría la condición de que habrían de trascurrir dos años antes del matrimonio. Durante este tiempo, tengo la seguridad de que cambiaría el caráter de mi sobrina.

Aquello era tan solamente una nueva complicación... de la cual miss Hastings no esperaba gran cosa.

El mismo día, durante la comida, sir Osvaldo participó á su sobrina la próxima llegada del capitán Langton.

—¡Conozco tan pocos caballeros ingleses—observó Paulina—que la noticia tiene para mí cierta curiosidad!

—Conocerás, es decir, si se parece á su padre, un dis-

Biblioteca Nacional de España

tinguido y noble caballero—dijo sir Osvaldo con complacencia.

—¿Es inteligente?—preguntó la joven.—¿En qué se ocupa?

—¿En qué se ocupa?...—repitió sir Osvaldo.—No te comprendo.

—Digo si pinta, ó es literato...

—¡Dios me auxilie!—exclamó el baronet estupefacto.—¡Es un caballero!

Su rostro enrojeció durante un gran rato, y cuando el rubor hubo desaparecido, dejó lugar á una palidez tenuísima.

—Considero caballeros á los artistas y escritores—replicó la joven—caballeros de más alta jerarquía que aquellos á quienes la fortuna ha concedido dinero, pero la naturaleza ha negado talento.

Días atrás, tal apreciación, hubiera dado lugar á una viva controversia, pero como sir Osvaldo tenía algo en perspectiva, dejó pasar por alto aquellas palabras.

—Es un gran placer para mí,- dijo,—el conocer al hijo de mi mejor amigo. Espero, Paulina, que me ayudarás en cuanto te sea posible, para que nuestro huésped quede contento.

—¿Qué puedo hacer yo?—preguntó con brusquedad.

—¡Qué pregunta! -dijo sir Osvaldo sonriendo.—Sería mejor que preguntases: ¿qué es lo que no puedo hacer? Hablar con él, cantar. Tu voz es magnífica y dudo que haya otro que cause más placer. Puedes pasear con á él caballo, ó á pie...

—Si es un hombre inteligente y sensible, puedo hacer todo eso que usted menciona; sino, no quiero molestarme en entretenerle. Jamás gastaré mi tiempo con gente estúpida ó fastidiosa.

—Mi joven no será indudablemente ni estúpido ni fastidioso,—dijo sir Osvaldo con acritud; y miss Hastings pensaba cual sería el resultado de todo aquello.

Biblioteca Nacional de España

Aquella misma noche, miss Darrell habló del capitán Langton, haciendo un cúmulo de suposiciones acerca de él.

—Supongo, – decía,—que será el acabado modelo del inglés que visita á París. Allí se hacen sobre el asunto chispeantes caricaturas... A mí, una buena caricatura me enamora... ¿y á usted miss Hastings?

—También, cuando es buena y no ofende á nadie,—fué la sensible respuesta.

La joven la miró con cierto aire de impaciencia.

—¡Sus ideas de usted son incoloras! – exclamó sarcásticamente.—En Inglaterra se parecen todas las mujeres. Usted no tiene individualipad, carácter propio.

—Que es mucho mejor que un carácter propio, si éste es enfermizo ó mal dirigido. El cuerpo humano, si és bueno, deplora el pesar de los demás.

—¡Me preocupa,—dijo Paulina pensativa,—la idea de si me gustará el capitán Langton. Hemos de vivir algún tiempo juntos y confieso que es un gran cambio el que vamos á sufrir. Usted indudablemente habrá experimentado esa peculiar sensación que nos sobrecoje cuando oímos rugir el trueno. Pues bien, experimento esa extraña, casi nerviosa, casi intranduila sensación ahora.

—Pruebe usted á ser amable, Paulina,—contestó vivamente la institutriz.—Como usted ha visto, sir Osvaldo tiene en mucho al hijo de su amigo. ¿Por qué no prueba usted á darle gusto, y no violar ninguno de esos convencionalismos que respeta tanto?

—Quisiera poder con toda mi alma: pero seré la misma... siempre la misma. No puedo modificar repentinamente mi carácter.

—Entonces, deje usted correr los acontecimientos,—dijo miss Hastings plácidamente; y, después, hubo unos minutos de silencio.

—Esa dulce criatura, la dulce sobrina de lady Hamp-

Biblioteca Nacional de España

ton vendrá la próxima semana,—observó pasado un buen rato.—¿Qué cambios introducirá en nuestra vida, me pregunto?

De todos los cambios posibles, lo menos de todo lo que esperaba, era la tragedia que se estaba incubando.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VIII

LA PRESENTACIÓN

En hora inolvidable llegó á Darrell Court el capitán Langton; era una tarde clarísima, tibia, serena. La dulce brisa estival esparcía el aroma de las flores; el fantástico murmullo de las fuentes, el armonioso canto de las aves, semejaba casi moribundo en alas del héspero; el sol casi abandonaba ya el záfiro celeste y las flores empezaban á replegar sus corolas.

Paulina había estado leyendo hasta bastante tarde; entonces, por complacer á miss Hastings, se puso un traje de gala para la comida, que se retardó una hora, y luego se encaminó al jardín.

Muchas jóvenes hubiesen recordado, al tiempo de vestirse, que iba á llegar un oficial joven; miss Darrell no introdujo modificación alguna en su tocado. Un claro y fini-

Biblioteca Nacional de España

simo vestido de crespón se ajustaba en ondulantes pliegues á su cuerpo escultural; sus negros cabellos caían sobre el ebúrneo cuello; sus blancos hombros y sus mórbidos brazos, parecían puro mármol entre los crespones; no había la menor proligidad en sus adornos, y no obstante, jamás reina alguna entre brocado y oro, aparecía más hechicera.

Paulina era una ferviente admiradora de lo pintoresco. Con una sencilla flor, un simple lazo, producía más efecto que muchas mujeres cubiertas con expléndidas joyas. Poseía además un dejo de regia gracia que pocas personas alcanzaban; siendo sus ropas de la misma materia y hechura que las demás, al vestirlas parecían de mayor calidad y habil confección.

Al atravesar Paulina el corredor, miss Hastings se reunió á ella. La institutriz miró prolijamente el sencillo traje de comida; era el mismo que la joven se ponía á diario todas las tardes. Evidentemente no deseaba conquistar á nadie.

—Paulina, tenemos un huésped esta noche,—dijo miss Hastings,—debía usted ponerse algunas flores.

Asintió sonriendo. Casi la primera cosa que llamó su atención al atravesar el salón, fué una grande y lindísima fuchsia. Cogió un corimbo de las purpurinas y ricas flores y lo colocó negligente en sus cabellos. La mayor parte de las mujeres hubiesen corrido al espejo para comprobar el efecto que producía aquel adorno. Paulina, sin cuidarse de este requisito, colocóse otro corimbo de fuchsias en el borde del descote y este fué todo su tocado, magnífico en arquella gran hermosura, que ella era la única que no conocía. Luego encaminóse á una de las fuentes, pues la hermosa y poética tarde había contagiado su alma contemplativa. Su grande sensible espíritu, penetraba todo el misterioso encanto de la naturaleza en sus horas de infinita calma. Mil brillantes fantasías surgían de su corazón y

Biblioteca Nacional de España

de su mente; mil poéticas ideas se escaparon de sus labios transformadas en palabras.

Pasaba el tiempo, incesantemente, hasta que una sombra obscureció las azucenas que tenía enfrente.

Miró rápidamente y vió un alto, blanco y hermoso joven, que la admiraba con tanta admiración como sorpresa. A su lado estaba sir Osvaldo, todo cortesía y gracia, y evidentemente cuidadoso.

—Capitán Langton,—dijo,—permítame usted que le presente á mi sobrina, miss Paulina Darrell.

Ni un músculo del orgulloso y bellísimo rostro de la joven se movió; pero se veía algo de curiosidad en sus negros ojos. Quedóse mirando un momento al capitán, y luego, con una mirada casi soñadora, posó sus ojos sobre los blancos lirios que tenía delante. Aquel no era su ideal, su héroe, indudablemente. Con aquella aguda, rápida mirada, no solamente apreció el rostro, sino el corazón y el alma del hombre que tenía al lado.

El capitán, por su parte, se dió cuenta de aquel microscópico exámen de que había sido objeto.

—Debe ser una de esas jóvenes marisabidillas que pretenden leer en la cara,—dijo para sí mientras se inclinaba contestando calurosamente á la presentación.

—¡Mi sobrina es toda una Darrell!—dijo sir Orvaldo con cierto orgullo.—Ya ve usted como tiene todos los rasgos de la familia.

Otra vez el galante oficial se deshizo en cumplimientos, los mismos de siempre, que parecen la tonada de una caja de muñeca, pero los ojos negros miraban únicamente á las azucenas.

—Es orgullosa, como lo son todos los Darrell,—pensó el capitán,—mi padre me ha dicho con frecuencia que los Darrell eran la familia más orgullosa de Inglaterra.

—Espero,—dijo cortesmente sir Osvaldo,—que no se aburrirá usted con nosotros, Aubrey. Su padre de usted

Biblioteca Nacional de España

era un amigo querido, y mi alegría es inmensa al verle á usted aquí.

—Estoy seguro de ello, sir Osvaldo, soy también muy feliz por haber venido; no puedo imaginar que nadie pueda entristecerse en este antiguo y noble palacio.

El rostro de sir Osvaldo brilló de placer, y al propio tiempo los ojos negros se apartaron de las azucenas, fijándose en el capitán.

—Yo tengo no sólo un minuto, sino horas enteras, en las cuales me aburro,—dijo Paulina.—¿Le gusta á usted mucho el país?

—Me gusta Darrell Court,—replicó el capitán con una inclinación que abrazaba á sir Osvaldo, á su sobrina y á sus posesiones.

—Le gusta á usted.,. ¿en qué sentido?—preguntó Paulina con su terrible habitual franqueza.—Es su primera visita y hace pocos minutos que está usted aquí. ¿Cómo puede usted asegurar que le gusta?

Durante algunos momentos el capitán se la quedó mirando con cierta confusión, pero luego recobró su serenidad. Ingenuamente un hombre de mundo no iba á ser derrotado por una muchacha.

—Lo que he visto yo en Darrell Court,—replicó deferente,—me lo hacen desear como el sitio más hermoso del mundo.

Paulina no quiso comprender. Era demasiado superior y franca para un cumplimiento tan claro. Pero sir Osvaldo sonrió.

—¡No pierde el tiempo!—pensó el majestuoso y anciano baronet,—se enamorará de ella como es mi deseo.

—Le dijo á usted,—dijo en alta voz,—para que trabe más amplio conocimiento con Paulina; ¿quieres acompañar al capitán Langton y enseñarle la pajarera?

—Con mucho gusto,—respondió miss Darrell agradablemente.—Pero hágame el favor de enviarme á miss Hastings. Ella conoce mejor que yo las variedades de aves.

Biblioteca Nacional de España

Sir Osvaldo se alejó con una sonrisa en los labios.

—¡Con que tienen ustedes una pajarera en el parque, miss Darrell? Paréceme que no falta aquí nada. Pero veo que no se interesa usted mucho por ellos; ¿es que no le gustan á usted los pájaros?

—Enjaulados, no;—replicó mis Darrell.—Amo á los pájaros casi como si fuesen amigos, pero no el brillante plumaje de los pobres animales que viven aprisionados en jaulas de oro. Necesitan vivir libres y silvestres, en bosques y selvas, animando el aire con sus gozosos cantos. Entonces me gustan y me deleitan.

—¿Usted ama la libertad?—observó Aubrey.

—No es que la ame, es que es de absoluta necesidad. No comprendo la vida sin ella.

El capitán miró con más atención á la joven. Era aquel el rostro de los Darrell, indudablemente... facciones de perfecta belleza, con un alma de juego que las animaba.

—Y sin embargo,—dijo el capitan suavemente, mirando con precaución donde ponía los pies,—es muy pequeña la libertad, la verdadera libertad, que puede caber á las mujeres. Está limitada por mil cuidados y conveniencias... y ellas enjauladas por mil restricciones.

—No hay poder en la tierra que pueda fiscalizar pensamientos ó enjaular almas,—replicó Paulina,—cuando se es libre, no es lícito decir que no se tiene libertad.

Una ráfaga de fragante viento acarició las hojas que murmuraron dulcemente. El galante capitán comprendió que perdería la partida discutiendo con la joven.

—¿Quiere usted que vayamos á la pajarera?—preguntó.

Paulina echó á andar por uno de los senderos.

—Le gustan los extremos,—pensó el capitán siguiéndola.—Sería para mí una gloria si yo consiguiese hacer mi mujer de esta joven.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IX

EL LIRIO ROTO

Paulina Darrell era una sagaz y prudente observadora. Juzgaba más por las acciones pequeñas que por las grandes; era esta su cualidad característica. Cuando la mujer posee este dón, es más de temer, que el frío, tranquilo y maduro juicio del hombre. Este se equivoca alguna vez, pero es realmente raro que la mujer incurra en una equivocación semejante.

El sendero que seguían estaba de tal modo cuajado de lirios en sus bordes, que Paulina y el capitán iban casi rozándose. El dulce y rico perfume parecía circundarles, y las deliciosas flores, con sus sedosos pétalos y dorados estambres, semejaban blancas estrellas.

El capitán Langton llevaba en la mano un delgado junquillo. Había empezado á hablar con Paulina con la mayor animación. Su altiva indiferencia le había picado. Es-

Biblioteca Nacional de España

taba acostumbrado á que se le sonriese pronto cuando se dirigía á alguna dama. Juróse á sí mismo que vencería aquella altivez y puso todo su conato en que aquellos negros y altivos ojos le mirasen; conseguido esto, indudablemente el corazón de la joven palpitaría á su primera flecha. A la mitad del sendero, un esbelto y cándido lirio se inclinaba impidiendo el paso; esgrimió el junquillo y el lirio, tronchado por el tallo, cayó en el suelo, arrancando á Paulina un ligero grito, como si el golpe hubiese sido descargado sobre ella. Se detuvo, y recogiendo el largo tallo verde, quiso enderezarlo, pero el golpe había roto el pedúnculo de la flor en su totalidad.

—¿Por qué ha hecho usted eso?—preguntó con apenada voz.

—¡Pero... una simple flor!...—replicó Lagton riendo.

—¡Una simple flor! ¡La ha matado usted! ¡Podría usted hacer que viviese de nuevo? ¿Cómo puede usted abreviar aún estas dulces y rápidas existencias?

—Bien,.. pero no es de deplorar su pérdida habiendo tantas.

—Podría usted decir lo mismo de sí propio,—repuso miss Darrell. - El mundo está lleno de hombres y su pérdida no sería de deplorar habiendo tantos; sin embargo, no le causaría á usted placer.

—Es que hay una pequeña diferencia entre un hombre y una flor, miss Darrell...—interrumpió el capitán, algo amoscado.

—En efecto; con ventajas para la flor,—asintió Paulina.

El capitán procuró consolarse de su derrota, atusándose el sedoso bigote, y quiso desagraviar á Paulina, murmurando algunas palabras que ésta afectó no oir. En su pronto é impulsivo corazón, falló la causa del elegante oficial.

—Es cruel y egoista,—pensó,—é indudablemente segaría todas las flores del mundo sin fijarse. No le perdonaré la muerte de este lirio,—continuó acariciando su corola

Biblioteca Nacional de España

inmaculada que se prendió al pecho.—Siempre que me mire recordaré su cruel acción.

El capitán evidentemente se recelaba este amistoso soliloquio, y obró de conformidad. Siguieron caminando durante algunos minutos en perfecto silencio; por último, volvióse Paulina y le preguntó de pronto:

—¿Hace mucho tiempo que está usted en el ejército, capitán Langton?

Halagado por una pregunta que parecía encerrar un gran interés personal, se apresuró á responder:

—Ocho años, algo más. Ingresé en él cuando tenía veinte años.

—¿Ha hecho usted alguna campaña?

—No; mi regimiento había estado durante varios años de operaciones... pero antes de que ingresase yo, y después nos acuartelaron y nos licenciaron temporalmente.

—Una sensible holganza,—observó miss Darrell.

—Volveremos al trabajo, cuando éste venga,—repitió el capitán.

—¿Y en qué emplea usted el tiempo?—preguntó Paulina; y otra vez el oficial se sintió halagado por esta pregunta personalísima: su rostro se animó. Era una gran oportunidad hacerle conocer á aquella altiva joven, á «aquella orgullosa Darrell», que era apreciado en la sociedad en mucha mayor escala que lo que ella podía figurarse.

—No puede usted figurarse el sinnúmero de cosas que ocupan mi tiempo,—repuso.—Deliro por los caballos... y tengo predilección por todas las razas.

Si hubiera añadido que se jugaba muy buen dinero en las carreras hubiera dicho la verdad completa.

—Los caballos de raza...—dijo Paulina,—esa es la ocupación favorita de la gente noble... ¿no es eso?

—Casi, casi. Después soy considerado, y perdóneme usted la jactancia, uno de los mejores jugadores de billar de Londres...

—Esa no es jactancia,—observó Paulina, con tal vive-

Biblioteca Nacional de España

za, que el capitán creyó que la joven lo admiraba sinceramente.

—Luego los bailes, la ópera, las jiras, las cenas... no puedo decir cuántas cosas más; las señoras distraen una gran parte de mi tiempo. Los soldados jamás olvidamos la devoción al bello sexo, miss Darrell.

—Y el bello sexo debe estar muy agradecido por alternar con el billar y los caballos,—insinuó Paulina sonriendo.—Y... ¿qué otras cosas hace usted capitán Langton? Porque supongo que su vida no se pasará enteramente en semejantes bagatelas.

—¡Bagatelas!—repitió el oficial.—¡Bagatelas llama usted á los caballos de raza? Por poco no gané el otro día el gran premio... es decir, un caballo mío. Si usted le llama á eso una bagatela, miss Darrell, está usted cerca de trastornar la sociedad inglesa.

—¿Pero qué grandes cosas practica usted?—repitió la joven entornando sus negros ojos.—No puedo creer, repito, que lo que me ha dicho sea todo. ¿No ha escrito usted nunca, ni pintado... ni hecho algo semejante? ¿No siente usted ambición por nada más?

—No sé á que llama usted ambición;—replicó el capitán secamente,—porque escribir y pintar son cosas que en Inglaterra dejamos nosotros para otra clase de gente... ¿cree usted que yo no sería capaz de escribir y pintar si se me antojase?

—Quiero creer que es usted lo bastante inteligente para ello; pero por ahora no veo en sus ocupaciones nada que necesite talento ó inteligencia.

—Miss Darrell,—dijo Aubrey mirándola.—Usted es una radical, á lo que veo.

—¿Una radical?—repitió lentamente.—No estoy segura, capitán Langton, de que no lo sea.

—Usted quiere imaginarse una aristocracia de talento, pero esto no pasa de ser una fantasía. ¿Cómo es posible que un hombre que escribe ó pinta pueda compararse

Biblioteca Nacional de España

nunca al que conoce con exactitud toda la genealogía de un buen caballo?

—¡Verdaderamente! — contestó Paulina con enfática ironía. —No debemos discutir este punto porque no estaremos nunca de acuerdo.

—Comprendido...—pensó el capitán,—no quiere discutir conmigo. Esta joven es una de esas mujeres que necesitan una mano fuerte para ser dominadas.

—No viene miss Hastings,—dijo Paulina por último,—y nuestra visita á la pajarera carecerá de interés. No conozco el nombre del pájaro más vulgar, y usted sin duda tampoco se habrá preocupado en asunto tan baladí.

—Pero...—respondió Aubrey titubeando,—sir Osvaldo había indicado...

—Ya tocan el primer aviso para la comida,—interrumpió miss Darrell, con aire de gran alivio,—tenemos el tiempo justo para regresar. Como parece usted solícito en cumplir las indicaciones de sir Osvaldo, le hago presente que es muy amante de la puntualidad.

—Paréceme,—pensó el capitán,—que tiene ansia de ganar terreno sobre mí. Es preciso que reconozca que no estoy acostumbrado á este género de lucha.

El aspecto del comedor, con su costosa vajilla de plata, sus mesas regiamente puestas, y el suave perfume de los vinos y las flores, devolvieron al capitán su buen humor.

—Si tengo algún enojo,—se dijo,—lo ahogaré en vino.

Estuvo contemplando á Paulina durante la comida. La grande, pálida y apasionada belleza de la joven, jamás había resplandecido tanto como aquella noche, adornada con las purpurinas fuchsias y el cándido lirio sobre el pecho. Sir Osvaldo no se fijó en esta última flor hasta bien mediada la comida.

—Como, Paulina, con jardines y estufas repletos de flores... ¿por qué has escogido esa incompleta?

—Para mí es más exquisita,—respondió la joven.

Biblioteca Nacional de España

El rostro del capitán obscurecióse por un momento, pero no quiso darse por ofendido. La elegante y bien servida mesa, la suculenta comida, los vinos de primera clase, todo, causaba en él gran impresión. Díjose á sí mismo que debía aprovecharse de lo bueno y contemporizar con aquella altiva joven que encontraba en su camino. Buscó la manera de ser agradable, y fué todo animación, todo vivacidad y agudeza con sir Osvaldo. Estuvo deferente con miss Hastings, y en sus maneras para con Paulina no dejó duda á los circunstantes de que estaba fascinado por ella. Pero Paulina afectaba demasiada orgullosa indiferencia, demasiado altanero descuido, no obstante fijarse en aquellas muestras de admiración. Sir Osvaldo Darrell era demasiado caballero para ofrecer su sobrina á alguien, pero, estaba predispuesto á conceder la mano de Paulina á Aubrey, si éste se decidía á pedirla.

Al quedarse solos ambos caballeros, el capitán Langton, por primera vez en la vida fué verídico del todo.

—No tengo fortuna;—dijo,—mi padre me dejó un exiguo patrimonio, y yo he perdido la mayor parte. No he sido ni cuidadoso ni prudente, sir Osvaldo.

—Cuidado y prudencia no son virtudes de la juventud, —replicó el baronet.—Puedo declararle, honradamente, que mi mayor alegría sería que usted casase con mi sobrina; en cuanto á fortuna, ella será riquísima, siendo mi heredera. Ayer mismo me anunciaron el haberse descubierto una mina de carbón en mis posesiones de Escocia, y, si esto es verdad, mi renta aumentará en algunos centenares de libras por año.

—¡Dios le de á usted larga vida para gozar de sus riquezas, sir Osvaldo!—dijo el joven con tal acento de sinceridad, que las lágrimas asomaron á los ojos del baronet.

Pero había una cosa que el capitán no había confesado. No había querido decir á sir Osvaldo que estaba arruinado, que sus acreedores lo asediaban sin tregua y que su visita á Darrell Court erapara él la tabla de salvación.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO X

PAULINA CONTINÚA INCORREGIBLE

Sir Osvaldo prolongaba sus sobremesas. No todos los días se encuentra un comensal tan discreto como lo era el capitán Langton. Este poseía un vasto repertorio de anécdotas de la corte, de la aristocracia y aun de la burguesía y las contaba con cierta gracia. El capitán pasaba su tiempo lo mejor que podía, refiriendo modestamente sus triunfos en la buena sociedad y contando con los dedos el número de ladies que le miraban con agrado. Todo esto,—ya lo hemos dicho,—explicado con volubilidad, sin la menor jactancia aparente, y sir Osvaldo, que lo escuchaba con deleite, no cesaba de repetirse que no podía encontrarse mejor marido para su sobrina.

Un segundo vasito de rico y añejo Oporto fué trasegado y luego, dijo sir Osvaldo.

—Puede usted ir al salón en busca de las señoras, si

Biblioteca Nacional de España

tiene gusto en ello. Yo acostumbro á echar un sueñecito después de la comida.

La perspectiva de un *tète á tête* con mis Darrell no produjo en el capitán un rapto de entusiasmo.

—Es,– se dijo,—una magnífica y hermosa mujer, pero tan orgullosa que se vuelve insufrible. Jamás, en toda mi vida me he empequeñecido tanto como ahora cuando la miro ó la hablo, y esto, ciertamente, no da placer á ningún hombre.

Pero Darrell Court era una posesión también magnífica sus rentas excedían á cuanto él podía haber soñado, y todo podía ser suyo... sir Osvaldo así lo había dicho; suyo si conseguía conquistar el orgulloso corazón de aquella orgullosa muchacha, y hacerla suya con su fortuna. El premio era muy grande para cejar por algo más ó menos desagradable.

—Si se pareciese á la generalidad de las mujeres—pensaba,—la cosa no sería difícil; pero esta parece que vive en las nubes.

Había que echar por el camino de enmedio, y así, el capitán sumó todo su valor y fuese decididamente hacia el salón.

Miss Hastings, tranquila, elegante, agradable, con su ligero traje de seda gris, estaba sentada al lado de un veladorcito, donde ardía una lámpara escultural, á cuya luz leía. El salón, no obstante estaba iluminado con profusión. Era un espacioso departamento, demasiado grande aún para una gran casa. Contenía cuatro inmensas ventanas, dos de las cuales estaban cerradas, y las primorosas colgaduras de seda y oro, dejaban extender la vista por la admirable perspectiva; solo un ángulo del salón estaba sumido en una agradable semi obscuridad, y allí, un balcón abierto de par en par, dejaba penetrar un rayo suave y pálido del astro de la noche. Con la ténue brisa, llegaba allí el dulce aroma de los lirios, el perfume de las rosas, la fragancia de los ricos claveles y los purpúreos heliotro-

Biblioteca Nacional de España

pos. Sombras fantásticas parecían envolver las flores, la blanca y plateada luz de la luna proyectaba sus caprichosos destellos sobre el verde sombrío de las matas... era la hora en que el misterio envuelve á la naturaleza.

Paulina estaba en el abierto balcón. Algo la había puesto intranquila y nerviosa; pero, al rato de estar allí, el aspecto de la hermosa escena iluminada por la luna, la devolvió su contento. Con una mirada al constelado, admirable firmamento, y luego otra, abarcando el conjunto de luz nacarada sobre las flores, mató el disgusto pasajero, y otra vez se abismó en sus dulces y radiantes pensamientos.

Parecióle de pronto que se elevaba un rumor en la perfumada brisa; algo que era menos agradable que la fragancia de los lirios... el mismo acento cuyo nombre no sabía, pero que le disgustaba, porque era el mismo que usaba el capitán. Una voz que pretendía ser tierna murmuró algo á su oído; el precioso conjunto de aquella poética luna había desaparecido; sus hermosos pensamientos del momento volaron con las dormidas flores y el nacarado rayo de la luna. Volvióse súbitamente, y dijo, con voz clara, recalcando cada frase:

—Tenga usted la amabilidad, capitán Langton, de no asustarme otra vez. No me gusta que nadie se eche encima de un modo tan inesperado.

—¡Era tan feliz por encontrarla á usted sola! — balbuceó.

—No comprendo el porqué de tamaña felicidad. Siempre me produzco mejor cuando estoy con miss Hastings, que cuando estoy sola.

—Usted siempre es encantadora,—replicó el capitán.— Deseo decirla á usted algo, miss Darrell. Sea usted buena, paciente, y escúcheme.

—No soy buena ni paciente, por naturaleza,—replicó la joven,—¿qué quería decirme?

Era cosa verdaderamente ardua, el querer ser sentimen-

Biblioteca Nacional de España

tal con aquella joven. Luego de decir aquello, volvió otra vez sus ojos hacia las flores; con impaciente mano, acarició un corimbo de heliotropos que se balanceaba en su artística maceta.

—Tengo celos de esas flores,—dijo el capitán,—¿quiere usted tratarme como á ellas?

Paulina levantó sus lindos ojos y los posó tranquilamente en el rostro del oficial, con tanta conciencia de su superioridad, que éste se vió de nuevo «empequeñecido».

—Lo que usted dice es incomprensible para mí;—dijo calmosamente,—y como á mí me gusta entender lo que me dicen... ¿quiere usted hablar de modo que yo lo entienda?

Su voz era seca y fina, el tono mesurado y sin pecar en conceptuoso. Con esta base era sumamente difícil llegar á la elocuencia, pero Langston tuvo presente á Darrell Court y sus pingües rentas, y esta idea reanimó su espirante valor.

—Deseo pedirla á usted un favor;—dijo, y la suplicante expresión que supo dar á su rostro hubiera engañado á cualquiera.—Quiero suplicarla que sea un poco buena para mí. La admiro á usted tanto, que me conceptuaría el hombre más feliz del mundo si usted se dignarse concederme su amistad.

Paulina pareció considerar aquellas palabras... pesarlas casi; y su silencio hizo concebir al capitán alguna esperanza.

—Soy indigno de ese honor... lo conozco;—continuó,—pero tenga usted en cuenta que toda mi vida he deseado la amistad de una buena y noble mujer, y será usted buena conmigo... ¿quiere usted serlo?

—Así, pues... ¿usted piensa que yo soy una noble y buena mujer?—preguntó suavemente.

—Estoy seguro; su cara...

—Quisiera saber,—interrumpió Paulina,—si sir Osvaldo es de su opinión de usted. ¿Usted ha vivido siempre

Biblioteca Nacional de España

en eso que se llama «el mundo», capitán Langton, supongo?

—Sí,—contestó éste admirado de tal pregunta.

—¿Ha vivido usted en la sociedad todo el tiempo, y sin embargo soy yo la primera «noble y buena mujer que usted ha encontrado? ¡Usted es bastante galante con el bello sexo después de todo!

El capitán quedóse algo irresoluto.

—No he dicho exactamente eso, miss Darrell.

—Pero ese es el significado. Dígame por qué quiere que sea yo su amiga mejor que otra. Miss Hasting es mil veces más agradable que yo... ¿por qué no la brinda usted con su amistad?

—Es que yo la admiro á usted... la estimo á usted. Diría más pero no me atrevo... es usted demasiado severa conmigo, miss Darrell.

—No pretendo serlo,—replicó ésta.—¿Qué motivos tiene usted para decirme que soy severa con nadie? Soy únicamente lo que la gente llama una persona sincera, que gusta llamar las cosas por su nombre.

—Que son las mejores personas,—dijo galantemente Langton.

—¿Si? Pues sir Osvaldo no es de la misma opinión. Si duda en instituirme su heredera, es precisamente porque no le gusta mi franca manera de proceder; así, cuando menos, me lo ha dicho.

—La verdad en una tan linda mujer...—empezó el capitán sentimentalmente, pero miss Darrell le interrumpió no queriendo oir lo que le parecían falsedades.

—Me ha dicho usted que desea mi amistad, porque le gusto... bueno, la dificultad estriba en que yo no puedo concedérsela, porque usted no me gusta á mí.

—¡Que no le gusto á usted!—exclamó el capitán que no podía dar crédito á sus sentidos.—¡Eso no es posible! ¡Es la primera vez que me dicen semejante cosa!

—Pero quizás no sea la primera que alguien lo haya

Biblioteca Nacional de España

pensado. Y, como le he dicho á usted, siempre digo lo que pienso.

—Y ¿puede usted decirme el motivo de no gustarle yo? —preguntó vivamente el capitán.

Paulina clavó en él su tranquila mirada, y dijo con la naturalidad del que expresa la cosa más sencilla del mundo:

—Se lo diré á usted inmediatamente. Me parece usted falto de sinceridad y franqueza. Cree usted que la gente se complace con el halago. Halaga usted á sir Osvaldo, halaga usted á miss Hastings y me halaga usted á mí. Una agradable existencia es muy buena, pero un hombre sincero no debe procurársela por medio de la adulación... no debe pensar en sí mismo, que es el hecho. Además, es usted cruel ó egoísta... no sé cuál de las dos cosas. ¿Cómo es usted capaz de andar á palos con esas dulces flores que Dios ha creado para ornato del mundo?

El rostro del capitán Langton se puso blanco de despecho.

—¡Bajo mi palabra de honor,—dijo,—nadie se ha permitido hasta hoy decirme tanto!

Miss Darrell volvió á su contemplación y dijo al poco rato:

—Como usted ve, la amistad entre nosotros ofrece bastante dificultad. Pero no quiero juzgar prematuramente; dejaré pasar unos días y decidiré entonces.

Y salió del salón antes de que el capitán se repusiera de su manifiesta contrariedad.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XI

¿CÓMO TERMINARÁ ESTO?

Algunos minutos después, el capitán atravesó el salón y fué á reunirse con miss Hastings. Esta le miró sonriendo.

—Mucho me temo que no se haya usted complacido de su visita al balcón, capitán Langton,—dijo.—Precisamente iba á intervenir en el diálogo.

—Su pupila, miss Hastings, es la criatura más extraordinaria que he conocido,—replicó Aubrey.

Miss Hastings sonrió y pintóse en su rostro una expresión de irónica dulzura.

—Es verdaderamente original, capitán Langton; enteramente distinta de las jóvenes del día.

—Es magníficamente hermosa,—añadió el capitán;—pero sus maneras son realmente abrumadoras.

—Tiene grandes y relevantes cualidades,—dijo miss

Biblioteca Nacional de España

Hastings;—posee una noble disposición y un corazón sensible y generoso; pero el prurito de un precoz raciocinio y la educación adquirida entre cierta clase de la sociedad, han hecho de ella un carácter extraño.

—¡Extraño!—exclamó el capitán.—Jamás he tratado con otra persona tan áspera, tan displicente y tan brusca como ella. No posee noción alguna de reserva ó buena crianza, cosa que me ha sorprendido altamente. He oído los comentarios de sir Osvaldo y creo que éste está bastante disgustado de la manera de ser de su sobrina... esa extraordinaria joven me ha desorientado. ¿Me haría usted el obsequio de indicarme el gabinete de fumar, miss Hastings?

Miss Hastings, siempre sonriente, indicóle al joven el lugar indicado. Sir Osvaldo fué á reunirse con él; había preguntado á la institutriz por su huesped, y aquella le indicó que iba á fumarse un cigarro. El baronet había expresado su buena opinión acerca del capitán, y fué á darle las buenas noches

—¿Cómo terminará ésto?—se preguntó la institutriz.—Paulina seguramente no querrá casarse con Mr. Langton. Aquellos altivos y brillantes ojos han leído hasta el fondo del corazón de ese joven, su alma grande parece despreciar todas sus sonrisas gracias é inmodestias. Jamás se casará con él. ¡Pero si al menos quisiera ser final Sir Osvaldo es capaz de dejarle todo cuanto posee al capitán, y entonces ¿qué será de Paulina?

Durante todo este tiempo la amable y graciosa institutriz había luchado vanamente para conseguir de su pupila una modificación en sus formas.

—¿Cómo terminará esto?—se repitió miss Hastings.—Todo mi anhelo sería ver á miss Darrell dueña de Darrell Court, pero desconfio de lo futuro.

Muchas de las escenas que tenían lugar entre miss Darrell y el capitán eran sumamente divertidas. La joven se

Biblioteca Nacional de España

complacía mucho viendo los aires tenoriescos, las gracias y las afectaciones del elegante Aubrey.

—Amaría á un hombre grande, rudo, con el rostro de heroe y el sentimiento de un poeta, el corazón leonino y la sonrisa de un niño,—le dijo un día.—No podría sufrir un mequetrefe.

—Espero que usted creerá que semejante hombre es imaginario, miss Darrell,—respondió el capitán en seguida.—Tengo años de vida en el mundo, y le confieso á usted que nunca he tropezado con cosa parecida.

—Creo por mi parte que su mundo de usted es muy limitado,—respondió mis Darrell haciendo poner cabizbajo al capitán. Este tenía cierta esperanza y creyó deslumbrarla hablándole de su conocimiento de la vida, pero ¡cuán ofendido quedó al ver hasta aquellos conocimientos tan poco apreciados!

Estaba una mañana contemplando Paulina un dibujo bordado, el cual había confeccionado miss Hastings.

—¡Qué hermoso es!—exclamó la joven; y el capitán que oyó la exclamación se acercó, inspeccionando el dibujo con los lentes puestos.

—¿Es usted corto de vista?—preguntó la joven de pronto.

—En lo más mínimo,—replicó el capitán.

– ¿No tiene usted defecto en la vista?

—Ninguno.

—Entonces... ¿por qué usa usted lentes, capitán Langton?

—¿Yo?... ¡Ah... verá! ¡porque los lleva todo el mundo!—balbuceó.

—Yo creía que únicamente las mujeres podían permitirse estas cosas.... el seguir la moda porque sí...—dijo Paulina con burlón acento.

La siguiente mañana el capitán apareció sin sus lentes, y miss Hastings sonrió á esta novedad.

Biblioteca Nacional de España

Otra de las afectaciones del oficial era pronunciar malamente las erres, fingiendo que ceceaba.

—¿De veras no puede usted pronunciar las erres?—preguntóle un día Paulina.

—Sí que puedo... en efecto,—dijo admirándose de la pregunta.

—Entonces... ¿por qué dice usted «gopa» y «getrato» de una manera tan viciosa?

El capitán se puso encarnado.

—Sin duda por algún hábito que he adquirido,—explicó,—pero necesito curarme de él.

—Es un hábito bastante afeminado para un hombre,—observó miss Darrell.—Si yo fuese militar me deleitaría hablando claro y liso. No puedo comprender cómo los caballeros ingleses miran como una elegancia el estropear su propio idioma.

Pero este hábito no desapareció tan prontamente como los lentes; se trataba de un vicio que necesitaba tiempo.

—¿Qué piensa usted acerca de esto, Paulina?—le preguntó un día miss Hastings, terminada la lectura de un fragmento de la «Historia de la guerra peninsular».

—Pienso—contestó Paulina—que aun cuando Francia podía estar orgullosa de su gloria militar, Inglaterra contaba con un ejército más superior; sus soldados eran verdaderamente bravos, y sus oficiales, caballerosos é instruidos.

—Me alegro mucho de que piense usted así. Y me alegraría mucho más si repitiera usted esto delante de nuestro huesped.

Sus hermosos labios se plegaron con una burlona sonrisa.

—Cierto que no lo repetiré. Lo comparo á cierto capitán Lafosse, á quien conocí en la calle del Olmo, un soberbio soldado, de ruda faz, de corazón superior, sensible como una mujer. El capitán Langton es un mequetrefe... ni más ni menos.

Biblioteca Nacional de España

—Pero es galante, refinado, elegante en maneras y mañoso, lo que quizás no era su capitán de ruda faz y corazón superior.

—No estamos de acuerdo, miss Hastings, no estamos de acuerdo. El capitán Langton no me gusta.

La institutriz, recordando todas las ilusiones de Osvaldo, procuraba presentar al capitán por su lado más lisonjero, pero en vano. Miss Darrell, simplemente, oía sin convencerse.

—Soy más joven que usted,—dijo por fin la joven,—y no tengo conocimiento de esto que llama usted la vida; pero el instinto de mi corazón me dice que ese hombre es falso de corazón, de mente y de alma; tiene una falsa y halagadora lengua, falsa sonrisa y falsos principios... no quiero hablar de él.

Miss Hasting la dirigió una triste mirada.

— ¿Pero usted cree quizás que lo encontrará algún día algo mejor?

—No,—fué la categórica respuesta.—No lo cree: yo le dije que no me gustaba, y que me tomaba algún tiempo para ver de otorgarle ó no mi amistad; y la conclusión á que he llegado, es, que jamás seré su amiga.

—¿Cuándo fué á decirle V. que no le placía?—preguntó la institutriz con gravedad.

— El primer día de su permanencia aquí.

Miss Hastings exhaló un suspiro de alivio.

—¡Y él la dijo á V, algo, Paulina?—volvió á preguntar miss Hastings dulcemente.

—No... ¿qué había de decirme? Creo que no le gustó mi franqueza, porque él, según cuenta, ha gustado siempre á todo el mundo.

Una cosa era cierta, y es que el capitán había estado á punto de enamorarse seriamente de Paulina; su gran hermosura, sus dotes, su originalidad parecían tener irresistible encanto para el galante militar.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XII

LEONOR ROCHEFORD

Era una mañana de Agosto, cuando una niebla grisácea envolvía la tierra, niebla que era el resultado del intenso calor, y á través de la cual los árboles, flores y fuentes desaparecían en la sombra. El sol asomaba á intervalos su radiante faz, pero cada vez que esto sucedia, era mayor el calor y la sequedad; el aire se llenaba de aromas y los pájaros cantaban, como saludando la reaparición del astro-rey. Una mirada de miss Hastings sobre el rostro de su pupila, denotaba que esta no estaba ni medianamente satisfecha con los progresos de aquella. Paulina observaba la niebla que gravitaba sobre los árboles y los dorados rayos de sol que rompían aquellos celajes de vez en cuando.

—Déjenos V. leer debajo de estas enredaderas, miss Hastings,—dijo á su maestra; y el capitán Layton esbozó

Biblioteca Nacional de España

una sonrisa de aprobación. Por aquél entonces el joven se había convertido en una sombra de la presunta heredera de Darrell Court; no podía vivir sin su presencia; le dominaba un amor apasionado y hubiera dado sin vacilar la fortuna de sir Osvaldo por poderla llamar su mujer.

Sir Paulina conocía aquella pasión, no se daba por enterada; no mitigó en su obsequio, ni su altivez, ni su completa indiferencia; jamás procuró en lo más mínimo ser un tanto agradable para el pobre capitán.

Sir Osvaldo seguía con atentos ojos aquel asunto, y miss Hastings temblaba por el desagradable resultado que podía sobrevenir á la joven, en cuanto comprendiese la verdad de la cosa. Vió y comprendió que el baronet era tardío, pero seguro en sus decisiones; si Paulina se casaba con el capitán, heredería á su tío; en caso contrario jamás sería la dueña de Darrell Court.

En aquella mañana de agosto, nuestros tres personajes formaban un precioso grupo bajo las sombrías y graciosas enredaderas. Miss Hastings tenía en las manos una de esas caprichosas labores que son el encanto de las señoras; el capitán, reclinado sobre una rústica empalizada, sentado en el césped, presentaba una figura verdaderamente hermosa, por que, aparte de sus deficiencias intelectuales, Aubrey era uno de los hombres más agradables de Inglaterra. Paulina, como de costumbre, estaba bellísima, graciosa y original, vistiendo una sencilla matiné... sencilla en sí, pero realzada por la artística colocación de un lazo escarlata en el escote. En los cabellos lucía una flor de granado. Su adorable faz estaba impregnada de una no vulgar sensibilidad al leer en el tomo que tenía en las manos.

—¡Otra vez Termyson!—exclamó el capitán cuando la joven empezó á leer. Es lástima que el poeta no la conozca á V. miss Darrell y sepa la alta estimación en que tiene V. sus versos.

Paulina jamás sonreía ni se ruborizaba al oir aquellos

Biblioteca Nacional de España

cumplimientos, como tenía costumbre Aubrey de que ocurriese con otras jóvenes. Tenía una manera peculiar de fijar sus ojos en él, después de lo cual generalmente, nuestro oficial cesaba inmediatamente en sus galanterías.

—Imagino que no puede V. decir nada que pueda halagar al poeta,—replicó pensativa.—En efecto, Termyson está, me atrevo á decirlo, muy superior á toda alabanza ó sátira.

Y luego, sin más explicaciones, continuó su lectura. La mirada del capitán no se apartaba de aquel rostro encantador.

De pronto se oyó un lejano rumor de voces, y pronto divisaron á sir Osvaldo acompañando á dos señoras.

—¡Qué fastidio!—murmuró el capitán.—¡Jamás le dejan á uno quieto un momento!

—¡Yo creí que la sociedad le complacía á V. mucho!—saltó Paulina.

—¡No me cuido de la sociedad cuando estoy á su lado! —replicó el capitán, y su rostro se encendió al ver la mirada indiferente que sirvió de pago á su galantería.

—Eres orgullosa,—murmuró el capitán para sí,—eres tan altiva como hermosa... y sin embargo te haré mi esposa!

En aquel momento llegaba sir Osvaldo con las dos señoras, una, la para Paulina cargante lady Hampton, y su sobrina, miss Rocheford.

Lady Hampton se adelantó con sus acostumbrados, graves y artificiosos modales.

—Sir Osvaldo quería enviarles á buscar, pero me he opuesto á ello,.. ¡Qué cosa más encantadora que sorprender semejante grupo debajo de las enredaderas? Estoy ansiosa por presentarla mi sobrina, miss Darell... llegó anoche Leonor, te presento á mis Darrell, á miss Hastings y al capitán Langton.

Biblioteca Nacional de España

Los ojos de Paulina se clavaron en la dulce y ruborosa faz de la joven y en su elegante y graciosa figura; miss Hastings hizo lo propio, y el capitán, retorciéndose los bigotes, pensó que era imposible reunir dos mujeres tan hermosas.

Había un gran contraste entre Paulina Darrell y Leonor Rocheford. Paulina era morena, orgullosa, linda, apasionada, altiva y voluntariosa, poseyendo, sin embargo, un alma poética y una gran inteligencia, exenta de todo convencionalismo, de todo sistema, de todo artificio. Leonor era tímida, elegante, graciosa, amable, con una delicada belleza, rubia, y no obstante, con más condiciones para la vida que la otra y sin olvidar nunca la máxima que le repetía su tía... conseguir lo mejor posible en la parte del mundo.

En aquella calurosa mañana de agosto, miss Rocheford vestía un encantador traje lila y blanco, con un lijero sombrerito parisiense sobre su dorada cabellera, sus guantes, lazos, entucás, todo era perfecto, ni una cinta fuera de su sitio, ni un botón mal prendido, formando un visible contraste con el negligente y pintoresco atavío de la joven que tenía á su lado.

Lady Hampton tomó asiento, imitándola su sobrina. Sir Osvaldo sugirió la idea de que un refresco vendría muy apropósito en aquella calurosa mañana, y el capitán Langton se brindó á ordenar que lo preparasen. Al irse, lady Hampton le contempló con admiración.

—¡Qué hombre tan guapo, sir Osvaldo! ¡Qué rostro más inteligente! No tiene el menor aspecto guerrero... ¡tan fino, tan complaciente! Pienso recordar que es hijo de uno de sus mejores amigos... ¿es así?

—Sí... hijo del mejor amigo que he tenido en el mundo,—fué la respuesta,—le amo como si fuese de mi familia... y verdaderamente quisiera que lo fuese.

Lady Hampton suspiró y miró al baronet con simpatía,

Biblioteca Nacional de España

—Langton,—continuó lady Hampton con dulce inflexión,—¿no pertenece á los Langton de Orde?

—No; replicó sir Osvaldo,—mi amigo era de una buena familia, pero no poseía gran fortuna.

Fué admirable cómo murió en lady Hampton el interés que pareció despertarle el capitán; no hubo ya más preguntas ni interjecciones. Si hubiera sabido que era heredero de una gran posesión ¡cuán diferente hubiera sido su conducta! Poco después de volver el capitán, los criados instalaron una mesita rústica cubierta de racimos, de peras y de dorados melocotones.

—¡Esto es realmente pintoresco!—declaró lady Hamton entre dos sonrisas.—Y á Leonor que le gusta tanto el campo!

Apesar de los vaticinios de lady Hampton, no parecía entablarse la mayor cordialidad entre las dos jóvenes. En dos ó tres ocasiones Leonor había dirigido sus miradas al capitán, el cual las contestó tardiamente y sin mucho interés. En sus ojos se leía que en su pensamiento dominaba un verdadero amor.

Miss Rocheford era, bajo todos los conceptos, el modelo de la joven bien educada. Sabía que el gran objeto de su existencia era casarse bien... y esto no lo olvidaba nunca. Era bien educada, graciosa, elegante, pero carecía de fortuna: Mis Hampton le había inculcado el principio de que el casamiento era asunto de negocio.

—Tú no tienes fortuna, Leonor,—solía decirla,—necesitas casarte con alguien que la tenga.

Miss Rocheford lo comprendía también así. No oponía objecciones al dicho de su tía, era completamente pasiva respecto á aquel asunto, pero á veces abrigaba la esperanza de que el hombre rico y noble que iba buscando, podía ser joven, guapo y agradable. Si no era así, lo tomaría como fuese, pero lo esperaba cuando menos.

Lady Hampton había quedado viuda recientemente,

Biblioteca Nacional de España

En su juventud abrigó alguna esperanza de llegar á ser la duquesa de Darrell Court; pero esta esperanza se desvaneció. Ahora, que tenía una sobrina á quien colocar, inclinó sus gracias á otro fin; después de todo sir Osvaldo no era valetudinario. Verdad es que su cabeza había blanqueado, pero se conservaba aún derecho, fuerte, y, según criterio de la intrigante lady, más interesante que muchos jóvenes, que no piensan más que en sí mismos. Si sir Osvaldo fuese sensible á los encantos de Leonor ¡cuán mejor dueña tendría Darrell Court que aquella orgullosa, áspera é incivilizada joven!

Sabía que su sobrina era precisamente el tipo que gustaba al baronet, elegante, delicada, incapaz de ninguna originalidad, pronta en ceder de sus opiniones é ideas, pronta á reformar sus palabras, á reconocer la superioridad de su marido... una mujer modelo, en suma, según la manera y apreciaciones de sir Osvaldo. Se fijó también en que el baronet estaba muy galante con Leonor; conocía que el anciano no podría menos de considerar mentalmente la diferencia entre las dos jóvenes... la graciosa timidez de una, su perfecta educación y urbanidad, y la brusca independencia y grosera llaneza de la otra.

—Muchísimo sentiría que esa muchacha llegase á ser la señora de Darrell Court, cuando á lo sumo haría una perfecta reina de las islas Sandwich. Antes de irme es preciso que le abra los ojos á sir Osvaldo y le sugiera mi magnífico pensamiento.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XIII

PROYECTOS MATRIMONIALES

La fortuna favoreció á lady Hampton. Sir Osvaldo estaba tan complacido de la visita, que insistió para que se quedasen á almorzar.

—Estas jóvenes,—dijo,—necesitan de algún tiempo para hacerse amigas;—é hizo como que no observaba la fría indiferencia que se retrató en la fisonomía de su sobrina.—Paulina,—continuó,—mis Rocheford quizás tendrá gusto viendo las dependencias. Es su primera visita á Darrell Court. Acompáñala á las fuentes y á los jardines.

Leonor miró con expresión de verdadero placer al baronet, y Paulina con gesto de tedio, que significaba que iba por pura obediencia.

Sir Osvaldo notó que el capitán miraba á las dos jóvenes con cierta ansiedad.

Biblioteca Nacional de España

—Vaya V.,—dijo con amable sonrisa.—Los jóvenes deben estar juntos. Yo haré compañía á lady Hampton.

El capitán no esperó á que le repitiesen la orden. Estaba tan desesperado y tan triste por su amor, que no podía sufrir la vista de Paulina, ni menos verla hablar sola con cualquiera persona; hubiera querido monopolizar sus palabras, sus miradas, y sentía horribles celos cuando estas distinciones recaían sobre otros. Los tres paseantes cruzaron el enarenado paseo, el capitán todo ternura, miss Rocheford toda dulzura y Paulina como una joven reina salvaje, atada por las cadenas del conquistador. No le eran simpáticos sus compañeros, y no procuraba serles agradable en lo más mínimo.

Entretanto, la oportunidad deseada por lady Hampton, llegó; y supo aprovecharla inmediatamente. Volvió sus ojos, sonriendo, hacia sir Osvaldo.

—Me choca mucho,—dijo, -que se dé V. aires de viejo. ¿Cómo se hace V. tan viejo, sir Osvaldo? No piense V. que quiero adularle, pero hay pocos jóvenes que puedan compararse con V.

—Mi querida lady Hampton,—replicó el baronet, sin ningún artificio;—fíjese V. en esto.

Y pasó su fina mano por su nevada cabeza. Lady Hampton sonrió otra vez.

—¿Y qué prueba eso? Conozco muchos jóvenes que tienen la cabeza cana. He admirado siempre sus deseos de ser viejo... ¿á que no tiene V. sesenta años?

—No... pero tengo cincuenta, y según mi opinión, á los cincuenta se es ya viejo.

—¡Qué error! -protestó lady Hampton con energía.—Muchos hombres son jóvenes á esa edad. Si tuviera setenta años, comprendería su afirmación. Sir Osvaldo,—preguntó de repente mirándolo con fijeza,—¿no ha pensado usted nunca en casarse?

Sonrió, pero una llamarada enrojeció su expresivo rostro.

Biblioteca Nacional de España

—Una sola vez;—repuso sencillamente.—Era una joven lady, hermosa y buena. Nos amábamos. Unas cuantas semanas antes de celebrarse la boda, cayó enferma y murió. Después no he pensado jamás en el amor.

—¡Qué lástima! ¿Qué clase de mujer era, sir Osvaldo.., esa amada lady?

—Parece extraño, pero en figura, en modales y en algunas particularidades se asemejaba mucho á su joven sobrina, lady Hampton. Tenía sus mismas vivas y graciosas maneras, su misma urbanidad... tan distinta de...

—De miss Darrell,—terminó lady Hampton con prontitud.—¡Cuánta pena le dará esa extravagante joven!

—No lo sabe V. bien; pero voy recobrando alguna esperanza. Quiero hablarla á V. como á una buena y antigua amiga, lady Hampton. Me atrevo á decir que la única cosa que puede redimir á mi sobrina es el amor. El amor consigue algunas veces cosas admirables, y tengo la esperanza de que ocurra algo de esto. Una gran pasión en los Darell es la piedra de choque, y quiero probar. El amor puede únicamente doblegar su orgullo y su altivez; puede hacer de ella una dulce y correcta mujer; puede curarla de sus fantásticas manías que se han apoderado de ella, y puede hacer de ella, lo que no es hoy, una mujer sociable.

—¿Lo cree V. así?—insinuó lady Hampton con tono de duda.

—Estoy seguro. Cuando miro aquel rostro hermoso, desafiador, me digo á mí mismo que sólo el amor puede bajar todos aquellos humos.

—Y si no llega esa gran pasión y continúa siendo la mujer de siempre... ¿qué haría V.?

El baronet levantó sus manos al cielo con un gesto de significativa desesperación.

—Y...—continuó lady Hampton,—ruego á V. que me perdone por hablarle de semejantes cosas, sir Osvaldo,

Biblioteca Nacional de España

pero todo el mundo, V. y yo, conocemos que ciertas particularides de carácter necesitan algún tiempo para desaparecer.., supongamos que se enamora, como todo el mundo, con un amor común y de una manera común, sin que esa gran pasión intervenga para nada.. ¿cuál será el destino de Darrell Court?

—Con una persona, especialmente con una joven de su carácter independiente, original y altivo, jamás sabe uno á qué atenerse. ¡Cuán contenta estoy de que mi sobrina sea tan dulce y tan distinguida!

Sir Osvaldo permaneció silencioso por algunos momentos. Echó una mirada que abarcaba la noble casa solariega, sus lejanos bosques y sus expléndidos jardines. ¿Qué sería de todo aquello si caía en las indisciplinadas manos de aquella indisciplinada muchacha... á menos que no fuese refrenada por la voluntad enérgica de un hombre?

¿Quería Paulina someterse á semejante freno? Su pálida y hermosa faz se le presentó á la imaginación, con los rojos labios desdeñosos, y los orgullosos, tranquilos ojos negros.., el hombre que la dominase, que la sujetase á su voluntad había de ser realmente un hombre de superiores condiciones. Por la primera vez una duda atravesó la mente de sir Osvaldo... y era que su sobrina reconociese en el capitán Langton aquel hombre superior. Conocía perfectamente el modo de ser de la joven; no existía allí únicamente orgullo y lucha... sino también culto por lo genial y poético, por la grandeza de inteligencia y la grandeza de corazón, y Aubrey quizás no poseía en gran cantidad ninguna de aquellas cualides.

Lady Hampton posó una mano sobre el brazo de sir Osvaldo.

—Comprendo su pensamiento,—dijo,—pero no desespere V. mi buen amigo. V. se dice como puede dejar la herencia de sus padres en semejantes manos... pero no desespere V., le repito... ¿por qué no se casa V.?

Biblioteca Nacional de España

El baronet se extremeció.

—¿Casarme?—exclamó.—¿Qué, acaso puedo pensar nunca en semejante cosa?

—Piénselo V. ahora,—insinuó la dama sonriendo,—y encontrará V. que el consejo es excelente. En vez de atormentarse á sí mismo por los disgustos de esa mal aconsejada joven, que tantas desazones le cuesta, puede V. encontrar una amistosa cumplida, elegante y gentil esposa que anime su hogar y atienda á su bienestar de V.... puede V. tener un hijo que le suceda y Darrell Court continuaría en manos de los Darrell.

—Pero, mi querida lady Hampton... ¿dónde encontrar semejante mujer? No soy joven... ¿y quién me aceptará?

—Alguna sensible joven. Siga V. mi consejo, sir Osvaldo. Denos V. el placer de que veamos una lady Darrell, digna de ese título y no una silvestre muchacha que desafía á todo el mundo con gestos y palabras. Realmente, considero su matrimonio como una deuda que debe V. pagar al mundo y á su apellido.

—Nunca he pensado en esto. Siempre he considerado que mi vida, tal es la palabra, había concluído.

—Pues ha incurrido V. en una gran equivocación, que, afortunadamente, puede remediarse.

Lady Hampton dejó su asiento y dió algunos pasos por el parque.

—He puesto los puntos sobre las *ies*,—se dijo,—y ahora es preciso llamarle la atención sobre Leonor.

Y volvió á su sitio.

—Me ha preguntado V. antes: ¿y quién me aceptará? Hay en Inglaterra centenares de jóvenes, bien educadas, elegantes, graciosas y amables, tal como mi sobrina, que se llamarían dichosas encontrando un marido como V.

Miró para ver el efecto que habían producido sus palabras. Había encaminado las cosas por el derrotero que le convenía.

Biblioteca Nacional de España

—¿Quiere V. que vayamos á reunirnos con esas jóvenes?—preguntó luego suavemente.

Y se encaminaron juntos por la misma senda en que la indignada Paulina había recojido el lirio tronchado por el capitán Langton. De una manera indiferente, lady Hampton hizo recaer la conversación sobre su sobrina.

—He adoptado á Leonor por completo,—empezó,—y realmente no podía hacer otra cosa, pues era de obligación. Su madre era mi hermana menor, y murió hace algunos años. Leonor tenía que quedarse en compañía de su padre, pero justamente éste tuvo que aceptar un alto cargo en Indias, y le indiqué que me dejase su hija.

—Lo cual indica su buen corazón de V.—observó sir Osvaldo.

—No, la bondad estuvo de su parte que no de la mía. Leonor es un rayo de sol en la obscuridad de mi hogar. Bonita, amable, una verdadera señorita, no posee idea de nada que no sea perfecto ó delicado. Sé que tan pronto como la presente en sociedad casará ventajosamente.

—¿Y no tiene V. probabilidades de ello?—preguntó sir Osvaldo.

—No, por que hemos decidido vivir completamente tranquilas este año. Deseaba conocer á Darrell Court y á su propietario, hemos hablado mucho de V., y hemos hecho esta única excepción.

—Espero que quedará complacida de su visita,—dijo sir Osvaldo.

—¿Qué otra cosa puede hacer sino deleitarse y complacerse de la amabilidad del dueño? Lo he leído en su fisonomía. Pero aquí está el elemento joven, miss Darrell, sola, dentro de su dignidad, Leonor charlando con su amigo. ¡Ah! ¡Mi sobrina sabe escojer sus amistades.

Uniéronse al grupo, pero mis Darrell estaba en uno de sus peores momentos. Se había visto obligada á escuchar una insípida y mundana conversación entre el capitán

Biblioteca Nacional de España

Langton y miss Rocheford, y su indignación llegó al punto de hacerla olvidar por completo hasta los más rudimentarios preceptos de la urbanidad. Los dejó solos.

Almorzaron juntos y la visita se despidió; no para muy largo, pues lady Hampton aceptó la invitación que la hiciera sir Osvaldo de pasar toda una semana en Darrell Court. Serían de la partida sir Francisco y lady Albroy, lo cual aumentaba el placer, y el baronet insinuó que daría un gran baile en el curso de aquella semana... una gran noticia que causó las delicias del capitán y de miss Rocheford.

Entonces lady Hampton y su sobrina se dispusieron á bajar las grandes escaleras. Sir Osvaldo acompañólas al carruaje y estrechó la mano de Leonor por más tiempo de lo que permite la etiqueta.

—¡Cómo se parece á la mujer que amé!—pensó, y su adiós fué algo más que cordial.

Al llegar á su casa, lady Hampton miró á Leonor con aire de triunjo.

—¡Tienes una hermosa perspectiva, Leonor;—dijo.—¡Nunca joven alguna la tuvo mejor! ¿Qué te parece Darrell Court?

—Es un palacio, tía, un magnífico y gran palacio. Jamás he visto cosa parecida.

—Que puede ser tuyo, si tiendes bien las redes, querida mía.

—¡Cómo!—exclamó la joven.—No es miss Darrell la heredera? Todo el mundo lo dice.

—Pero todo el mundo puede equivocarse. Si sabes arreglarte, sir Osvaldo te ofrecerá su mano; lo sé muy bien.

Una sombra de tristeza cubrió el rostro de la joven.

—¡Pero, tía... si es tan viejo!

—Tiene cincuenta años, Leonor. Ninguna joven de buen sentido puede llamarle viejo. Está justamente en la flor de la vida.

Biblioteca Nacional de España

—¡Me gustaba mucho más el capitan Langton!—murmuró la joven poco convencida.

—No tengo la menor duda, querida mía; pero el matrimonio no es materia de gustos ó disgustos. La renta de sir Osvaldo excede de dos mil libras anuales, y, si te manejas, todo esto puede ser tuyo. Por lo demás, tu obligación es seguir mis indicaciones, y hacer lo que te diga, si quieres tener tu puesto en el mundo.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XIV

EL AMOR DE PAULINA POR DARRELL COURT

Miss Darrell guardó completo silencio durante la comida; pero, cuando los criados levantaron los manteles, sir Osvaldo, que había quedado encantado de la visita, dijo:

—Pienso con placer, Paulina; que has encontrado una deliciosa amiguita. Seguramente miss Rochefort te ha sido simpática.

Paulina no contestó y sir Osvaldo, que encontraba cosa imposible que alguien no hallase agradable á Leonor, tan bella y sumisa, continuó:

—Considero que lady Hampton nos ha hecho un gran favor trayendo á su encantadora sobrina con ella. ¿No crees lo mismo, Paulina?

Miss Darrell no contestó de pronto; pero evidentemente sir Osvaldo esperaba una respuesta.

Biblioteca Nacional de España

—No me gusta miss Rocheford,—dijo por último,—y no será amiga mía nunca.

Miss Hastings la miró alarmada; el capitán Langton echóse sobre el respaldo de la silla sonriendo maliciosamente, pues gozaba mucho con las «escenas» de Paulina, cuando no era él el sujeto paciente; la frente de sir Osvaldo se contrajo.

—¿Y puedo saber el motivo?...

—Sí. Y no me gusta por la misma razón que no me gustaría una comida compuesta de platos dulces. Miss Rocheford es muy elegante, muy amable, pero no tiene opiniones propias; cualquier viento la hace girar; no tiene ideas, ni fuerza de carácter. Y á mí me es imposible apreciar una persona semejante.

—Pero mi querida Paulina,—intervino miss Hastings,—no debe usted expresar tamañas y decididas opiniones; debe usted ser más reservada, más tolerante.

—Si no puedo emitir mi opinión,—replicó Paulina serenamente,—no debe preguntárseme.

—Suplico á usted, miss Hastings, que no se oponga á esa brillante franqueza,—exclamó sir Osvaldo apesadumbrado, con las manos trémulas y el ceño pintado en su rostro.

No dijo más; pero el capitán, que vió una probabilidad de captarse las simpatías de miss Darrell, la dijo aquella noche:

—Comprendo que la visita de hoy no le haya sido á usted simpática, miss Darrell. Miss Leonor carece de condiciones para granjearse su cariño.

—Sir Osvaldo me ha forzado á manifestarle mi opinión —contestó Paulina,—pero no quiero oir ninguna apreciación de usted sobre miss Rocheford, capitán Langton. La ha prodigado usted las mayores atenciones, la ha adulado usted y la ha abrumado á cumplimientos; si dice usted ahora que no le gusta, es sencillamente una falsedad, una abominable falsedad.

Biblioteca Nacional de España

Era visible que Paulina había disgustado grandemente á su tío. Miss Rocheford le había complacido en extremo; su dulzura, su amabilidad y su gentil disposición, que á Paulina le parecieron tan monótonas, habían deleitado al baronet; miss Rocheford era tan parecida á la mujer que había amado... ¡tan parecida! ¡Y aquella muchacha que ponía á prueba su paciencia á cada momento, la encontraba llena de faltas!

Estaba irritadísimo; no podía perdonárselo. Estuvo verdaderamente frío y apartado de Paulina durante algún tiempo, pero la joven no se dió cuenta de ello.

Respecto á una cosa había hecho un gran cambio. Hubo un tiempo en que Darrell Court le era indiferente, en que pensaba con pena en su perdida libertad, y en la feliz existencia de la calle del Olmo, y en que hablaba someramente de la grandeza y antigüedad de su noble familia; pero todo había cambiado. Y no era de extrañar sabiendo cuán romántica, cuán poética, cuán impresionable era, cuánto le atraían las cosas bellas y nobles. Vivía en la verdadera cuna de su rosa; cada árbol tenía su tradición, cada rincón su historia; ¿cómo permanecer indiferente cuando toda aquella casa le hablaba de sus antecesores? Los Darrell contaban en la familia gran número de guerreros y bastantes hombres de estado. Algunas de las más nobles mujeres de Inglaterra llevaban el apellido de la familia; y Paulina había aspirado la gloria en aquellos anales, y su corazón latía con orgullo al sentirse heredera de tan gran familia, una Darrell.

Además, amaba la posesión por su pintoresca hermosura, por su majestuosa magnificencia, y llegó un día en que amó cada árbol y cada sitio de la posesión.

Estaba en la naturaleza de Paulina el amar ciega y apasionadamente cuando concedía su amor á alguna cosa; no tenía términos medios. Era incapaz de aquellos procedimientos reservados y femeniles que consisten en sonreir

Biblioteca Nacional de España

cuando brotan las lágrimas. No podía querer con moderación; y su cariño por Darrell Court se había transformado en una verdadera pasión.

Contemplaba la casa solariega bajo veinte diferentes puntos de vista y escribía versos en su honor; le dedicaba su amor como otras mujeres lo dedican á sus padres, hermanos, parientes ó amigos.

Un día contemplaba la mansión señorial á la luz de un sol poniente, y pensó que estaba construída con bloques de oro. Las majestuosas torres y esbeltas torrecillas, los balcones cuajados de flores, lo ojiva de las ventanas, el gótico pórtico, todo presentaba el aspecto de una magnificente pintura; las fuentes murmuraban mansamente, los pájaros cantaban entre las ramas. Volvióse hacia miss Hastings, y la instiiutriz vió que ardientes lágrimas oscilaban en las sedosas pestañas de la joven.

—¡Qué hermoso es esto!—dijo.—No puedo decirle... no encuentro palabras para expresarle cuánto amo esta casa.

El corazón de la buena señora se contrajo al vislumbre de una esperanza.

—¡Muy hermoso!—asintió.—Pero, Paulina, no puedo creer que la ame usted mucho; recuerde que puede no ser su casa...

—No cabe duda acerca de ese punto,—replicó la joven. —¡Soy una Darrell... la única Darrell que puede poseerla! Y... ¡cuánto la amo, miss Hastings! Pero no por su valor, ni por su riqueza; es porque mi corazón siente ese amor. La amo como una mujer puede amar á un hombre, como una madre á su hijo. Lo es todo para mí.

—Cuidado,—insistió miss Hastings;—no se deje usted arrastrar por su mente; noda hay seguro en la tierra.

—Pero esto sí,—replicó Paulina vivamente.—Mi tío no cometerá jamás la injusticia de quitarle Darrell Court á una Darrell. No tengo ni el más mínimo temor... ni el más mínimo.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XV

RUPTURA ENTRE TÍO Y SOBRINA

A los pocos días concluyó la tranquilidad para Darrell Court. Los huéspedes eran esperados, y sir Osvaldo quería tributarles la acogida más calurosa. Los grandes departamentos que no se usaban para la vida de familia, fueron abiertos de par en par; el soberbio salón de baile, el primero de la comarca, fué lujosamente decorado; los anchos corredores y la serie de habitaciones destinadas á los huéspedes, recobraron inusitada vida. Miss Hastings dirigió todo aquello con su proverbial buen gusto; miss Darrell se tomó poquísimo interés por aquellos preparativos.

—Estoy contenta—dijo una mañana—porque tendré ocasión de ver «su mundo», sir Osvaldo. Usted desprecia el mío y estoy ansiosa por ver qué me parece el suyo.

Biblioteca Nacional de España

A esta impertinencia contestó el baronet:

—No sé lo que quieres decirme con esos «mundos»... Creo que vivimos en las mismas condiciones.

—Pero no en el mismo mundo de todos,—repuso la joven;—quiero ver si me gusta el suyo.

—¿Qué esperas encontrar en ese que llamas mi mundo, Paulina?—preguntó sir Osvaldo colérico.

—Poca sinceridad y mucha afectación; poco honor y mucha finura; poca honradez y muchas frases huecas; poca verdad y mucho artificio.

—¿Y con qué razón sientas tamaño juicio?—preguntó sir Osvaldo.

—Muy sencillo,—replicó Paulina;—puesto que la gente siempre está hablando mal del querido y honrado mundo en que viví mis primeros años, seguramente puedo permitirme hacer la crítica del mundo en que ellos se agitan.

Sir Osvaldo volvió la cabeza con manifiesto desagrado; y la institutriz, también disgustada, dijo á la joven:

—¿Cómo se las compone usted para irritar siempre á sir Osvaldo con sus preguntas?

—Vivimos en una región libre y cada cual posee el derecho de hablar con libertad.

—¡Mucho me temo que todas esas libertades no le cuesten á usted caras un día!

Pero Paulina se contentó con sonreir. Semejantes vaticinios no la afectaban jamás; creía firmemente que sir Osvaldo, sucediera cuanto sucediese, y á pesar de todo, no podía desposeerla de Darrell Court á ella... su sobrina; una Darrell, con la fisonomía y la figura de una Darrell, con el orgullo y el corazón de la raza. No; su tío no dispondría del solar de su noble familia en beneficio de un extraño, y tan segura estaba Paulina de esto, que no pensó en hacer el menor esfuerzo para complacer á su tío.

—Los Darrell no conocen el miedo—se decía—y no hay

Biblioteca Nacional de España

ejemplo de que ninguno de ellos se haya doblegado ante cualquiera imposición.

Así pues, la ruptura entre tío y sobrina era de esperar en un momento dado.

La joven no comprendía esto; su grande, ineducada y poética naturaleza era superior á todo... miraba más lejos y no temía.

A veces el baronet pensaba en esto, y, á despecho de su frialdad y animadversión, admiraba aquella alma fogosa, cuando conocía toda la magnificencia de su carácter, y entonces comprendía que aquella muchacha era incapaz de un acto reprobable. Jamás tuvo temor de tal cosa; temía, sí, una mancha, no en el honor, sino en la fama de su raza.

—Es capaz de cualquier majadería,—repetíase el baronet una y otra vez,—y echará al viento la fortuna de los Darrell. Transformará la casa solariega en un observatorio, si le pega por la astronomía... ó en un laboratorio si se dedica á la química. Una cosa es perfectamente clara para mí: que no puede ser mi heredera hasta que no se case á mi gusto.

Y, después de gran deliberación, después de escuchar cuanto su corazón le decía en favor de la gracia, de la hermosura, de la regia generosidad de carácter y de la sinceridad de Paulina, tomó la decisión de que, si ella consentía en casarse con el capitán Langton, á quien quería quizás más que había querido á nadie en el mundo, haría su testamento, la adoptaría y la haría heredera de cuanto poseía.

Una mañana el capitán le hizo la confidencia del amor que profesaba á su sobrina, y entonces sir Osvaldo le reveló sus intenciones.

—Ya sabe usted, Aubrey,—dijo,—lo expléndidamente hermosa que es mi sobrina... una verdadera Darrell; pero tengo mis temores acerca de ella. No se parece á la gene-

Biblioteca Nacional de España

ralidad de las jóvenes; le falta tacto y conocimiento del mundo, y ambas cosas son esenciales. Tengo la esperanza de que case usted con ella. Moriría contento si quedase Darrell Court en sus manos y fuese usted su marido. No quiero legar á nadie mi fortuna; pero si puede usted persuadirla á que sea su esposa, tomaría el apellido de Darrell y administraría usted la fortuna. ¿Qué me dice usted, Aubrey?

—¿Qué he de decir?—exclamó el capitán.—Esto: que amo á Paulina y seré su esposo si ella consiente. La amo tanto, que no encuentro palabras para ponderar mi amor.

El capitán quedó deslumbrado durante algunos minutos; estaba tan falto de dinero, tan apremiado, tan desesperado, que una perspectiva de dos mil libras anuales y la posesión de Darrell Court, iba mucho más allá de lo que había soñado. Se puso lívido y sus labios temblaron. Todo aquello iba á ser suyo si la joven consentía en aceptarlo por marido.

Le embargó un temor; la orgullosa y noble faz, los altivos ojos de Paulina se le representaron entonces, y creyó ver por el suelo sus presuntuosas esperanzas. ¿Cómo consaguirla? Las adulaciones, la dulzura, las suaves frases, eran inútiles.

Su corazón tuvo un arranque de optimismo. ¿No tenía fama por su buena fortuna con el bello sexo? ¿No habían encontrado siempre hermosa su persona, dulce y tierna su voz, irresistibles sus maneras? ¿Qué tenía aquella hermosa mujer en el corazón y en el alma para desconocer tan brillantes cualidades? Seguramente era él muy superior á aquellos artistas desarrapados de los cuales ella le hablaba tantas veces, y sin embargo, tenía un miedo cerval de que sus esperanzas se frustrasen.

—Paulina—se dijo—tiene la convicción de que no soy un insignificante, y la verdad es que á su lado me pierdo... ¿Cómo decirla esto?

Biblioteca Nacional de España

¡Pero qué perspectiva!... ¡Dueño de Darrell Court y dos mil libras anuales! Se humillaría, lo sufriría todo por obtener semejante posición.

—¡Es preciso que me oiga,—exclamó,—que me atienda! ¡La obligaré á que sea mi mujer!

Y pensaba: tan pronto como pudiese anunciar su matrimonio con miss Darrell pediría prestada una buena suma y pagaría sus pequeñas deudas; y como necesitaba dinero, no veía mejor manera de adquirirlo. Había ido á Darrell Court porque se habían mandado dos autos de prisión contra él en Londres, á consecuencia de deudas, y, á menos que no las satisfaciese, tarde ó temprano darían con él.

Y todo... fortuna, felicidad, riqueza, libertad, prosperidad.... dependía de una frase de aquellos altivos labios, que debían contestarle á su petición. El la amaba, además, la amaba con un salvaje y desesperado amor que crecía con el tiempo.

—Tendré un gran placer—dijo sir Osvaldo al terminar la entrevista—en que el asunto termine como deseamos; porque, y le soy á usted franco, si mi sobrina no consiente en ser su mujer, seré yo el que me case. Todos mis amigos me aconsejan que lo haga, pues les repugna la idea de que un antiguo y rico patrimonio vaya á manos de una mujer caprichosa y terca. Pero, le digo á usted confidencialmente, que sería para mí muy doloroso tener que casarme á mis años. Prefiero que se casen ustedes.

El capitán se inclinó.

—Y, sin embargo, hablándole á usted como á un hijo, tengo elegida una mujer, si llegase á casarme, la cual se parece á otra á quien amé en mis verdes años. Tengo mis razones para creer que la dama de que hablo, sería una perfecta señora de Darrell Court, y no vacilaré si llega la ocasión; así, pues, deseo que arregle usted este asunto lo más pronto posible. Para mí tiene gran interés el que se

Biblioteca Nacional de España

arregle esto pronto, que no se demore; es preciso que obtenga una respuesta, sí ó no, pero pronto.

—Espero traer una favorable,—dijo Aubrey Langton; pero su corazón desmintió sus palabras. Tenía el conocimiento de que la joven había leído en su conciencia; no olvidaba aquella noche, la primera que pasó en la casa, en la cual Paulina le declaró que no le gustaba.

—¡Si rehusa, sir Osvaldo,—preguntó luego el capitán, —tengo permiso para noticiarle su determinación de usted?

El baronet reflexionó algún rato y después dijo:

—Sí, es justo y lógico que lo sepa... si no consiente en casarse con usted pierde toda probabilidad de heredarme. Ahora si usted ha comprendido quien sea la esposa que yo solicitaría, debe reservárselo.

Los invitados llegaron el martes, y el jueves fué señalado para el baile.

—Todas las jóvenes aman el baile,—pensó el capitán Langton,—Paulina seguramente estará de buen temple aquella noche, y entonces la diré algo.

Pero se dijo también que preferiría estar delante de cien batallones enemigos, á pedir á Paulina su linda mano.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XVI

LA REINA DEL BAILE

Hacía muchos años que Darrell Court no se había visto tan animado. Sir Osvaldo había resuelto que el baile fuese una fiesta digna del anfitrión y de los huéspedes. Había contratado una notable orquesta y preparado un magnífico banquete. Los salones resplandecían con mil luces; entre el follaje pendían lámparas de colores; el salón de baile era una masa de luz y resplandor, y un jardín de las más raras flores; los jarrones se sucedían en las hileras y entre ellas lucían diminutas lámparas y algunas fuentecillas refrescaban el ambiente.

Sir Osvaldo envió á Londres por un artista decorador; pero el decorado no fué perfecto hasta que miss Darrell, con su indiscutible genio, sugirió primero una modificación y luego otra, hasta que los encargados, reconociendo

Biblioteca Nacional de España

su superior juicio artístico y su pintoresco tacto, la obedecieron ciegamente, y resultó un decorado que era una verdadera obra de arte.

Sir Osvaldo se declaró plenamente satisfecho, y los plácemes del capitán fueron inconmensurables. Entonces, y sólo entonces, miss Darrell tomó algún interés por la fiesta; su amor á la belleza se despertaba y la placía... y esto suponía para ella mucho más que todas las felicitaciones y cumplimientos de la gente.

Los esperados huéspedes, como hemos dicho, llegaron un martes; lady Hampton, radiante y como segura del triunfo. Leonor silenciosa, pensativa, y más amable que nunca.

Lady Hampton estaba deleitada con la idea del baile.

—Es preciso que esta noche hagas un esfuerzo para conseguir marido, Leonor,—dijo á su sobrina.—Llevas un soberbio traje, y tengo la seguridad de que recibirás y aceptarás alguna declaración de sir Osvaldo.

Leonor Rocheford levantó los ojos. Había algo de triste en su expresión.

—¡Oh, tía! - respondió.—¡Prefiero al capitán!...

Lady Hampton no perdió su buen humor... Leonor no era la primera muchacha refractaria que ella había convencido.

—Jamás hables del capitán, querida mía; comprendo que te guste, es natural, pero el capitán no puede amarte. Puedo explicarte estos asuntos. Si Darrell Court pasa á mis Darrell, el capitán procurará casarse con ella. Pero no lo hará con una joven sin fortuna; porque está cargado de deudas. El mayor Penryn me habló el otro día de eso. El único medio para impedir ese casamiento, es que se case sir Osvaldo.

El rostro de Leonor resplandeció. Lady Hampton poseía realmente el arte de evocar los malos sentimientos. Los celos, la envidia y el disgusto se pintaron en el rostro de su sobrina.

Biblioteca Nacional de España

—Espero que preferirás casarte con sir Osvaldo á sumirte en ensueños irrealizables,—continuó lady Hampton,—y sobre todo, no querrás que Darrell Court pase á manos de esa orgullosa joven.

—¡No, por cierto!—confirmó miss Rocheford.

Llegó por fin la noche del baile y lady Hampton permaneció al lado de Leonor, dirigiendo su tocado, que era admirable. La misma lady Hampton estaba también imponente con su traje riquísimo de terciopelo negro y encajes, con adornos de pedre ría. El traje de Leonor era una victoria del arte costureril. Su rubia y fresca belleza estaba brillantemente realzada por el blanco vestido de seda con encajes, y adornos de hojas verdes y plata. No había más elegante y afectuoso.

—¡Muy bien, Leonor!—dijo lady Hampton con complacencia.—Tu vestido es admirable. No me hago ilusiones... pero no tendrás rival.

Quizás nunca lady Hampton había odiado tanto á Paulina como aquella noche, pues la expléndida belleza de la joven, tampoco nunca había sido tan manifiesta. Sir Osvaldo había dado carta blanca á su sobrina con respecto á su *toilette* para el baile, pero como al principio, apenas se ocupó de este asunto; ni siquiera pensó en encargarse ropas á Londres, como quería su tío. A última hora, fuese al ámplio guardarropa, donde estaban acumulados los riquísimos trajes de las damas que habían regido la mansión señorial. ¡Qué selecta variedad de sedas, terciopelos, brocados, había en aquellos armarios! Escogió uno de aquellos vestidos, un magnífico brocado color ámbar, con bordados de blancas flores, regio, lindo y artístico.

¡Qué hermosa estaba así! El vestido necesitó pocas modificaciones; venía casi justo, ciñendo el blanco, estatuario y gracioso pecho de la joven, y las mangas, á la manera de los griegos antiguos, dejaban sueltos los mórbidos y sedosos brazos. La luz, reflejándose sobre la tela centellea-

Biblioteca Nacional de España

ba á cada movimiento; parecía como que la joven estaba rodeada de rayos de sol.

En los cabellos lucían estrellas de diamantes, y uno magnífico sirviendo de broche, brillaba sobre su pecho. Este último era regalo de sir Osvaldo. Además, con exquisito gusto, había añadido á su traje una guirnalda de camelias blancas, rodeadas de hojas verdes.

Sir Osvaldo la contempló con admiración; su magnífica belleza, su regia figura, su gracia y abandono, su explendida elegancia, todo la causó inmensa impresión. De cada pliegue de sus ropas subía un dulce, rico y suave perfume; su pálida faz estaba ahora animada por un delicado tinte de rosa.

—¡Si se pareciese en las maneras á Leonor,—pensó sir Osvaldo,—¡qué magnífica dueña tendría Darrell Court!

Permaneció al lado de su tío mientras éste recibía á los invitados y éste estaba realmente subyugado notanto su digno continente.

—¡Parece una reina oriental!— pensaba.—Sin sus excentricidades... sería perfecta; pero así...—y sir Osvaldo terminó su pensamiento con un gesto significativo.

El capitán se complacía admirando las gracias juveniles de mis Rocheford, y prodigándole sus cumplimientos más escogidos, que la joven recibía con bastante agrado.

—¡Si sir Osvaldo se le pareciese!—pensaba; y Aubrey Langton, viendo aquella tímida y expresiva mirada, decíase á sí mismo que era preciso andar con tiento, pues no le convenía entusiasmar á una joven de la que ningún provecho podría sacar.

Cuando vió á Paulina casi todo su ánimo se desvaneció.

Sir Osvaldo había expresado el deseo de que Paulina y el capitán abriesen el baile; quería dar á la gente una idea de lo que quería y pensaba, y prevenir á los demás jóvenes para que desviasen sus sentimientos, en caso de que su sobrina despertase alguno. Conocía, sin embargo, lo di-

Biblioteca Nacional de España

fícil que le sería conseguir la realización de su proyecto. Paulina no hizo objeción alguna cuando su tío le expresó su deseo de que bailase con Aubrey, pero manifestó claramente su poco gusto.

El capitán conocía el arte coreográfico mucho mejor quizás que el arte de la guerra, era perfecto en esto... la misma Paulina lo confesó. Bailando era un verdadero poeta del movimiento. Las flores, las luces, la dulce y suave música, el aromático ambiente, el argentino sonido de las risas, los frescos rostros y las resplandecientes joyas de las damas, todo agitó y encantó la imaginación de Paulina; llevaron á su mente vívidas y radiantes fantasías, y conmovieron su poética y enamorada alma. Su faz resplandecía, sus ojos negros irradiaban fúlgidos destellos, y en sus orgullosos labios dormía una sonrisa... ¡nadie había visto á Paulina tan hermosa nunca!

—¿La divierte á usted esto, no es verdad?—la preguntó el capitán.

—Sí...—replicó la joven,—me divierte mucho,—y con estas palabras el ánimo del capitán bajó á cero.

Vió que muchos ojos admirados la seguían; que casi todos los hombres que había en el salón le envidiaban á él su situación respecto á miss Darrell. Sabía que la preciosa joven se vería rodeada de ellos, como las estrellas rodean el sol y veía que Paulina era la reina del baile.. la reina de la fiesta.

—¡Es esta la primera vez que se pone usted en relaciones con la gente de la comarca?—preguntaba.

—Sí... la primera vez,—respondió Paulina echando en torno suyo una mirada indiferente.

—¿Y no se fija usted en ninguno de esos señores? Sé cuán diferente es su manera de ser á la de las demás jóvenes. ¿No hay aquí ninguno que le guste á usted?

Paulina sonrió.

—No puedo decirlo;—contestó,—pero usted olvida que

Biblioteca Nacional de España

esta ha sido la primera cuadrilla, y aún no he tenido oportunidad para juzgar.

—Le confesaré á usted que tengo celos de todos,—murmuró el capitán.

Paulina miróle; sus negros ojos hicieron palpitar el corazón del capitán, que pareció querer leer en su pensamiento.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó,—capitán Langton, no le entiendo á usted.

Este no se atrevió á repetir su observación.

—Quisiera,—dijo exhalando un hondo suspiro,—tener todo el talento y todas las riquezas del mundo.

—¿Para qué?—preguntó Paulina.

—Para que me estimase usted.

—¿Por su talento y su riqueza?—exclamó la joven.—¡Qué tontería!

—¡Pero usted admira el talento en gran manera!—dijo Aubrey, sorprendido.

—Es verdad; pero el mero talento jamás se merecerá mi respeto, como tampoco la mera riqueza.

—¡Los dos juntos!—sugirió el capitán.

—No. Usted comprenderá que el sitio no es apropósito para esas disquisiciones. Mire usted; ahora preludian un vals, y he oído que le pedía usted á miss Rocheford este turno.

—¿Y usted?—dijo Aubrey con melancolía,—¿dónde se colocará usted?

—A divertirme sola,—replicó Paulina; y, sin preocuparse de la aflicción que se reflejaba en el rostro del capitán, le volvió la espalda.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XVII

FANTASÍAS DE PAULINA

El baile de Darrell Court fué un brillante éxito. Sir Osvaldo había quedado complacidísimo, y lady Hampton le dirigió los más encomiásticos parabienes.

—Fué tal y como debía ser, sir Osvaldo,—díjole.—Y, el que proporciona tales fiestas al mundo, no tiene el derecho de retirarse de él, siendo calificado como lo es de uno de sus principales adornos. Confiese usted ahora que bajo la influencia de la música, usted se sentía dispuesto á bailar.

Sir Osvaldo se ronrió.

—¡Es preciso que lo confiese usted!—dijo el baronet.—¡Y qué linda estaba miss Rocheford!

—Ha sido bueno para usted sir Osvaldo que no oyese

Biblioteca Nacional de España

el cúmulo de cumplimientos que esa querida niña le ha prodigado; se hubiera usted envanecido.

El rostro de sir Osvaldo brilló de complacencia.

—¿Se divirtió su sobrina? Estoy sumamente contento. Quizás hubo más motivo en querer complacerla á ella, que cualquier otra cosa, cuando pensé dar el baile.

— Entonces ha conseguido usted plenamente su propósito. Ahora, sir Osvaldo, no dejará usted de ver que lo que yo le dije era la verdad... que una casa como esta necesita la mano de una señora. Darrell Court ha sido siempre la más hospitalaria de la comarca. Y únicamente desde que falta una dama, ha cerrado sus puertas.

—Esto terminará,—dijo sir Osvaldo.—Creo que mi primer baile ha sido un acontecimiento. ¡Qué conjunto de belleza y de alegría!

Pero de toda aquella brillante reunión, había sido Paulina Darrell la reina. Los hombres que asistieron á la fiesta hubiesen dado cualquier cosa por una sonrisa de sus labios. La admiraron, pensaron que su belleza iba más allá de toda comparación, pero temieron que no era fácil entendérselas con ella.

Había algo en ella que estaba fuera del alcance común, algo que no comprendían ellos. Ni sonrió, ni se puso encarnada, ni entornó los ojos, cuando la dirigieron los más estudiados cumplimientos. No dió nada en cambio de todo el relumbrón que depositaron á sus pies. Dijeron, unánimes, que era muy linda, pero que le faltaba suavidad y algo amoroso y tierno en su manera de ser. Era una reina á quien se debía tributar todo homenaje, pero á quien era inútil tributar el homenaje del amor. De aquí pensaron que había allí la misma capacidad de juicio que la que había para amar.

No fué tampoco muy popular entre las señoras. Estas confesaron que era en realidad una belleza de primer orden; admiraron sus espléndidos atavíos, pero la encontra-

Biblioteca Nacional de España

ron reservada y soberbia. Decían que afectaba aires originales y no procuraba captarse simpatías, y aseguraron que no habría muchos días de alegría en Darrell Court cuando fuese propiedad suya.

Sir Osvaldo, sabedor por lady Hampton de los supuestos cumplimientos de Leonor, ofrecióle su brazo al ir á comer y la pagó con grandes atenciones. Algunas señoras hicieron picantes observaciones; pero otras dijeron que tales hablillas carecían de sentido común; si sir Osvaldo hubiera pensado en casarse lo habría hecho años antes, y en caso de que lo pensara hoy, escogería una señora de edad madura y no una tierna joven. Después de todo, y nadie podía encontrar respuesta á semejante pregunta... ¿se sabía si decididamente era miss Darrell la heredera?

El gran afecto del baronet por Aubrey Langton era asimismo conocido. Más de uno de los huéspedes presentes sospecharon el arreglo concertado, y se dijeron que según toda probabilidad miss Darrell casaría con el capitán y heredarían ambos á sir Osvaldo.

El banquete fué realmente espléndido. Los invitados hicieron plena justicia á los selectos vinos, á las raras y delicadas frutas, y á los escogidos platos preparados con todo el arte de la gran cocina. Cuando la cena hubo terminado, los aficionados á Terpsícore volvieron al salón, pero ya miss Darrell estaba completamente aburrida.

No tomó parte desde la primera cuadrilla que se bailó después de la cena. Las luces brillaban en el invernadero, derramando un suave y nacarado reflejo sobre las flores; las grandes ventanas del extremo del salón estaban abiertas, dejando entrever la luna, suave, dulce y plateada, bañando las flores, los árboles y el césped con su luz blanca. Allí todo era calma, todo misterio; allí estaba la noche y el firmamento con miriadas de estrellas, infinito y sereno; adosados á la ventana habían jarrones con blancos

Biblioteca Nacional de España

lirios, y hasta el interior llegaba una rica fragancia de aleliés y jazmines.

Paulina se sumergió en un poético deleite; el perfume parecía ser difundido por la luna que le enviaba sus efluvios. Aquella quieta, solemne y tranquila belleza impresionaban su corazón mucho más que las esplendideces del salón de baile; su alma se ensanchaba soñadora y extática; creía admirar bellezas que nunca había visto.

—¡Qué sublime es la naturaleza!—pensó. Levantó su faz, tan plácidamente serena y clavó sus ojos en el astro de la noche; los argentinos rayos cayeron sobre ella, añadiendo á sus perfecciones un reflejo de ternura y misterioso encanto. El primoroso y áureo vestido, cayendo en torno suyo, irisaba, centelleaba y resplandecía; sus brillantes se encendían en tenues y fugitivas llamas. Jamás artista alguno soñó pintura tan acabada como aquella criatura, alumbrada por la luna en medio de las flores.

Mil fantasías cruzaban su mente. Pensaba en el tiempo en que sería ama y señora de aquel rico dominio. Su corazón no latía ante una interesada mira; no era la perspectiva de una gran fortuna lo que la regocijaba; era un más noble deleite... el deleite de la antigua mansión señorial donde habían vivido tant s héroes, el fervoroso pensamiento de que la cuidaría, de que la amaría como si se tratase de un sér vivo.

¡Su casa! Soñaba grandes cosas... las dignas empresas que acometería, las nobles caridades que prodigaría en el país, los magníficentes designios que quería realizar en cuanto Darrell Court fuese suyo.

Pero esto no quería decir que desease aquel momento. No amaba á sir Osvaldo,—eran demasiado antagónicos de carácter para eso,—pero no deseaba su muerte... Verdaderamente, pues era incapaz de un tal deseo. Unicamente recordaba que en el transcurso del tiempo aquella

Biblioteca Nacional de España

gran herencia tenía que venir á sus manos. ¡Cómo ayudaría á aquellos artistas amigos de su padre! ¡Cuántas compras haría! ¡Cuánto ayudaría al arte y á la literatura! ¡Cuán amiga sería de los geniales y pobres seres de la tierra!

¡Ah! La luna era hermosa... las flores hermosas... ¿qué mucho que fuesen hermosos sus sueños? y...

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XVIII

RECHAZADO

Una sombra vino á interponerse entre Paulina y la luna, y una suave voz, dijo:

—¡Miss Darrell! ¡Qué contento estoy de encontrarla sola aquí!

Al levantar los ojos, la joven vió á Aubrey Langton que estaba á su lado. El rostro de Aubrey, aquel hermoso rostro, estaba encendido, y difundía cierta fragancia de vino todo su cuerpo; en efecto, el capitán no encontraba el valor necesario para su grave declaración, y quiso fortificarse llamando al madera en su ayuda.

Había observado que miss Darrell se metía en el invernadero, y comprendió que la joven se refugiaba allí buscando la quietud. Había que aprovechar la oportunidad. Se había estado diciendo toda la noche que era preciso

Biblioteca Nacional de España

buscar una oportunidad. La tenía ya; sin embargo, su valor decayó rápidamente y su corazón latió con violencia; hubiera dado cualquier cosa, porque otro hubiese iniciado la empresa antes que él. Corría una grave eventualidad... no solamente el amor, sino la riqueza, la fortuna y la libertad... de allí dependía su pérdida ó su salvación, y se estremecía al pensarlo.

Como quiera que sea, se dijo á sí mismo que le era preciso solucionar el asunto. Entonces se encaminó al ambigú, y uno tras otro apuró un buen número de vasos de aquel exquisito madera que acreditaba la bodega del baronet, lo cual «animó su corazón» y llevó un grato calor á sus venas. Envalentonado, se fué aproximando al inververnadero cautelosamente y vió á Paulina en una de las ventanas.

Aubrey no era artista, ni tenía nada de poeta en su naturaleza, pero la solemne belleza de aquel cuadro le impresionó... la suave y dulce luna, las corolas de los lirios, los corimbos de alelíes, y el hermosísimo rostro de Paulina vuelto hacia el cielo constelado.

Permaneció algunos minutos silencioso. Una instintiva percepción de su propia insignificancia asaltó su alma. Paulina le parecía envuelta en un círculo encantado, en el cual no osaba penetrar.

Atrevióse por fin y se acercó. Paulina se volvió con sobresalto; estaba de tal modo embebida en sus ensueños, y el interruptor estaba tan lejos de su pensamiento, que frunció las cejas.

—Espero no haberla asustado á usted, miss Darrell,— dijo Aubrey.—Me alegro mucho de encontrarla aquí. Tengo algo que decirla.

Quizás la hermosa escena de aquella tranquila noche, la predisponían á la dulzura; volvióse hacia el capitán con una sonrisa más amable de lo que éste había jamás visto en sus labios.

Biblioteca Nacional de España

—¿Tiene usted que decirme algo?... Estoy pronta á escucharle. ¿De qué se trata capitán Langton?

Este se aproximó algo más. El dulce y sutil perfume de las flores llegó hasta él, y la faz altanera que tan orgullosa era siempre estaba ahora muy cerca.

Dió aún otro paso, pero Paulina le detuvo con un expresivo gesto diciendo:

—Puedo oir desde aquí muy bien. ¿Qué quería usted decirme?

—Paulina... no es usted buena para mí. Deje que me acerque más, y pueda defender mi causa.

Su rostro se encendió y latió su corazón al pronunciar aquellas palabras; todo el apasionado amor que realmente le dominaba vibraba en su acento. Esto no era fingimiento ni comedia... era la verdad. En este momento no pensaba en Darrell Court, sino en Paulina, la hermosa, la hechicera, la sin par Paulina; y, entonces, hubiera dado la vida con gusto, por oir una palabra de amor.

—Déjeme usted que defienda mi causa,—repitió,—déjeme usted decirla cuán ardientemente la amo, Paulina... tan ardientemente y con tanta sinceridad, que si usted me desprecia, la vida me sería gravosa, y yo el más desgraciado de los hombres.

La joven no oyó estas palabras con orgullo ó desprecio, sino con pena.

—Usted me ama...—dijo,—¿me ama usted realmente, capitán Langton?

—Desde el primer día en que la ví. He admirado á muchas mujeres, pero á ninguna como á usted. Todo el sincero y apasionado amor de mi corazón, es suyo, y si no encuentro un poco de afecto en el suyo, prefiero la muerte, Paulina.

—¡Me apena mucho!—murmuró ésta dulcemente.

—No le dé á usted pena. ¿Por qué quiere usted apenarse? Usted no quiere aceptar la vida de un hombre cuando

Biblioteca Nacional de España

la tiene usted en su mano. Podrá usted tener enamorados con gran fortuna, que la ofrezcan á usted títulos y riquezas, pero no encontrará usted un amor tan verdadero como el mío.

Había tal acento de sinceridad en aquellas palabras, que Paulina se interesó á su pesar.

—Conozco que no soy digno de usted. Si yo fuese un monarca poderoso, y usted mi adorada Paulina, una humilde aldeana, le ofrecería á usted mi corona, si consentía en ser mi mujer. ¡Pero soy únicamente un soldado... un pobre soldado! Sólo poseo un tesoro, y éste es el que ofrezco á usted... el profundo y apasionado amor de mi corazón. Lo mismo hiciera siendo un rey.

Paulina le miró vivamente... sus ojos estaban húmedos; quiso hablar, pero Aubrey, no la dejó:

—¡Escuche usted mi súplica, Paulina... prométame ser mi esposa.,. prometa usted amarme... y tome toda mi vida! ¡Quiero darla mi corazón, mis pensamientos, mi vida! Quiero robar para usted el sol de los campos, y poner á sus pies cuanto la tierra produce de noble y hermoso. Usted será mi reina y yo su humilde esclavo.

Su voz fué sofocada por un sollozo... amaba ardientemente y arriesgaba todo su porvenir. Paulina le miró con una infinita piedad en sus negros ojos. Había dicho aquel enamorado cuanto quería decirla; la había expresado su amor con elocuencia inusitada; había defendido su causa, y ahora esperaba el fallo.

Cuando le contestó, había en su voz una mezcla de ternura, piedad y sorpresa.

—¡Tengo mucha pena, capitán Langton! Jamás sospeché que me amase usted de esa manera. Jamás soñé que hubiese usted puesto todo su corazón en este amor.

—Lo he puesto,—afirmó Aubrey.—He puesto corazón, amor, virilidad, vida, todo, en usted. Si usted Paulina, pisa todo esto, me sume en la desesperación.

Biblioteca Nacional de España

—No lo piso;—contestó la joven con agrado,—no le quiero á usted tan mal para obrar así. Lo recojo con mis manos y se lo restituyo, agradeciéndole la merced.

—¿Qué piensa usted hacer, Paulina?—dijo el capitán con la muerte en el rostro.

—Pienso,—dijo suavemente la joven,—que debo agradecerle la distinción que me hace con su ofrecimiento, pero no puedo aceptarlo. No puedo ser su esposa, porque no le amo á usted.

Aubrey quedóse durante un gran rato mirando con aire estúpido aquel rostro angelical; había concebido algunas esperanzas en vista de la amable acogida que había obtenido, y la decepción fué tan grande que apenas pudo hablar.

—¡Siento mucho decirle esto,—continuó la joven,—como he sentido el oirle! ¡Le suplico que me crea!

—¡No puedo soportar esto!—exclamó el capitán por fin. —¡No lo quiero soportar! ¡No quiero creerlo! ¡Es mi vida la que le pido á usted, Paulina... mi vida! ¡Usted no puede lanzarme á la muerte y á la desesperación!

Su angustia era verdadera. Amor, vida, libertad, todo lo jugaba en aquella partida. Arrodillóse ante ella; cubrió sus blancas y finas manos con besos y ardientes lágrimas. Su buen instinto femenil le decía que no eran fingidos aquellos profundos y entrecortados sollozos que el joven exhalaba.

—¡Es mi vida!—repetía éste.—¡Si usted me rechaza, Paulina, hará usted de mí un hombre desesperado y malo!

—No lo será usted,—replicaba Paulina tiernamente,—un gran amor, aun cuando sea desgraciado, no denigra á un hombre, ni le hace malo.

—Paulina,—profirió Aubrey.—Usted necesita consolarme. Dígame usted que puede amarme con el tiempo. Seré paciente... esperaré años si es preciso... con la esperanza de ser un día su esposo... déjeme usted esa esperanza.

Biblioteca Nacional de España

—No puedo,—dijo Paulina,—porque diría una falsedad. Jamás le amaré á usted, capitán Langton.

Este levantó sus ojos hacia ella.

—¿Quiere usted decirme el motivo? No me rechaza usted porque soy pobre... es usted demasiado noble para fijarse en el dinero. No porque soy un soldado que únicamente puede ofrecer á usted un amante corazón. No es por ninguno de estos motivos... ¿por qué me rechaza usted, Paulina?

—Es verdad; no es por ninguna de esas razones; jamás serían motivo para impedirme que fuese su esposa y le amase.

—¿Entonces por qué?

—Por varias razones. Usted no es el tipo de hombre que yo amaré. ¿Qué duda le cabe á usted capitán Langton? Me ha declarado usted su amor, preguntándome si quiero ser su mujer, ofreciéndome su corazón; y mis manos no han temblado ni ha palpitado mi corazón; sus palabras no me han producido placer, sino pena. ¿Es esto amor, capitán Langton?

—¡Pero con el tiempo!—suplicó éste.—¿No podrá usted amarme quizás un día?

—No; estoy segura. No quisiera afligirle á usted con mis palabras, pero, en verdad, usted es el último hombre á quien no amaría y á quien no daría mi mano. Si, como ha dicho, fuese usted un rey, y viniese usted á ofrecerme una corona, obraría exactamente lo mismo. Es mejor, y creo que usted me lo agradecerá, el que hable francamente.

A la luz de la luna, Paulina vió palidecer el rostro del capitán y cruzar un relámpago de desesperación por sus ojos. Estuvo silencioso algunos momentos.

—Usted me ha embravecido,—dijo después lentamente,—pero, aun tengo algo que añadir. Oigame, Paulina, porque es algo en su propio interés.

Biblioteca Nacional de España

El rostro de Aubrey se enrojeció, sus labios exhalaron un ardiente suspiro, su respiración se hizo más viva... había expuesto parte de su súplica, y ahora tenía que exponer algo que tenía un sentido de amenaza.

No sabía realmente como empezar y Paulina esperaba fijos en él sus negros y tranquilos ojos, en donde ahora se veía un rayo de compasión.

—Paulina,—dijo con bronco tono;—sir Osvaldo quería este casamiento. ¡Oh... deme V. esperanzas, ámeme V... sea mía; porque este amor me mata!

—No puedo,—replicó miss Darrell —A mis ojos es un crimen el matrimonio sin amor. Puede V. decírselo á sir Osvaldo así, y decirme á mí lo que ha hablado V. con él.

—Pero me odiará V. á mí por su culpa,—balbuceó el capitán.

—No; no soy tan injusta que reproche á V. por las faltas de sir Osvaldo.

—Quiere que nos casemos, y no es solamente un deseo, sino el mayor gusto que tendría en la tierra; y ha dicho... no me aborrezca V., Paulina... que si V. consiente, será la dueña de Darrell Court y de toda su fortuna.

Paulina sonrió... la expresión de piedad desapareció de su rostro, y otra vez sobrevino su aire orgulloso y altanero.

—Esto ha de suceder en todo caso,—respondió gravemente.— Soy una Darrell, y no puede privarme de mi derecho.

—Permítame V. que le hable con franqueza, Paulina, por su propio interés... por su propio interés, querida, que tengo en más que el mío. Desde mucho tiempo la propiedad de los Darrell, va siempre de padres á hijos, y habiéndose desvinculado hace unos cincuenta años la propiedad, y no teniendo hijos sir Osvaldo, es libre de dejar su fortuna á quien se le antoje. Hay sólo una condición ineludible, y es la de que el heredero debe adoptar el apellido de

Biblioteca Nacional de España

la familia. Sir Osvaldo me ha dicho estos pormenores.

—Pero no puede privarme á mí... una Darrell... para dejarle su fortuna á un extraño.

—Quizás no; pero me ha dicho que V. era muy excéntrica, á mí me parece V. adorable, y que no le dejará Darrell Court si no se casa V. con un hombre de su confianza... y este hombre, Paulina, soy yo, este humilde esclavo suyo. No me ha dicho que piense dejar Darrell Court á un extraño, pero me ha asegurado que si V. no consentía en tomarme por esposo, será él el que se case.

La joven sonrió burlonamente.

—No puedo creer eso,— dijo.—Si hubiese pensado en casamiento, ya hace años que sería casado. Eso es meramente una amenaza para asustarme. Ningún Darrell es cobarde... y yo no quiero amedrentarme. Aun cuando le quisiera, no me casaría con V., capitán Langton, después de esta amenaza.

Aubrey estaba desesperado.

—Sea V. razonable, Paulina. Sir Osvaldo cumplirá lo que dice. Se casará, y cuando V. se vea desposeída de su rico patrimonio, maldecirá V. su locura...

—No qnerría veinte Darrell Court como premio de mi matrimonio con un hombre á quien no amo,—contestó altivamente.

—Usted cree que es una ociosa amenaza... y no es así. Sir Osvaldo se casará efectivamente. ¡Oh, Paulina! ¡Amor, riquezas, posición, fortuna... todo está á su disposición! ¡Y lo rechaza V.!

—Considero un deshonor el adquirir Darrell Court por un casamiento, y no lo haré. Quiero que sea mío sin eso; y si no, mejor cien veces quedarme sin él que pagarlo á tal precio. Puede V. decírselo así á sir Osvaldo.

Ya no había más piedad ni ternura en aquel hermoso rostro. Todo reflejaba sarcasmo, brillaba con altivez, chispeaba con desprecio. El encanto de la dulce noche de luna

Biblioteca Nacional de España

se había roto... el espíritu de los Darrell se había sublevado.

—¡Soy un hombre desesperado!—exclamó Aubrey por último.—¡Y le ruego por el cielo que no me deje caer en la desesperación!

Pero sus palabras no tenían ya el don de conmoverla; sólo había ira en aquel rostro bello, y sarcasmo en aquel voluntarioso y apasionado corazón.

—¡Sir Osvaldo debía saber el caso que los Darrell hacen de las amenazas!—dijo con una llamarada en sus negros ojos.

El capitán se llevó las manos á la cabeza y estalló en zollozos entrecortados.

—Capitán Langton,—dijo Paulina vivamente,—tengo pena, mucha pena, al ver su inmenso dolor. Permítame V. que le consuele.

Aubrey rogó otra vez más apasionado que nunca, pero ella le interrumpió:

—Usted se equivoca,—dijo,—me duele su sufrimiento, pero no pienso cambiar mi decisión. Permítame V. que le diga que no me casaré con V. porque no le amo ni le amaré nunca; esto no obstante, me aflige su dolor.

—¡Me ha destrozado V. la vida—dijo Aubrey con amargura—y la responsabilidad caerá sobre V. como una maldición!

—Los Darrell no tiemblan ante las maldiciones,—replicó la joven, y luego, con toda la magnificencia de su deslumbrante pedrería y su dorado vestido, salió del invernadero.

¡Sí... era un hombre arruinado, desesperado! Media hora antes, cuando entró en aquella estancia, tuvo esperanzas de salir un hombre feliz, un hombre próspero. Ahora sólo tenía delante perturbación, negra desesperación, ruina y vergüenza! Tenía la cabeza entre sus manos y sollozaba amargamente.

Biblioteca Nacional de España

¡Un hombre arruinado! ¿Cómo había perdido tan espléndida contingencia? ¡Se volvía loco pensando en ello! ¡Y todo era debido al voluntarioso capricho de una muchacha voluntariosa!

Entonces recordó que el tiempo iba transcurriendo, y era necesario decirle á sir Osvaldo que había fracasado... fracasado ignominiosamente. Fuése cabizbajo hacia el salón de baile y vió al baronet rodeado de amigos. Este miró ansiosamente al capitán, el cual se acercó al grupo, yéndose luego á un extremo con el anciano.

—¿Qué noticias, Aubrey?

Las peores que puedo traer. No quiere oir hablar de eso.

—¿Y no tiene V. esperanzas de que más pronto ó más tarde...?

—Ninguna, desgraciadamente. Me ha dicho lisa y llanamente que prefiere la muerte á ser mi mujer, y se ha reido de sus amenazas.

El rostro de sir Osvaldo se encendió; desvió la mirada altivamente y dijo:

—¡Ella sufrirá las consecuencias!

Y luego mentalmente:

—¡Esta misma noche diré aiguna cosa á Leonor Rocheford!

El capitán no estaba en disposición de bailar; la música y las luces habían perdido para él todos sus encantos. Los compases de un hermoso vals alemán se extendieron por el salón. Mirando alrededor suyo, vió á Paulina Darrell con todo el resplandor de sus joyas y de su hermosura, bailando con lord Morrimer. Su hermoso rostro estaba radiante; sin duda había olvidado las amenazas de su tío.

Sir Osvaldo la vió también. Cuando iba buscando á Leonor vió su triunfante, su excepcional belleza, y casi la odió en aquel momento, pensando que tanta hermosura

Biblioteca Nacional de España

resultaba inútil para la grandeza de los Darrell. Encontró á Leonor Rocheford con su tía. La joven estaba esperando que el capitán fuese á suplicarle un baile otra vez. Miró en dirección suya con ojos soñadores, pero un gesto expresivo de lady Hampton la llamó al mundo real.

Sir Osvaldo, con insegura voz preguntó si miss Rocheford tendría gusto en dar una vuelta por los salones. Pensó decir «no», pero una mirada de su tía fué suficiente y dijo «sí». Levantóse con su apacible y graciosa manera y acompañóle.

Pasearon por el que se llamaba salón blanco, y parados delante de un magnífico Murillo, la perla de la colección de los Darrell, sir Osvaldo ofreció á Leonor Rocheford su mano y su fortuna.

Con su acostumbrada quietud dijo que sí; no se ruborizó, ni se puso pálida, ni tembló. Le preguntaban si quería llamarse lady Darrell y consentía. No había necesidad de hablar de amor; sobraba con que la declaración fuese caballeresca y deferente. El baronet cumplía su propósito, tener una hermosa mujer y castigar á la altanera y voluntariosa joven que se había reído de sus amenazas. A los pocos minutos fué á reunirse con lady Hampton.

—Miss Rocheford me ha concedido un grande y verdadero honor,—dijo,—pues consiente en ser mi esposa. Quiero tener el placer de esperarme hasta mañana, y entonces, lady Hampton, haré mi petición formalmente á la noble dama que le sirve de madre.

Lady Hampton, con un característico movimiento de mano, significó la emoción que la embargaba, y pronunciadas algunas frases terminó la entrevista.

—¡Te felicito, Leonor!—dijo la tia.—Has asegurado una espléndida posición; tal como pocas jóvenes en Inglaterra alcanzarían.

—Sí,—repuso Leonor,—pueden rotularme «Vendida de antemano», y esta fué la única amarga observación que hizo la joven acerca de su brillante matrimonio.

Biblioteca Nacional de España

Por su parte, lady Hampton comunicó á varios de sus más íntimos amigos la buena noticia; y éstos, viendo, á Paulina Darrell aquella noche en el esplendor de su magnífica belleza y el resplandor de sus joyas, pensaron que su reinado había finido y que la herencia se le escapaba de las manos.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XIX

PAULINA AMENAZA CON VENGARSE

—Le ruego á V. que no se vaya, miss Hastings: deseo que V. oiga lo que quiero decirle á mi sobrina, si V. me hace el favor de quedarse, – y sir Osvaldo ofreció una silla á la agradable y bondadosa institutriz.

Miss Hastings tomó asiento y miró al baronet con cierto recelo. Esto ocurría al siguiente día del baile, y sir Osvaldo había suplicado á las dos señoras que se pasasen por su despacho.

Paulina estaba fresca y brillante; el cansancio parecía no afectarla. Había puesto más cuidado que otras veces en su tocado; vestía una sencilla, pero elegantísima bata. No tenía huellas de recelo alguno; las amenazas de la noche no habían causado la menor impresión sobre ella.

Biblioteca Nacional de España

Miraba tranquilamente el encarnado y agitado rostro de sir Osvaldo.

—Siéntate, Paulina,—dijo,—á tí he de hablarte especialmente.

Paulina cogió una silla y se quedó mirando á su tío con gran atención.

—Sé que anoche rehusaste las proposiciones del capitán Langton.

—Sí,—dijo Paulina distintamente.

—¿Puedo preguntar el por qué?

—Porque no le amo, sir Osvaldo. Puedo aún decir más, y es que no lo considero.

—Y sin embargo es un caballero de buenos principios y esmerada educación, guapo, agradable en maneras, enamorado de tí, y mi amigo.

—¡Pues no le amo! ¡Y los Darrell son demasiado sinceros para casarse sin amor!

Esta alusión á la familia complació al baronet á despecho de su cólera.

—¿Y el capitán Langton te ha hecho conocer la alternativa? ¿Te ha dicho mi resolución en caso de que rehusases?

Paulina sonrió con una clara y franca sonrisa, en la cual había un ligero tinte de mofa.

—Me ha dicho que V. me desheredaría si no me casaba con él; le contesté que V. no ignoraba que yo soy el último retoño de los Darrell... y que no haría V. heredero á un extraño en perjuicio mío.

—¿Pero no te ha dicho mis intenciones en caso de una negativa tuya?

Otra vez asomó la sonrisa, que irritó esta vez á sir Osvaldo.

—Me ha dicho algo sin sentido común acerca de su casamiento,—exclamó Paulina;—pero no le dí ningún crédito.

Biblioteca Nacional de España

—¿Y por qué motivo no le diste crédito?

—Porque imagino que si V. se hubiera querido casar, ya hace muchos años que lo estaría.

—¿Y crees tú—dijo el baronet con el rostro pálido por la pasión—que esto podía seguir á tu gusto, tu desprecio por tu propia clase, tu voluntarioso capricho, tu incalificable orgullo? Está V. equivocada, miss Darrell. Si hubieras consentido en casarte con Aubrey Langton, serías mi heredera, porque entonces mi patrimonio estaba en seguras manos, bajo una hábil administración; pero como has rehusado á su mano y has persistido en tu negativa aun sabiendo que era voluntad mía, es hora de que esto tenga una solución, y te participo que es un hecho mi casamiento y que he ofrecido mi mano y mi corazón á una señorita que es el reverso tuyo.

Un silencio mortal siguió á estas palabras; Paulina acreditó su sangre, sin palidecer, sin temblar, sin dar el menor signo de contrariedad. Al poco rato levantó sus negros y orgullosos ojos y los clavó en el rostro del baronet.

—Si su matrimonio le hace feliz, me doy la enhorabuena,—dijo sencillamente.

—En eso no tengo duda...

—Y al mismo tiempo—continuó Paulina—debo decirle á V. con toda franqueza, que no se ha portado V. bien conmigo. Al venir yo aquí, V. me dijo que sería yo la heredera de Darrell Court. He llegado á amar esto y he puesto mi vida de acuerdo con su promesa, por lo cual, no pienso que sea muy leal ese cambio en sus intenciones.

—Usted me ha estado desafiando continuamente,—replicó el baronet,—y ha preferido el menor de sus caprichos á mi voluntad; y ahora es preciso que obtenga su merecido. Hubiera V. sido dócil, obediente y sumisa, y entonces hubiese sido mi hija querida. Te ruego que me oigas,—y levantó su blanca mano para imponer silencio.

Biblioteca Nacional de España

—Mi casamiento no traerá ningún cambio por lo que respecta á tu residencia. Como tú dices, eres una Darrell, mi sobrina, y tu puesto está aquí, pero como no tengo la esperanza de que seas jamás una buena compañera de la mujer que me honra con su mano, yo suplico á miss Hastings que permanezca á tu lado.

Miss Hastings inclinó la cabeza; estaba demasiado afectada para pronunciar una palabra.

—Es mi voluntad que continúes usando tus habitaciones usuales,—continuó sir Osvaldo,—y lady Darrell, cuando venga, hará, tengo la seguridad, lo que pueda por serte agradable. Nada más tengo que añadir.

Toda la altanería y pasión de los Darrell se desbordó en el corazón de Paulina; un torrente de ardientes frases se escaparon de sus labios.

—Si V. quiere casarse, sir Osvaldo,—dijo,—tiene V. el perfecto derecho de hacerlo... nadie puede censurarle; pero le digo que no ha obrado V. con ninguna justicia ni sinceridad conmigo.

En cuanto á la que viene á sustituirme, la odiaré y me vengaré de ella. Diré que viene á robarme mi puesto, y hablaré de ella cuanto me venga en mientes; y si se casa con V. para ayudarle á castigarme, ella sufrirá las consecuencias.

—Podía alarmarme por semejantes melodramáticos augurios,—dijo sir Osvaldo,—pero sé su poder á donde llega,—y, con una profunda inclinación á miss Hastings, el baronet salió del despacho.

Entonces el furor de Paulina no tuvo límites; se puso lívida de rabía.

—¡No se ha portado honradamente conmigo!—exclamó.—Me ha dicho muchas veces que Darrell Court sería mío. ¡Me ha hecho amarle y ha conseguido que le ame como á nada en el mundo!

Miss Hastins, como una mujer sensible que era, trató

Biblioteca Nacional de España

de calmarla, diciéndola mil frases consoladoras, pero inútilmente. El corazón y el alma de Paulina se habían sublevado.

—Yo hubiera podido ser una mujer útil,—dijo de repente,—si hubiese tenido esta probabilidad en mi vida. Hubiera sido feliz y hecho la felicidad de otros. Pero después de esto, juro que solo viviré para la venganza.

Y levantó al cielo sus blancas manos.

—Oigame V.—dijo,—quiero vivir para vengarme, no de sir Osvaldo... si quiere casarse, allá él, pero necesito saber quién es la mujer con quien se casa, y entonces, si persiste en venir aquí, como dueña, renovaré mi juramento. Quiero tomar venganza sobre ella, una venganza digna de mí, no por el cuchillo, no con el veneno, sino tal que me deje satisfecha.

En vano miss Hastings probó de calmarla, y hacerla reflexiones; el torrente de amargas frases seguía su camino.

Al cabo de un minuto, acercóse á miss Hastings y poniéndole una mano sobre el hombro, preguntóla:

—¿No se figura V. quién puede ser la mujer elegida por sir Osvaldo?

—No lo puedo imaginar.... á menos que no sea miss Rocheford.

—¡Leonord Rocheford!...¡esa insípida muchacha! ¡Que se guarde!

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XX

EL CAPITÁN LANGTON DESESPERADO

Un corto periodo de calma se cernió sobre Darrell Court. La indignación de mis Darrell pareció haberse extinguido por si misma.

—No puedo creer,—dijo un día á miss Hastings,—que sir Osvaldo cumpla lo que ha didho. Tengo la idea de que fué pura amenaza... los Darrell somos arrebatados.

Pero miss Hastings había oído decir algo que no complacía á su pupila, y sabía que no solamente el baronet había dicho la verdad; sino que los preparativos del casamiento habían empezado.

—Me temo que no es una amenaza, Paulina,—dijo tristemente.

—¡Entonces que se guarde la nueva lady!—dijo la joven con el rostro sombrío.—¡Por poderosa que sea, que se

Biblioteca Nacional de España

guarde! Yo quería ser una buena mujer y eso me hará ser mala. Viviré únicamente para mi venganza.

Un cambio sobrevino en ella. Su instrucción metódica, de la cual estaba miss Hastings tan orgullosa, quedó abandonada; Paulina pareció no conceder interés alguno á la lectura ni al estudio. Pasábase las horas sentada, en tétrico y persistente silencio, con la abstracción pintada en su rostro. Lo que pasaba en su mente nadie lo sabía. Miss Hastings trató de inquirirlo, y aún aludió con cierta certidumbre, pero Paulina se impacientó.

—¡Déjeme V. en paz!—queria decir.—¡Déjeme V. con mis pensamientos y madurar mi plan!

Y la sonrisa que acompañó esta nueva explicación, llevaron á miss Hastings una terrible aprensión por el futuro de su extraña y voluntariosa pupila.

El capitán Langton permanecía clavado en Darrell Court. Había tenido la vaga idea de salir inmediatamente para Londres; pero una carta de uno de sus más íntimos amigos le previno que no debía abandonar su escondite hasta que sus asuntos no se arreglasen; allá un empedernido acreedor esperaba echarle el guante; verdaderamente el galante capitán tenía sus asuntos en estado muy dudoso, y su aparición en Londres, sin dinero ni esperanzas, podía ser peligrosa.

Estaba desesperado. Sir Osvaldo le había insinuado, desde el fracaso de su plan, que no lo olvidaría en su testamento. Hubiera preferido dinero á semejante promesa; pero no se atrevió á pedirle nada por el temor de perder algunos miles de libras, á cambio de poco dinero, unas mil quinientas.

Mil quinientas libras... esto era todo lo que le faltaba. Si hubiera podido ir á Londres con el título de prometido esposo de Paulina Darrell, seguramente le habrían prestado algunos miles; pero las esperanzas se habían desvanecido, y maldijo á la caprichosa joven que le privaba de

Biblioteca Nacional de España

una expléndida fortuna. En su corazón el odio y el amor latian juntos; unas veces amaba á Paulina con una pasión que las palabras no pueden describir, y otras, la aborrecía con un odio mortal. No hablaban sino raras veces; miss Darrell estaba el menor tiempo posible en el salón. La casa seguía tranquila, con esa calma que precede á la tempestad.

Llegó el día en que Darrell Court fué invadido por un cargamento de trajes, en que una série de habitaciones fué decorada del modo más suntuoso, y la gente hablaba del próximo cambio. Paulina Darrell permanecía tan alejada de todo bullicio, de toda visita y amistad, que fué la última en saber quién era la elegida de sir Osvaldo. Pero un día el baronet dió una comida, á la cual asistió miss Darrell, y ya no hubo equivocación ni alusiones que hacer.

El rostro de Paulina se puso sombrío al oir aquello... Así pues, las amenazas no fueron vanas, y el antiguo puesto que había amado con amor tan profundo, no sería jamás suyo. Reprimió un suspiro; su altanero rostro palideció y en sus negros ojos brilló una llamarada de escarnio, pero no pronunció una palabra.

Sir Osvaldo estaba radiante; jamás se le había visto tan espiritual y contento; sus amigos le habían felicitado, y cada cual aprobó su determinación.

El baronet quedó tan complacido y todo parecíale tan hermoso y sonriente, que resolvió hacer un acto de escepcional generosidad. Sus huéspedes se retiraron temprano, y él se retiró á su librino por algunos minutos. El capitán encontró á las señoras en el salón, y, cuando pretendiendo que leía, contemplaba el rostro de Paulina pensaba al mismo tiempo cómo pagaría sus deudas.

Se preguntaba si por la pequeñez de mil quinientas libras, valía la pena de explicarle su situación á sir Osvaldo. Sería preciso confesarle que había perdido su pequeño

Biblioteca Nacional de España

patrimonio en las carreras y en el juego. Tan solo como el majestuoso y remirado anciano, sospechase semejante cosa, retiraría el legado prometido... el capitán estaba seguro de ello. Su ansiedad era terrible... ¡y de todo tenía la culpa aquella joven, cuyo hermoso rostro se volvía resuelto hacia él!

Sir Osvaldo entró en el salón con una sonrisa en los labios, y, yendo hacia Aubrey Langton, deslizó un sobre entre sus manos.

—Ni una frase de agradecimiento;—dijo,—si me dá V. las gracias, me ofenderé!

Y Aubrey, abriendo el sobre, encontró dentro un cheque de quinientas libras.

—Sé que en Londres la vida es cara,—dijo sir Osvaldo, —y V. es el hijo de mi buen amigo.

¡Quinientas libras! Estaba compelido á demostrar su gratitud calurosa, pero no podía. El regalo llegaba muy bien... pero para su negocio no era ni la mitad suficiente y había pensado decididamente pedirle prestado á sir Osvaldo. Se quedó perplejo.

Siempre sonriendo, el baronet se acercó á la mesa en que estaban sentadas miss Hastings y Paulina. Estuvo mirándolas durante algunos momentos.

—Es preciso no dejar que sepan Vds. mi buena fortuna por los extraños, - dijo,—y debo informarlas á Vds. de que dentro de un mes, á contar desde hoy, tendré el honor de llamar á miss Leonor Rocheford esposa mía.

Miss Hasting le felicitó en pocas y escogidas palabras; Paulina abrió los labios pero no articuló palabra. Sir Osvaldo permaneció unos minutos hablando con el capitán Langton, y después, cruzó el salón y tiró del cordón de la campanilla.

—¡Paulína, mi querida hija!—murmuró la ansiosa institutriz.

Miss Darrell la miró con una terrible sonrisa.

Biblioteca Nacional de España

—Quizás fuera mejor para él,—dijo lentamente,—no haber nacido.

—¡Paulina!—exclamó la institutriz.—Pero la joven no dijo nada más.

Entró un criado, el cual esperó las órdenes de sir Osvaldo.

—Vaya V. á mi despacho,—dijo éste,—y tráigame una caja negra de ébano que hay en un cajón de mi mesa escritorio. Tome V. las llaves.

El criado volvió al poco rato, poniendo la caja en manos de su amo. Sir Osvaldo la colocó sobre una mesa.

—Aubrey,—dijo,—¿quiere V. venir? Tengo un encargo para V.

El capitán Langton fué hacia la mesa. El baronet abrió la cajita y sacó un anillo con un brillante.

—¿Quiere V. ir mañana á Audleigh Royal,—dijo,—y dejar esto á Stamford, el joyero? He escojido un nuevo aro para esta piedra. Y lo regalo así montado á miss Hastings en prueba de la profunda gratitud que le debo.

La institutriz dió las más sinceras gracias por el rico presente. Sir Osvaldo entonces, sacó algunas joyas, y entre otras cosas que dejó sobre la mesa, veíase un rollo de billetes de banco.

—No me parece un método seguro de guardar el dinero, sir Osvaldo,—dijo miss Hastings.

—No; tiene usted razón,- asintió el baronet.—Mi apoderado me pagó el otro día, y como estoy tan ocupado, no he tenido aún tiempo de comprobar las notas.

—¿Y tiene usted dinero sin saber la cantidad fija? Eso es peligroso,—añadió Aubrey.

—Conozco que eso no es prudente; pero no hay cuidado. En casa no hay más que honrados y fieles criados.

Veré á lo que asciende y mañana lo impondré en el Banco.

Biblioteca Nacional de España

—Sí...—observó miss Hastings,—es mejor no tentar á los criados.

—Repito que no hay cuidado y además, la caja siempre está cerrada y las llaves del escritorio en mi bolsillo.

Sir Osvaldo dió algunas direcciones al capitán Langton acerca del diamante, y las señoras se retiraron.

—Sir Osvaldo,—dijo Aubrey,—permítame que me fume un cigarro con usted. No puedo darle á usted las gracias, pues me lo ha prohibido, pero...

—Déjeme usted colocar esta caja primero, y luego apuraremos un vaso de vino.

El baronet entró en su despacho, y el capitán en su habitación; y á los pocos minutos se habían reunido nuevamente, y sir Osvaldo mandó servir una botella de su escogido madera. Estuvieron hablando buen rato, y sir Osvaldo explicó á Langton todos sus planes... todo cuanto pensaba hacer. El joven le escuchaba con cierta envidia y desagrado en el corazón. Todos aquellos planes, todas aquellas esperanzas, las hubiera él explicado sin el capricho de aquella cruel muchacha.

Al cabo de una hora de conversación sir Osvaldo confesó que tenía sueño.

—Soy del mismo parecer, y le deseo á usted muy buenas noches. Mañana, en cuanto me despierte, iré á Audleigh Royal á cumplir su encargo.

Estrecháronse las manos y salieron en direcciones opuestas; sir Osvaldo murmurando alguna cosa sobre su madera y el capitán maldiciendo su negra fortuna.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXI

ROBO MISTERIOSO

El sol resplandecía en Darrell Court; el calor y la luz eran dulces y soportables. Los rayos solares proyectaban sobre los secnlares árboles y las pintadas flores. El más pro-undo silencio reinaba en la casa. El capitán Langton se había marchado hacía algunas horas. Sir Osvaldo trabajaba en su despacho. Paulina estaba sentada con miss Hastings bajo la sombra de un cedro secular. La joven tenía un libro abierto en la mano, pero su mirada vagaba distraída. Miss Hastings pensaba decirle algo por su inatención, pero vió en el rostro de la joven una expresión que la hizo extremecer... una soberbia, osada y fría expresión que no había conocido en ella jamás.

Paulina Darrell no era la misma aquella mañana. Miss

Biblioteca Nacional de España

Hastings se lo dijo así. Preguntóla una y otra vez si se encontraba enferma... si estaba cansada, y ella había opuesto un «nó» seco. Para complacerla, la institutriz había sugerido la idea de que fuesen con sus libros bajo el copudo cedro. La joven asintió sin decir una palabra, y sin manifestar la menor animación.

Con la luz del sol, pudo miss Hastings notar cuán fría y pálida estaba la faz de Paulina, y qué sombra más densa empañaba sus negros ojos. Parecía preocupada y la sobresaltaba cualquier rumor lejano. Miss Hastings la observó fijamente, y luego dijo dulcemente:

—Paulina, seguramente está usted enferma ó bajo el peso de una afección.

—No tengo nada... estoy únicamente pensativa,—contestó impaciente.

—Entonces sus pensamientos no son nada agradables... confiésemelos á mí. Nada mitiga tanto los pensamientos amargos como el comunicarlos á otro.

Pero miss Darrell evidentemente no había oído aquellas palabras; se había sumido nuevamente en su profundo insimismamiento, y mis Hastings creyó que debía respetarlo. De pronto, Paulina clavó sus ojos en ella.

—Miss Hastings,—dijo,—supongo que una solemne promesa, hecha solemnemente, ne puede romperse,

—Jamás,—contestó la institutriz.—Ha habido personas que han preferido morir á faltar á su promesa.

—En efecto, he oído hablar de eso,—contestó Paulina con una viva mirada,—é imagino que un Darrell tampoco faltaría á su palabra dada solemnemente.

—Creo que no,—asintió miss Hastings.

Pero no comprendía lo que meditaba su pupila ni el alcance de su pregunta.

El sol ascendía al meridiano. Las mariposas de alas purpúreas coqueteaban sobre las flores, meciéndose en los anchos cálices de los lirios y en los aterciopelados pétalos

Biblioteca Nacional de España

de las rosas; las abejas zumbaban alrededor de los ricos claveles encarnados, los pájaros cantaban dulcemente garruleando sus rinos, y una ligera brisa agitaba tenuamente las hojas de los árboles. Por un momento, Paulina quedó como fascinada ante aquel tibio y hermoso día estival, y su rostro perdió la tirante expresión.

Miss Hastings vió entonces á sir Osvaldo que iba hacia aquel sitio; un murmullo de sorpresa se escapó de sus labios.

—Paulina,—dijo,—fíjese usted en sir Osvaldo... parece enfermo. Me recelo alguna mala noticia.

El baronet se aproximó visiblemente agitado.

—Me alegro de encontrarla á usted aquí, miss Hastings, —dijo en cuanto llegó; —tengo un disgusto. No, Paulina, no te vayas. Mi disgusto puede interesar á ambas.

Porque la joven, con aire de altiva indiferencia, se había levantado como para irse. Pero, al oir las palabras de su tío, volvió á sentarse, sin cambiar por eso la expresión soberbia de su fisonomía.

—Tengo cerca de sesenta años,—empezó sir Osvaldo,— y es la primera vez que me sucede un contratiempo semejante. Miss Hastings, ¿recuerda usted la conversación que tuvimos anoche sobre el rollo de billetes que había en la caja de ébano?

—Recuerdo perfectamente, sir Osvaldo.

—Pues bien, esta mañana he ido á comprobar las cantidades para llevar el dinero al Banco... y había desaparecido.

—¡Desaparecido!—repitió miss Hastings.—¡Pero eso es imposible! Debe usted haberse equivocado; busque bien. ¿A cuánto ascendía?

—Mil libras exactamente... de eso estoy seguro. ¿Usted me vió poner los billetes en la caja?

—Sí, señor. Los puso usted en un rincón.

—Yo cogí la caja, y con mis propias manos la llevé á

Biblioteca Nacional de España

mi despacho. La puse en un cajón de la mesa-escritorio. Jamás llevo las llaves encima, y según mi invariable costumbre, las pongo debajo del asiento del sillón. He dormido profundamente toda la noche, y, cuando me he levantado, las llaves estaban en su sitio, pero los valores habían volado. No puedo imaginar cómo ha podido ser, pero lo cierto es que me han robado.

Miss Hastings se quedó muy pensativa.

—El robo es innegable,—dijo.—¿Tiene usted la seguridad de no haber dejado la llave fuera de su mano?

—Ni un solo momento.

—¿Tiene alguien en la casa llaves dobles?

—No. Compré esa caja en Venecia, hace bastantes años; es una cerradura muy original... seguro que en toda Inglaterra no hay otra parecida.

—¡Es muy extraño!—dijo miss Hastings.—Mil libras no se pierden así como así.

Paulina Darrell, con los ojos vueltos hacia las flores, no hablaba una palabra.

—¡Veo que no tomas ningún interés en este asunto, Paulina!—dijola su tío, con tono punzante;—debías afectarlo al menos, aun cuando no lo sintieras!

—¡Estoy verdaderamente afligida,—replicó fríamente—y siento mucho que haya usted experimentado semejante pérdida!

Sir Osvaldo repuso plácidamente:

—No es en los momentos actuales la pérdida del dinero lo que me afecta, ni quiero pensar en ella. Pero me duele el que haya ocurrido semejante cosa aquí, donde yo creía vivir con absoluta confianza.

—¡Qué solemne grupo,—interrumpió la simpática voz de Aubrey Langton.—¡Qué tremenda conspiración!

Sir Osvaldo le miró con aire de consuelo.

—Me alegro de que haya usted venido, Aubrey; quizás me aconseje usted algo pertinente.

Biblioteca Nacional de España

Y el baronet contóle el robo de que había sido víctima.

El capitán se quedó asombrado, estupefacto; hizo cien preguntas, é indicó que debía acudirse á Andleigh Royal, y confiar el asunto á la policía:

—Dice usted que no tenía el número de orden de los billetes, y esto es un inconveniente para poder seguir la pista,—dijo con tono de disgusto.—¡Qué extraño y misterioso robo! ¿Y no sospecha usted de nadie, sir Osvaldo?

—No; en toda mi vida hubiera dudado de la fidelidad y honradez de mis viejos servidores. Siempre les he considerado como antiguos amigos, que se hubieran dejado matar por mí.

El capitán Langton hizo esta observación.

—Puede usted haberse equivocado; estaba usted muy cansado anoche, y quizás haya puesto el dinero en cualquier otra parte, y no lo recuerde.

—Vamos á verlo,—decidió sir Osvaldo.

Miss Hastings hizo votos para que así fuese, pero la altanera faz de Paulina continuaba vuelta hacia las flores y no salió de su contemplación. Sus apretados labios no se abrieron para pronunciar una palabra.

Después que los dos hombres se alejaron, y miss Hastings habló de aquel singular robo. Paulina levantó la mano con un gesto casi imperioso.

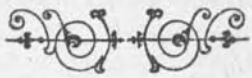
—He oído lo bastante,—dijo,— y no quiero oir más del asunto.

El robo causó gran impresión en la comarca; vinieron algunos inspectores de Andleigh Royal, pero no se pudo averiguar lo más mínimo acerca del asunto. Los billetes no habían dejado rastro alguno; máxime cuando su numeración era desconocida.

Biblioteca Nacional de España

Un policiaco, que vino de Londres, quedó igualmente desorientado.

El capitán Langton auxilió poderosamente á los agentes, pero, luego de verse la inutilidad de todo esfuerzo para descubrir aquel misterioso robo, transcurrida una semana, despidióse de sus amigos y marchó á Londres.



Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXII

CUMPLIMIENTO DEL CONTRATO

Los preparativos para la boda se llevaban con gran actividad; los salones, nuevamente restaurados, eran una maravilla de lujo y belleza. Entre ellos descollaba un *boudoir* colgado de seda color rosa con lazadas blancas y adornado con las más exquisitas pinturas y estátuas, con flores exóticas... un lindísimo nido que llenaba á todos de admiración, exceptuando á Paulina que demostraba la mayor indiferencia por todo aquello. Permanecía en su actitud fría, altanera, llena de sí misma, barajando mil pensamientos en su mente.

—Miss Hastings,—dijo una mañana,—puede usted hacerme un favor. Sir Osvaldo ha dicho que nos llamarán á

Biblioteca Nacional de España

los Olmos para que saludemos á miss Rocheford y á su señora tía. Hubiera rehusado si esto no se aviniera con mis planes. Deseo hablar con miss Rocheford á solas. ¿Quiere usted entretener á lady Hampton mientras yo hablo con su sobrina?

—Deseo complacerla en todo. Paulina,—contestó miss Hastings,—pero la suplico que sea prudente. Tiemblo por usted... créame, sea prudente. Sería mucho peor que se hiciese usted una enemiga de lady Darrell. Haré cuanto pueda para ayudarla á usted, cualquier cosa que pueda ahorrarla disgusto ó pena, pero temo por usted.

Las caricias y demostraciones de cariño eran muy raras en Paulina, pero en aquel momento volvióse expresiva con una ternura inusitada y besó el ansioso rostro de la institutriz.

—¡Es usted muy buena para mí!—la dijo.—¡Es usted la única persona en este mundo que se interesa por mí!

Y en sus palabras había un dejo de amargura y desolación que la pluma no puede describir. ¡De qué le servía ser hermosa... aquella hermosura de que su pobre padre estaba tan orgulloso! ¡De qué la inteligencia, con la cual se creía tan rica!

¡Nadie la amaba!

La única criatura humana que parecía participar ds sus alegrías y sus dolores, era aquel corazón hermoso, aquella bondadosa institutriz.

—Es necesario que me deje usted seguir mi impulso por esta vez, miss Hastings. Una de las particularidades de los Darrell es la de que tienen que decir lo que sienten. Entiendo que he de obrar así ahora; pero estaré siempre con usted, salga en paz ó no.

Después de esto, conoció que toda observación sería inútil. Prometió hacer lo que Paulina le había indicado, y aquella tarde se dirigieron ambas hacia los Olmos. Lady Hampton las recibió con mucha bondad; el gran sue-

Biblioteca Nacional de España

ño de su vida se había cumplido... su sobrina iba á ser la señora de Darrell Court. No había, pues, ya causa alguna que la hiciera envidiar ó tener celos de Paulina. La joven que hubiera podido ser un obstáculo ó una poderosa rival, quedaba reducida á la mayor insignificancia. Lady Hampton pensó que en aquellas circunstancias era mejor para todos el portarse graciosa y conciliadora: como Leonor tenía que vivir con miss Darrell, hubiera sido estúpido crear tiranteces desagradables.

Por esto, pues, recibió bondadosamente á la joven. Frutas de Darrell Court, y flores de su invernadero, se veían en la mesa.

Lady Hampton insistió para que miss Hastings tomase una taza de té con ella, cuando Paulina, con su habitual y franca manera expresó su deseo de ver el jardín de los Olmos.

Lady Hampton no sintió el poder tener una hora para charlar á solas con miss Hastings, y recomendó á Leonor que acompañase á miss Darrell y le enseñase sus flores.

Leonor pensó medio estremecida en el encargo. Era admirable el contraste que presentaban aquellas dos jóvenes... Paulina, alta, esbelta, regia con sus sedosos cabellos negros, toda pasión y magnificencia; miss Rochefort, blanca, de azules ojos, de blondo cabello, dulce y amable.

Cruzaron en silencio uno de los senderos del jardín, y al poco rato, miss Rochefort dije con su dulce y suave voz:

—Si le gustan á usted las rosas, miss Darrell, puedo enseñarle una buena colección.

Enfonces, por primera vez, los negros ojos de Paulina se posaron en el rostro de Leonor.

—Soy una mala apreciadora, miss Rocheford,—dijo altivamente,—y no he venido aquí para ver flores. He venido á verla á usted. Allí hay un árbol á cuyo pie pode-

Biblioteca Nacional de España

mos sentarnos. ¿Quiere usted venir y oirá lo que tengo que decirla?

Leonor siguióla, estremecida de temor.

¿Qué quería decirla aquella imperiosa y decidida joven? Sentáronse lado por lado, bajo la sombra de una copuda magnolia, cuyas blancas flores llenaban el aire con su dulce perfume; la sonriente belleza del verano continuaba aún en la campiña. Permanecieron en silencio un buen rato, y después Paulina volvióse hacia Leonor:

—Nis Rochefort,—dijo,—he venido aquí para hacerle á usted una advertencia... la más solemne advertencia que haya usted jamás oído, de tal modo, que si tiene usted buen sentido, seguramente no la despreciará. He oído decir que va usted á casarse con mi tío, ¿es verdad eso?

—Sir Osvaldo ha pedido mi mano,—replicó Leonor con melancólica mirada, poniéndose encarnada.

Por el rostro de Paulina pasó una expresión burlona.

—No es preciso que gaste usted esos preciosos aires y gracias conmigo,—dijo.—He venido á decirle á usted algunas verdades. Usted, una joven de escasos veinte años, con toda una vida por delante, seguramente no puede mentir descaradamente y decir que se casa con mi tío, un hombre viejo, por amor; usted sabe que no es así y no pretenderá asegurarlo.

Leonor enrojeció hasta el blanco de los ojos.

—¿Cómo puede usted hablarme de ese modo, miss Darrell?—balbuceó.

—Porque quiero prevenirla á usted. ¿No le da á usted vergüenza, sí, repito la palabra, vergüenza, el vender su juventud, sus esperanzas de amor, su vida misma, por dinero y un título? Esto es lo que usted hace. Usted no ama á sir Osvaldo. ¿Qué pretende, usted, pues? Es tan viejo que puede ser de sobras su padre. Si hubiera sido un pobre, se hubiera usted reído de su ofrecimiento y le hubiera escarnecido; pero es rico, y casándose con él, será usted la-

Biblioteca Nacional de España

dy Darrell, la señora de Darrell Court. ¿Puede usted Leonor Rocheford mirarme cara á cara y desmentir mis palabras?

No, no podía. Cada palabra levantaba una llaga en su corazón y conocía ser la verdad pura. Bajó su ruborizada faz, esquivando la clara y serena mirada de Paulina.

—¿No le da á usted vergüenza esa venta de sí misma? Si no hay verdad, ni honor, ni leales impulsos en este negocio, témalo usted todo. Usted no ama á mi tío. No puede afligirle á usted el que este matrimonio no se realice. Si persiste en su plan, se lo prevengo á usted, Darrell Court había de ser mío. Soy una Darrell, y cuando mi tío me condujo á su casa era yo su heredera. Durante un largo periodo de tiempo, he podido considerar á Darrell Court como mío. ¡Es mío, - continuó;—mío por derecho, por que yo soy una Darrell, mío por el derecho del gran amor que le tengo y mío por cualquier concepto de derecho y justicia! Leonor Rochefort, se lo prevengo á usted, ¡tenga cuidado de interponerse entre esa herencia y mi derecho... tenga cuidado! Mi tío se casa con usted únicamente para castigarme por pretendidas faltas; no tiene otro motivo. ¡Guárdese de ayudarle en semejante acción! No le digo á usted que le arrebate su amor. Si usted le amase, no diría yo una palabra; pero aquí no se trata de amor... sólo de negocio y tráfico. ¡Déjelo usted!

—¡Cómo puede usted decir esas cosas tan extrañas, miss Darrell! No puedo dejar esto... todo está preparado.

—Puede usted, si quiere. Dígale usted á mi tío que se arrepiente de su decisión por creerla indecorosa. Sea usted una mujer sincera... sincera con el instinto que Dios ha puesto en su corazón. Cásese por amor, no así.. un puro y honrado amor... y entonces vivirá y morirá usted feliz. Dígame... ¿quiere usted renunciar á esa boda?

—No puedo,—murmuró la joven.

—¿No puede usted? Está bien. Escúcheme usted. Yo

Biblioteca Nacional de España

soy una verdadera Darrell, y un Darrell jamás da una palabra que no cumpla. Si usted se casa con mi tío, le doy á usted mi palabra de que tomaré de usted una terrible venganza... no una venganza vulgar, sino verdaderamente terrible. ¡Me vengaré... si usted se pone entre mí y mi legítima herencia! ¿Ha oído usted?

—He oído. Es usted muy cruel, miss Darrell. Usted comprende que yo no puedo ayudarla. He de cumplir mi compromiso.

—Muy bien,—dijo Paulina levantándose;—nada pues tengo que añadir. Pero recuerde usted que le he hecho una franca y honrada advertencia. ¡Me vengaré!

Y miss Darrell se encaminó hacia la casa, con su altiva faz erguida, en tanto que Leonor se quedó en el jardín, vacilante y espantada.

Sucedieron dos cosas. Leonor jamás dijo una palabra de lo ocurrido, y tres semanas después sir Osvaldo celebraba su matrimonio con ella en la antigua iglesia parroquial de Andleigh Royal.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXIII

HECHOS CONSUMADOS

Era evidente para miss Hastings que sir Osvaldo había sufrido alguna conmoción al cambiar el orden de su casa. Estaba, á pesar suyo, bastante impresionado por su proceder con su sobrina. Esta no dió señales de mortificación ó decepción, pero se comportaba como una persona á quien han conculcado sus legítimos derechos.

La noche de la boda se hicieron los posibles preparativos para recibir al baronet y su esposa. Los criados, bajo la dirección de Mr. Frampton, el mayordomo, se formaron correctamente vestidos. Las campanas de la vetusta iglesia normanda de Añdleigh-Royal se echaron al vuelo en señal de brillante bienvenida; banderolas y arcos de verdura adornaban la calle principal y la carretera. Darrell

Biblioteca Nacional de España

Court brillaba de luces y colores; la riquísima y vieja vajilla de oro, con la cual en pasados tiempos se sirvieron reyes y príncipes, fué sacada de sus armarios. Los salones ardían de luces y brillaban con las flores. Fué una deleitosa entrada la de lady Darrell, que na había visto hasta entonces tamaño lujo y esplendor. Su delicado rostro enrojeció y sus azules ojos se deslumbraron ante tanta magnificencia. No quiso reprimir el ligero orgullo triunfal que latió en su corazón, y sus sienes se hincharon al recordar que todo aquello era suyo.

Se inclinaba majestuosamente, con la tranquila y suave sonrisa que parecía estereotipada en sus labios. Cuando pasó por medio de la larga fila de criados, probó lo mejor que pudo para aparecer graciosa y amable; pero á despecho de su contento no pudo reprimir un escalofrío al mirar los ojos negros de aquella esbelta y regia figura, en los cuales no había ciertamente ninguna expresión de bienvenida.

Sir Osvaldo acompañó á su esposa hasta el salón de gala.

—¡Bienvenida á esta casa, mi querida Leonor!—dijo.—¡Quiera Dios que cada momento que pases en Darrell Court, sea para tí un momento de felicidad!

Leonor dió las gracias á su marido. Paulina permaneció en el sitió en que se encontraba. Después de echar una descuidada mirada sobre el vestido de lady Darrell, y otra más perspicaz en su rostro, volvió la cabeza como si nada de aquello le importase.

Lady Darrell sentóse cerca del fuego, y cuando sir Osvaldo con tierna solicitud le quitó la manteleta de camino, sus manos temblaban ansiosamente.

—Quédate aquí unos cuantos minutos antes de retirarte,—dijo.

Miss Hastings se aproximó á ellos, trabándose una conversación general acerca del asunto culminante. Se habló

Biblioteca Nacional de España

del camino que parecía helado. Lady Darrell relató uno ó dos pequeños incidentes del día, y sir Osvaldo la preguntó si quería pasar á sus habitaciones, pues la comida sería servida antes de una hora. Lady Darrell ejecutó el deseo de su esposo y sir Osvaldo la siguió al poco rato.

Paulina estaba oculta hacia un rico macetón de flores, y se entretenía considerando los muertos pétalos de un hermoso clavel.

—¡Paulina,—dijo la institutriz;—querida mía!

Miss Hastings estaba asustada. Creía encontrar á la joven entregada á malignos pensamientos, con rostro iracundo, apasionado; pero su espléndida fisonomía estaba únicamente iluminada por una expresión de intenso escarnio, los negros ojos lanzaban fuego, los bellos labios se entreabrían desdeñosamente.

—No quisiera—dijo—estar en el puesto de esa joven que se ha vendido por dinero y el más encumbrado título de Inglaterra.

—Mi querida Paulina, usted realmente no debe hablar de esa manera. Lady Darrell indudablemente ama á su marido.

La expresión sarcástica se acentuó.

—Demasiado comprende usted que no es así. Ella tiene veinte años justos y él ¡sesenta escasos! ¿Qué amor... qué simpatía puede haber entre esos dos seres?

—No es asunto nuestro, querida mía, y no debemos discutirlo.

—Cierto que no; pero como usted siempre está con lo que llama mi mundo, el mundo bohemio, en el cual dicen la verdad hombres y mujeres, me entretengo buscando faltas en el de ustedes.

Miss Hastings estaba apenada; pero sabía por experiencia que era mucho mejor dejar que la joven se descargase del torrente de palabras que la ahogaban. Paulina miróla con aquella mirada clara, limpia, honrada, ante la cual todo fingimiento huía.

Biblioteca Nacional de España

—Usted me dice, miss Hastings, que yo soy deficiente en el conocimiento del mundo... de manera que no puedo ocupar un lugar en ese mundo porque no estoy conforme con su modo de ser ni con sus máximas. Usted me ha propuesto varias veces como modelo á esa mujer, y hubiera usted deseado que regulara mis pensamientos y acciones por los suyos. ¡Y yo preferiría morir que parecerme á ella! Podrá ser una mujer agradable, convengo en ello, pero ha vendido su juventud, su belleza y su vida á un hombre viejo, por un título y una posición. Prefiero mi brusquedad, como usted la llama, que el sarcasmo de semejante venta.

—Pero Paulina...—quiso observar miss Hastings.

—Es una desagradable verdad,—interrumpió Paulina, —y á usted no le gusta oirla. Sir Osvaldo es barón de Andleigh Royal; si un duque, dieciocho años más viejo, hubiese hecho á esta joven igual ofrecimiento, hubiese aceptado, despreciando el de sir Osvaldo. ¿Qué se puede decir de un mundo en que las mujeres obran así?

—Mi querida Paulina... le digo sinceramente que no debe usted decir semejantes cosas; son de muy mal gusto, créame.

—Ya sé que toda verdad es de mal gusto,—dijo la joven sonriendo irónicamente.—Mi favorita virtud no iría muy bien vestida en las Cortes.

—Jamás he oído decir que las virtudes que mortifican á tercero, gustasen á nadie,—objetó miss Hastings.—¡Oh, Paulina, si quisiese usted únicamente practicar la política de sociedad y sus refinamientos! ¡Si reservase para sí sus terribles observaciones! ¡Ea!... pruebe usted á ser más amistosa con lady Darrell.

—¡No!—exclamó la joven con altivez.—La previne y ha despreciado mi advertencia. No quiero fingirle una falsa apariencia de bondad ó amistad que no siento; quiero declararla guerra á cuchillo. Así se lo dije y ella ha elegido.

Biblioteca Nacional de España

Soy una Darrell, y los Darrell no faltan jamás á su palabra.

Mirándola, viendo su no estudiada gracia, su perfecta apostura, su hermoso rostro fruncido por el estigma de la venganza, miss Hastings pensó que preferiría la amistad de aquella joven, por todos conceptos, á declararse enemiga suya.

—Espero, por su mismo interés,—dijo,—que usted abandonará cualquier pensamiento que se le ocurra sobre lady Darrell. Todo su bienestar depende de esto. Sería mucho mejor un arreglo.

—¡Un arreglo!—exclamó Paulina.—Dijera usted mejor que el mar se arregle con los vientos cuando lo sacuden en su furor. No hay arreglo posible.

Apenas estas palabras hubieron salido de sus labios, cuando sonó la campana avisando la comida, y entró lady Darrell con un precioso traje blanco y plata. Verdaderamente la elección de sir Osvaldo había sido muy acertada. Leonor era una de las más graciosas y delicadas de las mujeres, rubia, acariciadora, insinuante... una de esas mujeres que jamás han pensado en utilizar la bestial verdad, cuando la ficción les sirve mucho mejor para sus medios; que aman las finas ropas, los delicados perfumes, las costosas joyas... que prefieren la propia comodidad, de una graciosa y lánguida manera, á todas las cosas del mundo... que desean ser miradas y recibir homenajes... que desarman á los hombres con una plácida, dulce sumisión, acompañada de una frase que solicita un cumplimiento... que colocan su entera confianza sobre los demás... una de aquellas que se mueven, graciosa y estudiadamente, con sutil y armoniosa acción, cuyas manos siempre son finas y bellas... una mujer nacida para la molicie y el lujo, que temblaría ante la pobreza ó el trabajo.

Así era Leonor Darrell; y entró en el salón con su flexible y estudiado movimiento, que tenía la virtud de irritar

Biblioteca Nacional de España

á Paulina. Llevaba un costosísimo chal sobre sus hombros y su lindo traje blanco estaba recamado de perlas. Semejaba una blanca hada.

—Tengo para mí—dijo con su dulce y tranquila voz—que la noche está fría.

—Ha escogido usted precisamente una región calurosa, lady Darrell,—fué la amable respuesta.—El sur de Francia está dotado con uno de los climas más hermosos del mundo.

—Lo celebro mucho,—dijo lady Darrell con una sonrisa soñadora.—¿Pero usted se aburrirá, creo? Probaremos á buscarle á usted algo más alegre.

Y miraba ansiosamente hacia el sitio en que permanecía Paulina; pero la atención de la joven parecía concentrada sobre una planta. Ni una línea de su rostro, ni un gesto, eran perdidos para lady Darrell.

—Se lo he dicho á sir Osvaldo—continuó la nueva lady; —es necesario que animemos esto... daremos una serie de bailes y fiestas.

—¿Si pensará conquistarme?—pensó Paulina.

Sonrió entre sí, una peculiar sonrisa, la cual observó lady Darrell, pareciéndola altamente incómoda; reinó entonces un profundo silencio, interrumpido solamente por la entrada de sir Osvaldo y la de un criado anunciando que la comida estaba servida.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXIV

DONATIVO RECHAZADO

La primera comida de casados tuvo lugar con brillante resultado.

Lady Darrell no manifestó la menor emoción; se había casado por su actual posición social, por una hermosa casa, numerosos criados, lindos, abrigados y fragantes salones, vinos escogidos y lujosa vida; aquello era una parte tan solo de lo que esperaba y debía poseer. Sentóse en el sillón de preferencia que le estaba destinado, y por la naturalidad y gracia con que lo ocupó, se conoció que contaba con él.

Sir Osvaldo la miraba con sin igual deleite, sintiendo únicamente el haber pensado tan viejo en buscarse una compañera. Estuvo muy deferente, muy cortés y muy ingenioso.

Biblioteca Nacional de España

Si lady Darrell fué asaltada por algún pensamiento, y si la imagen de Aubrey Langton se interpuso entre su marido y ella, no puede decirse, puesto que en su rostro no cruzó ninguna sombra.

Cuando se levantaron las tres señoras, Leonor había hecho algunos esfuerzos para conciliarse á Paulina, pero ante su mirada, tembló al sólo pensamiento de hablarla. Entonces trabó conversación con miss Hastings, y ambas se enzarzaron en su amistoso diálogo, hasta que Paulina se levantó y se fué al piano, llevando siempre en su rostro la burlona expresión de antes.

—¡Esto es convertirse en cosa!—pensó.—¡Cuánto ganaría el mundo si sólo se nablase cuando tiene algo interesante que decir!

Sentóse delante del piano, pero repentinamente recordó que no sería escuchada y que no era la dueña de la casa, un recuerdo que la hizo levantar en seguida. Dirigióse al otro extremo del salón.

—Paulina,—le dijo lady Darrell,—le ruego que cante algo. Miss Hastings me ha dicho que tiene usted una voz magnífica.

—¿De veras? Miss Hastings no es tan cumplimentera cuando habla conmigo á solas.

Entonces una súbita resolución pasó por la mente de lady Darrell. Levantóse de la silla, y recogiendo su falda, blanco y plata, encaminóse al rincón en que estaba Paulina, y ésta levantó su altivo rostro.

—Paulina,—dijo dulcemente,—¿quiere usted que seamos amigas? Hemos de vivir juntas... ¿quiere usted que seamos amigas?

—¡No!—repuso miss Darrell con su clara y franca voz. —La advertí á usted. Usted no ha querido escucharme. No podemos ser amigas jamás.

Una lánguida sonrisa entreabrió los labios de lady Darrell.

Biblioteca Nacional de España

—Pero, Paulina, ¿no comprende usted cuán inútil es su resentimiento para conmigo, ahora? Mi casamiento con sir Osvaldo es un hecho consumado, y usted y yo hemos de vivir juntas, quizás muchísimo tiempo... ¡sería muchísimo mejor para las dos que viviésemos en paz!

El altanero rostro de Paulina permaneció inaccesible.

—Será mejor para usted, lady Darrell,—dijo,—pero en cuanto á mí, no veo por qué.

—Quizás sí. Hablemos razonablemente... óigame usted, —exclamó lady Darrell, impulsiva, y sin quitar la mano del brazo de la joven.—¡Oígame usted, Paulina! Usted conocerá que esto no tiene sentido común... Mi posición ahora es clara. Usted no puede hacer nada que me ofenda... sir Osvaldo tendrá buen cuidado de impedirlo. Cualquiera injuria que usted me inflija recaería sobre usted misma; además, usted reconocerá que no puede inflígirme ninguna...—Y á despecho de sus palabras, lady Darrell miró casi temerosamente la altiva y desafiadora faz de la joven.—Usted puede tener los más peregrinos planes de venganza en su mente, pero no encontrará usted en toda la conducta de mi vida un dato que pueda desacreditarme... de manera que por esa parte no puede usted hacerme daño.—Y aun cuando parecía tan segura de esto, sus ojos se clavaban ansiosos en Paulina, como leyendo sus pensamientos.—Ahora, al contrario, puedo hacer mucho por usted... y quiero. Usted es joven, y lo natural es que quiera regocijar su vida. Puede usted hacerlo. Usted tendrá fiestas, bailes, ricos trajes, cuanto se le antoje, si quiere usted que seamos amigas.

Paulina la miró con esa calma del mar rujiente que se ha sosegado merced á una capa de aceite echada sobre su superficie.

—Lady Darrell,—contestó,—conseguirá usted tan sólo desperdiciar su tiempo y el mío. Se lo advertí á usted,

Biblioteca Nacional de España

Pueden pasar veinte años antes de que mi venganza se realice, pero llegará por fin.

Lady Darrell encaminóse al ángulo opuesto, y, á punto que iba á salir, entró sir Osvaldo, llevando en la mano un paquete de papeles. Sonrió al entrar.

—¡Qué placentero es encontrar aquí tan hermosas caras!—dijo.—¡Qué obscura ha sido esta casa hasta hoy!

Fuése hacia su mujer, que estaba sola.

—He traído esto, Leonor, pensando que preferirías dar tú misma á Paulina este hermoso presente. Pero—añadió—¿cómo estás de pie? Debes estar cansada...

Leonor levantó el rostro hacia su marido, sonriendo.

—Y me parece que en tu rostro se vé una expresión ansiosa,—continuó sir Osvaldo con acento alarmado.—Miss Hastings, ¿quiere usted tener la bondad de venir? ¿No encuentra usted una expresión extraña en el rostro de lady Darrell?

—No, ciertamente,—dijo la institutriz con amable sonrisa.

Entonces sir Osvaldo trajo una silla é hizo sentar en ella á su mujer; él tomó asiento al lado de un veladorcito.

Lady Darrell estaba medio avergonzada por el mal resultado de sus gestiones para con Paulina.

—Ahora, miss Hastings, - dijo el baronet,—quiero que admire usted el tacto de lady Darrell.

Abrió el paquete, Contenía una caja; dentro de la cual había un hermoso aderezo de rubíes, engarzados en oro pálido.

Miss Hastings lanzó una exclamación de admirada sorpresa.

—¡Qué hermosura! - dijo.

—Sí, - respondió sir Osvaldo haciendo brillar las piedras á la luz,—la es, verdaderamente. Es preciso felicitar á lady Darrell por su buen gusto. Mi gusto hubieran sido

Biblioteca Nacional de España

perlas ó diamantes, pero ella ha comprendido que los rubíes irán mejor con el género de belleza de Paulina... y tiene razón.

Lady Darrell tomó en sus manos las hermosas joyas, pero no pudo sonreir; diríase que estaba bajo la influencia de un malestar cualquiera.

—Espero que le gustarán á Paulina,—dijo luego, gentilmente.

—No puede ser por menos,—observó sir Osvaldo, con su tono de altivez.—Voy á decirla que usted quiere hablar con ella.

Y fuése hacia la ventana donde estaba Paulina embebida en la lectura.

Sir Osvaldo tuvo la convicción de que la joven quedaría muy halagada con el presente. Pero, cuando observó su rostro, varió de pensar.

No era aquel aire el de una persona que quede tentada, complacida ó satisfecha con joyas. Insensiblemente, cambiaron sus maneras.

—Paulina,—dijo con benevolencia,—lady Darrell quiere hablar contigo.

Evidentemente hubo una lucha en el corazón de la joven, entre si obedecía ó no, pero se levantó de pronto y se aproximó al grupo, sin pronunciar una palabra.

—¿Qué deseaba usted, lady Darrell?—preguntó; y miss Hastings la dirigió una mirada suplicante.

El rostro de lady Darrell expresaba más turbación que complacencia.

Sir Osvaldo las miraba orgulloso... orgulloso de su sobrina, de su mujer y de sí mismo.

—He hecho traer de París, para usted, Paulina, un pequeño regalo,—dijo lady Darrell.—Espero que será de su gusto.

—Ha sido usted demasiado buena para mí,—dijo Paulina.

Biblioteca Nacional de España

Sir Osvaldo pensó que aquel agradecimiento era demasiado frío y calmoso.

—¡Son los mejores rubíes que has visto nunca, Paulina, —añadió,—unas soberbias piedras.

Y diciendo así, expuso los rubíes á los cambios de luz, para que apreciara la joven su finura. Pero ésta apenas echó sobre ellos una indiferente mirada.

—¿Qué tiene usted que decir á lady Darrell, Paulina?—preguntó sir Osvaldo, colérico ante tal silencio.

Los labios de la joven se replegaron.

—Que lady Darrell es muy buena para mí,—respondió fríamente,—y que los rubíes son preciosos; pero que no son adecuados á mi condición.

Sus palabras, tan sencillas como fueron, semejaron á la caída de un rayo en medio del grupo.

—¿Por qué no?—preguntó sir Osvaldo irritado.

—Su conocimiento del mundo es mayor que el mío, y se lo diré á usted lo mejor que pueda,—replicó Paulina con calma.—Hace tres meses hubiesen sido un regalo apropiado á mi clase y posición; hoy, están fuera de lugar y no puedo aceptarlo...

—¡Que no puede usted aceptarlo!—exclamó lady Darrell, sorprendida al ver que una mujer rehusaba semejantes joyas.

Paulina sonrió tranquilamente, repitió sus palabras, y volvió á su sitio.

Sir Osvaldo, con irritado murmullo, colocó de nuevo el aderezo en su estuche.

—¡Tiene el espíritu de los Darrell!—dijo á su mujer con amarga sonrisa; y suplicó al cielo que su mujer no lo tuviese igual.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXV

UNA VERDADERA DARRELL

La joven supo ocultar su descontento con extremada altivez. Miraba su derrota con tanto orgullo como si hubiera obtenido una victoria. Nada en su rostro ó en sus modales revelaba el pesar recibido con tan duro golpe. Cuando aludía á su cambio de posición lo hacía con una altanera humildad, en la cual no se veía un átomo de envidia.

No parecía afectada por la pérdida de una fortuna; no era disgusto por la privación de las riquezas y el lujo. Era mejor una ilimitada pena de verse infeliz é incapacitada para representar la raza de los Darrell... ella, que era una «Darrell legítima», y había tenido que cederle su lugar á lo que llamaba ella «una muñeca de fuera»... y sus modales y su educación, de los cuales su pobre padre estaba

Biblioteca Nacional de España

tan orgulloso, se le echaban en cara como un estigma de ligereza y reprobación. Su padre, y los amigos de su padre, la creían llegada al colmo de la perfección; aquella perfección que confesaban sin vacilar, y por la cual la felicitaban y halagaban, era la barrera que se había interpuesto entre ella y su herencia.

Era una situación penosa, pero su valor al sobrellevarla merecía elogios. No transigía con vanas reglas... Su dignidad, su sinceridad, la independencia de su naturaleza se lo impedían. No esperaba captarse las simpatías de los extraños ni atraerse su estimación; no podía fingir alegría con los alegres, ni pena con los apenados; miraba con burlona sonrisa los convencionalismos que la enseñaron á despreciar en su niñez... y ahora pagaba la pena de toda aquella enseñanza. Sabía lo que la gente decía de ella... que había sido castigada con razón, justamente reprimida, y que había sido una fortuna para la comarca el que fuese una correcta lady Darrell la dueña de Darrell Court. Sabía también que ninguno de los habitantes de Darrell Court tenía simpatías por ella, y que no sentían en lo más mínimo su desastre. Ningún Darrell hubiera sufrido con más valor tamaña amargura. Los espartanos no eran más pacientes. La humillación pareció no afectarla: la soportó con altivez. De aquí el que sir Osvaldo la admirase.

—¡Es una verdadera Darrell! —le dijo á miss Hastings. —¡Que esa muchacha tiene un gran espíritu, es cosa segura!

La casa se había convertido en una mansión placentera. Lady Darrell parecía determinada á alegrar su vida. Aquello era una constante serie de partidas de campo en las cuales aparecía radiante, con los más preciosos trajes; bailes, en los que su delicada y elegante belleza, su ilimitada gracia, no permitían rival; y de todos aquellos elogios, ella llevaba la mayor parte. Sir Osvaldo no escaseaba dinero para cualquier capricho suyo y casi se adelantaba á sus deseos.

Biblioteca Nacional de España

Lady Hampton, habiendo llegado un día más temprano que de costumbre, la encontró en su lujoso cuarto de vestir, rodeada de confecciones, sedas, terciopelos, lazos, joyas, adornos de prolija descripción, costosos y de dudoso valor.

—¡Mi querida Leonor!—exclamó la vieja lady.—¿Qué estás haciendo? ¡Qué hermosa confusión!

Lady Darrell levantó su blanco rostro con un ligero color en las mejillas.

—Mire usted, tía,—dijo;—estoy verdaderamente aturdida.

—¿Por qué?—preguntó lady Hampton.

—Porque sir Osvaldo es demasiade generoso. Estas grandes cajas acaban de llegar precisamente de París. Me ha dicho que me reservaba esta sorpresa... un presente suyo. Fíjese usted en el contenido, trajes de todas clases, lazos, adornos... ¡qué sé yo!... artículos que pueden confeccionarse en París. ¡Estoy realmente sofocada!

—Sir Osvaldo es verdaderamente generoso,—dijo lady Hampton mirando hacia afuera para observar si estaban solas.

La doncella había salido.

—¡Ah, Leonor!—observó lady Hampton.—¡Eres verdaderamente una mujer afortunada; has conquistado un envidiable puesto! En toda Inglaterra no se hubiera encontrado semejante marido. Estoy completamente segura de una cosa, y es que tienes cuanto puede desear el corazón de una mujer.

—No me quejo,—dijo lady Darrell.

—Mi querida niña, quiero creerlo así; hay pocas mujeres en Inglaterra que gocen de igual posición.

—Lo sé,—fué tranquila la respuesta.

—Y debes realmente darme las gracias por esto; he trabajado divinamente por tu causa, Leonor. Estoy segura de que sin mis consejos te hubieras enamorado estúpidamente de ese capitán Langton.

Biblioteca Nacional de España

—El capitán Langton me ha puesto en ese caso, tia; así pues, no debemos discutir ese punto.

—Ha sido muy oportuno al que no te dijese nada,—observó la tía.—Mrs. Bretheston me estaba diciendo el otro día cuan afortunada habías sido... que pocas de nosotras pueden cumplir el deseo de su corazón.

—Usted olvida una cosa, tía. Que no puedo desear nada porque mi corazón está vacío,—dijo la joven, con tedio.

Lady Hampton sonrió.

—Es preciso que tengas también tu poquito de sentimiento, Leonor, pero eres igualmente sensible á la realidad de la vida. ¿Cómo sigues con esa terrible Paulina? Destesto á esa muchacha con toda la fuerza de mi corazón.

Lady Darrell se encogió de hombros.

—Existe entre nosotras al presente una tregua armada,—dijo.—Aunque no me infunde usted ningún temor, no puedo evitar un estremecimiento cuando me acuerdo de ella.

—¿Cómo es eso?—preguntó lady Hampton despreciativamente.—Es verdaderamente una joven brutal y grosera; pero como á temerla, mejor temería á Frampton, el mayordomo, que es un bellísimo sujeto. ¿Cómo dices eso, Leonor?

—Tiene cierta cosa... que no sé como expresar... que me infunde algún temor. No puedo precisar lo que es, pero su presencia me pone incómoda.

—Tú tienes sobre sir Osvaldo más influencia que nadie... si te molesta ¿por qué no le persuades para que la aleje de aquí?

—No;—dijo lady Darrell;—además, creo que mi marido no querría acceder á eso.

—Entonces... si quieres que sea ella el ama, cédele tu puesto.

Lady Darrell sonrió abiertamente.

Biblioteca Nacional de España

—No creo que su sistema de V. aprovechase aquí, tía. No es de esas muchachas que se dominan con un fruncimiento de cejas.

—¿Cómo se porta contigo, Leonor? Dímelo francamente,—preguntó lady Hampton.

—Difícilmente puede contestarse á esa pregunta. No es ruda ni insolente; si lo fuese, lo comunicaría á sir Osvaldo para su inmediato correctivo. Tiene unos grandes, altivas modales... un imperioso aire. No se fija en mí, apenas me trata, y sólo alguna vez que otra fija en mí una sarcástica mirada que dice claramente: «¡Te has casado por el dinero!»

—¡Y has cometido un disparate, querida mía! Quisiera sólo una cosa; tener potestad para dirigir á miss Darrell. Veríamos si yo doblegaba ese espíritu fuerte.

—¡No lo creo!—contestó lady Darrell como para poner fin á una conversación que le era enojosa.—Nada hay en su conducta que sea represible para mí, y, sin embargo, temo que sea enemiga mía.

—¡Qué espere un rato!—replicó lady Hampton,—y ya le tocará su turno.

Y, desde aquel día, la maquiavélica lady no desperdició ocasión para presentar á Paulina de la peor manera, ante los ojos de sir Osvaldo.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXVI

CUESTIÓN EMBROLLADA

—¿Da miss Darrell alguna señal manifiesta de su descontento?—preguntó lady Hampton un día á miss Hastings.

Esta, aun cuando reconocía un centenar de faltas en la joven, que hubiese deseado corregir, la había tomado un verdadero y caluroso cariño. Por esto no quiso dar gusto á una enemiga acérrima de su pupila, y, al oir aquella pregunta, miró el rostro de la maligna vieja, cuyos ojos brillaban de curiosidad, y dijo con afectada sorpresa:

—¿Descontento de qué? ¡No la comprendo á V., lady Hampton!

—Acerca de la herencia,—replicó ésta impaciente.—Tenía la seguridad de que iría á sus manos. Jamás olvidaré su insolente confianza. ¿Me quiere V. decir si está muy disgustada?

Biblioteca Nacional de España

—No por lo que V. piensa, lady Hampton. Jamás me ha hablado de semejante cosa.

La lady quedó desconsolada. Hubiese preferido oir que lloraba su herencia perdida y que sentía gran pena por esta causa. Reflexionó que la dignidad impediría á la joven manifestar aquellos sentimientos, y resolvió en su mente probar de arrancar á la joven alguna expresión de sus sensaciones. El pensamiento no era muy amistoso, pero lady Hampton no era una buena ni amistosa mujer.

La fortuna la favoreció. Aquel mismo día, al salir de Darrell Court, vió á Paulina, sentada y mirando con indiferencia las blancas ondas. Fuese hacia ella con su fingida sonrisa de amistad.

—¿Qué hace V. miss Darrell? La veo á V. muy melancólica.

Levantó sus ojos al rostro de lady Hampton y la saludó con fría cortesía.

—Parece que no encuentra V. mucha disctracción en sus horas de asueto,—continuó lady Hampton.—¿Ha dado usted la vuelta por los jardines? Son hermosísimos. Mucho me temo que V. no quiera perdonar á mi sobrina el haberle privado de ellos.

No eran aquellas palabras del mejor gusto, pero lady Hampton las dijo por irresistible impulso... La orgullosa, provocativa y hermosa fisonomía de Paulina la hizo perder la prudencia. Paulina se contentó con sonreir, conoció de donde venía el tiro.

—Su sobrina no me ha privado de nada, lady Hampton,—replicó con acento impregnado de desdén.—Poseo algo de más valía de lo cual ningún sér viviente puede despojarme... ¡Esto es la sangre de los Darrell que corre por mis venas!

E inclinándose, volvió las espaldas, dejando á la vieja lady más corrida de lo que ésta se figuraba. Así Paulina chocaba con todos sus enemigos. Aun conociendo que se

Biblioteca Nacional de España

perjudicaba, no consentía en dejarlos triunfar. ¡El mismo sir Osvaldo sentía por ella una admiración que no había experimentado jamás.

Estaba una mañana paseándose el baronet por la terraza; los rayos del sol poniente, hiriendo el vasto edificio, lo hacían brillar en toda su belleza. Flores, árboles y césped, se presentaba con todo su esplendor. Al asomarse el baronet á la balaustrada, vió á Paulina que dibujaba, sentada entre un macizo. Estaba precisamente terminando un bosquejo de la torre del oeste de la casa. Sir Osvaldo se acercó cautelosamente y miró por detrás de la espalda de la joven, quedando complacido de la verdad del apunte.

—¿Ama V. á Darrell Court, Paulina?—le preguntó plácidamente.

Ella levantó la cabeza y se quedó un buen rato silenciosa; la frialdad entre ambos quedó olvidada. Sólo recordó que era una Darrell y que descendía de reyes.

—Le amo, tío,—contestó,—como el peregrino ama su santuario favorito. Es la mansión de belleza, de tradición, la cuna de héroes; cada rincón está consagrado por una leyenda. Amar es una palabra débil para lo que yo siento.

Sir Osvaldo miró aquel sincero rostro y por un momento le asaltó la duda de si no había injusto privando á Paulina de su herencia.

—Pero, Paulina,—dijo lentamente,—jamás has querido hacer...

La joven levantóse con una precipitación que casi sobresaltó á su tío.

—¡Silencio, sir Osvaldo—exclamó interrumpiéndole.—Es demasiado tarde para que hablemos de Darrell Court ahora. No interprete V. torcidamente mis palabras; expresaba únicamente una opinión.

Y se inclinó para recoger sus útiles de dibujo.

—No he interpretado mal tus palabras, hija mía,—re-

Biblioteca Nacional de España

plicó el baronet con tristeza.—Quieres la casa porque quieres á la noble raza que ha nacido en ella, y no por su valor intrínseco.

—Esa es la verdad... mi exacto pensamiento.

Y echó á andar hacia la casa dejando á sir Osvaldo más encantado que lo estuvo nunca.

—¡Una gloriosa mujer!—dijo entre sí mismo.—¡Una legítima Darrell! Espero no haber incurrido en una imperdonable equivocación.

Lady Darrell ninguna queja había dado á su marido acerca de Paulina, pues la joven no daba motivo plausible para ello. No podía verdaderamente ir á contarle á sir Osvaldo que los ojos de Paulina estaban impregnados de ironía cuando la miraban, y que otras veces expresaban algo entre burla y desprecio. No podía quejarse del extraño poder que Paulina parecía ejercer sobre ella. Hubiera estado muy contenta cultivando la amistad de miss Darrell; no tenía la esperanza de vencer en una lucha; pero Paulina resistía toda insinuación. Lady Darrell tenía una extraña obsesión de terror, que la hacía buscar ansiosamente la conciliación.

Observaba lo enérgica y firme que era Paulina; no había debilidad ni cobardía en su carácter; y discurriendo esto, lady Darrell se preguntaba: «¿Cual será la venganza de Paulina?»

La cuestión se le iba haciendo más punzante cuanto más tiempo transcurría. ¿De qué manera sería su venganza? ¿Qué haría para obtenerla? ¿Cuándo la ejercería?

Entonces quiso reirse de sus temores. ¿Por qué había de temer las dramáticas y estériles amenazas de una jovey? ¿Podía arrebatarle á su marido? No; no había fuerzas humanas para ello. ¿Quería hacerla infeliz? No; tampoco eso estaba en su mano. ¿Privarla de sus riquezas, de su título, de su posición? Tampoco; era imposible. Lady Darrell probó á reirse, pero una mirada de aquellos ojos altaneros volvió á sumirla en su cobarde miedo.

Biblioteca Nacional de España

Hizo cuanto pudo por reconciliarse con ella. Siempre estaba llena de pequeñas complacencias y delicadas atenciones, que Paulina afectaba no ver ni oir. Apremiaba á sir Osvaldo para que la hiciese presente ó la manifestase la mayor indulgencia. Leonor era la dueña de la casa, pero concedía casi la misma libertad á la joven, la cual jamás le dió las gracias ni la pidió el menor favor.

Sir Osvaldo admiraba la gracia y dulzura de su mujer como jamás las había admirado en mujer alguna. Ciertamente contrastaba con la franca y casi ruda Paulina aquella preciosa, blanda, suave y cariñosa rubia. Observó los esfuerzos de Leonor para reconciliarse con Paulina y lo amable y bondadosa que era siempre con ella. Observó también que su sobrina no correspondía; no había depuesto la actitud orgullosa, dura, y desafiadora que adoptó desde el primer día.

Se dijo que quedaba una sola esperanza; el tiempo es gran modificador de cosas; la dulzura de su mujer vencería la dureza de la otra, y entonces serían buenas amigas.

Así se consoló, y por entonces cubrió la negra boca del abismo con un montón de flores.

Pasaron el otoño y el invierno con su inmutable curso, sucedió la primavera brillante y hermosa, y miss Hastings observaba á su pupila con ansiedad creciente. Paulina no hablaba nunca de su decepción; seguía invariablemente su método de vida, y su altivez persistía como en un principio; pero, con todo esto, la institutriz veía que aquel carácter y disposición iban á pasar á alguna parte que no podía sospechar. Miraba á Paulina con compasión. Si las circunstancias le hubieran sido propicias, si sir Osvaldo la hubiese comprendido, si hubiera sido más pacienzudo con ella, y hubiese esperado mayor desarrollo en sus conocimientos y experiencia, indudablemente hubiese visto el desarrollo de una noble y magnífica mujer, una de aque-

Biblioteca Nacional de España

llas grandes Darrell que habían pasado por la vetusta mansión. Pero sir Osvaldo no la había comprendido, no había tenido suficiente fuerza de voluntad para esperar el resultado de una paciente labor; había sido impetuoso é intolerante, y, como Paulina era tan altiva como él, la decepción había traído un gran cambio en ella. Y era más reconcentrado, porque no lo manifestaba.

La joven, alma noble, grande por naturaleza, sensible, digna é impulsiva, fijó su vida en una idea; su desengaño y la venganza, consecuencia de éste. Tantas como eran sus virtudes así eran sus faltas. Una negra obsesión la devoraba noche y día: la obsesión de su venganza.

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XXVII

DUDAS DE SIR OSVALDO

Cerraba aquel día primaveral. Lady Hampton que lo había pasado en Darrell Court y el general Deering, un antiguo amigo de sir Osvaldo, que había ido á visitarle con motivo de un casamiento, se quedaron á comer. Después de la comida y cuando los dorados rayos del sol inundaban la luz de la hermosa sala, el general rogó á sir Osvaldo que le enseñase su galería de pinturas.

—Tiene V. una hermosa colección,—dijo,—según opinión de todos; pero no son los cuadros lo que yo quiero ver únicamente, sino los retratos de los Darrell. Oí decir el otro día que los Darrell eran reputados como la raza más hermosa de Inglaterra.

El rostro claro y majestuoso del barón enrojeció un tanto.

Biblioteca Nacional de España

—Espero que Inglaterra nos apreciará por algo más útil que esa cualidad,—replicó con un dejo de altivez que hizo sonreir al general.

—Cierto,—dijo éste;—pero en estos tiempos, cuando se viene diciendo que las razas degeneran, ya es algo poseer la hermosura corporal.

La galería de retratos era bastante espaciosa; estaba ingeniosamente alumbrada, una rica alfombra cubría el suelo, valiosas estatuas se confundían con el blanco terciopelo de los tapices y las paredes estaban cubiertas de cuadros de inmenso valor intrínseco firmados por los más reputados autores. Pero el general Deering se fijó en uno del cual jamás pudo olvidarse.

Lady Hampton no era muy entusiasta por el arte, en el cual no podía granjearse ninguna utilidad. Nada había en él que excitase su avaricia, puesto que su última sobrina había ya casado, así es que la vieja lady no paraba su atención semejantes materias; reclinó su cabeza en una de las rinconeras y se permitió el lujo de una pequeña siesta.

El general se había detenido por un buen rato frente á una obra maestra del pincel de Horacio Vernet; le seducían las obras de este autor. Paulina se encontraba en el otro extremo de la galería, y lady Darrell, siempre ansiosa de conciliarse con ella, la había seguido. El cuadro que había chocado más al general era seguramente el de las dos mujeres, una al lado de la otra, lady Darrelll con el brillo del oro en sus cabello, el nacarado brillo de las perlas en su blanca garganta, la nitidez de su rostro colorado por las pálidas rosas de sus mejillas y su sencillo traje de seda blanca, tan graciosa, tan bien formada, parecía una figura viviente destacándose en el fondo de los tapices; Paulina semejante á una reina, con sus negras vestiduras, con su hermosa cabellera recogida hacia atrás, marco gracioso de un altivo rostro, con sus negros y gloriosos ojos,

Biblioteca Nacional de España

y sus ricos y sonrosados labios. Una era la imagen rubia, radiante y encantadora de una coqueta parisiense; la otra semejante á un modelo griego, soberbia, magnífica, regia, sencilla en su exquisita belleza... como si el arte y el adorno nada fuesen para ella.

—Mire usted,—dijo el general á sir Osvaldo,—ese cuadro sobrepuja á cuantos tiene usted en la galería.

Sir Osvaldo se inclinó.

—¡Qué hermosa es su sobrina de usted!—continuó el viejo soldado.—¡Cómo se parece á este retrato de lady Edelgith Darrell! Le suplico á usted que no me tenga por impertinente, pero no puedo imaginar, mi viejo amigo, como ha podido usted casarse, tan amante del celibato, cuando tenía usted una tan hermosa, tan Darrell para sucederle. Este pensamiento me preocupa ahora.

—Le faltaba mundo,—dijo sir Osvaldo.

—¡Mundo!—repitió el general desdeñosamente.—¿Qué es lo que quiere usted decir? Sin duda que no tendría la experiencia necesaria para desempeñar los mil artificiosos detalles de una gran comida... ó quizás no sabría sonreir en el momento de decir alguna falsa lisonja... ¡Mundo! ¡Cómo! esa joven que lleva en sí el sello de la grandeza; cuya noble alma se transpira en sus ojos, ¿á esa joven, digo, se le exige mundo? Tengo largos años de vida y no he visto criatura tan correcta.

—Tenía un extraño, desviado y poco real conocimiento del mundo, que me han obligado, esta es la verdad, á privarle de la pensión de Darrell Court.

—Espero que habrá usted obrado con acierto,—replicó el general,—pero como buen amigo y hombre sincero, le diré á usted que lo dudo mucho.

—Mi mujer, y estoy muy satisfecho en decirlo, tiene mucho sentido común,—observó sir Osvaldo.

—Su mujer de usted,—replicó el general posando su

Biblioteca Nacional de España

mirada en los dorados cabellos y en el resplandeciente traje,—es linda, graciosa y amable, pero esa joven es todo alma; hay tanta diferencia entre ellas, como entre una dalia amarilla y una rosa encarnada. La rosa, amigo mío, tenía su puesto en Darrell Court.

Y luego repentinamente:

—¿Y qué piensa usted hacer de ella, sir Osvaldo?

—He tomado mis providencias,—replicó éste.

—De manera que Darrell Court y todas sus rentas irán á su esposa.

—Sí...

—¿Incondicionalmente?

—¡Cierto!—replicó el baronet con impaciencia.

—Bien, amigo mío,—repuso el general.—En este mundo cada cual obra según le parece; pero no desherede usted á esta joven, cuyo rostro y espíritu son de una legítima Darrell, pues poner á una hermosa y amable rubia extraña en su lugar, sería, diciendo lo menos, excéntrico... la palabra es otra, pero la amistad tiene sus límites. Si yo tuviera cuarenta años menos, me casaría con ella si conseguía hacerme amar. Pero será preciso que nos reunamos con esas señoras... seguramente dirán que somos muy poco corteses.

—Dulces sonrisas, sin fondo, amables modales sin inteligencia, todas las cualidades de una parisiense de moda, han sido preferidos á esta noble, sincera y majestuosa criatura. Verdaderamente no puede ser la diferencia más notable, – pensó el general, contemplando á las dos mujeres y deplorando la locura de su amigo.

Dejó á sir Osvaldo en un estado de gran perplejidad.—El baronet amaba á su mujer y la amaba con cierta fatuidad que hacía más honor á su corazón que á sus años... pero siempre había encontrado alivio en los juicios de su amigo el general. Sintió entonces no haberle consultado para el acto más culminante de su vida.

Biblioteca Nacional de España

Jamás había comprendido que la mujer más astuta del mundo, lady Hampton, tenía una secreta influencia sobre él. Imaginaba que había obrado plenamente con claro juicio y ahora por la primera vez le asaltaba una duda.

—Te veo ansioso, Osvaldo,—dijo lady Darrell después que hubo posado sus frescos, dulces y juveniles labios sobre la anchurosa frente de tu marido.—¿Has tenido algún disgusto?

—No, querida mía,—replicó el baronet.—Sólo que no me encuentro del todo bien. Tengo una extraña sensación que me corre la cabeza todo el día. Una especie de embotamiento... pero que seguramente pasará en cuanto descanse.

—Sería mejor,—observó Leonor dulcemente,—que llamásemos al doctor Helmstone. Así me tranquilizaría.

—Eres muy buena para mí,— respondió el baronet con gratitud.

Pero toda la intranquilidad de lady Darrell no la privó de arreglarse el blanco lazo que sujetaba su cintura ni de abismarse en la lectura del tercer tomo de una obra que le interesaba, en cuanto al anciano baronet, desapareció por una de las veredas del jardín.

Los rayos del sol tendían á desaparecer; ahora alumbraban oblicuamente las sumidades de los árboles y de las flores y reflejaban pálidamente en las superficies del lago y fuentes inmediatas.

Sir Osvaldo se sentó en un banco enfrente de la líquida superficie.

¿Había obrado injustamente? ¿Había incurrido en una estúpida equivocación... la cual no podía deshacer? ¿Sería Paulina verdaderamente, la noble, grande y regia joven que un amigo le había señalado? ¿Hubiera sido una dueña conveniente para Darrell Court, ó había hecho bien en procurarle aquella rubia, sumisa y amable criatura que era hoy su esposa amada? ¿Qué haría ésta de Darrell Court, en cuanto fuese propiedad suya?

Biblioteca Nacional de España

Su hermoso sueño de tener un hijo que le sucediese era casi irrealizable; pero había realizado su deseo, y Darrell Court era de su mujer.

Contempló la casa que amaba tanto. ¡Ah! ¡Cruel destino! ¡Si al menos desapareciese con él, ó pudiese llevarla con él á otro mundo mejor! Pero cuando la muerte viene hay que dejarlo todo.

Así pensaba el baronet con los ojos cuajados de lágrimas y entonces vió á Paulina que iba hacia él con el altivo y hermoso rostro lleno de ternura y sus negros ojos brillantes de ansiedad. Aproximóse á él con más afección que lo hiciera en toda su vida y se sentó á su lado oobre el césped.

—Tío,—dijo con voz suave,—me parece usted enfermo; ¿tiene usted algo?

El baronet tendió sus manos hacia ella; al sonido de aquella voz, pareció que todo su corazón se iba con aquella hermosa hija de su raza...

—Paulina,—dijo con triste y fatigada voz,—estaba pensando en tí... me preocupaba lo tuyo. ¿Habré sido... dime, habré sido injusto contigo?

Una franca expresión cruzó por la noble faz de Paulina.

—¿Se refiere usted á Darrell Court?—preguntó.—Si usted lo ha hecho ha sido injusto. Usted tiene confianza conmigo. Conozco que tengo muchos defectos, pero soy una legítima Darrell. Siempre he tenido fe en mi derecho.

—No he pensado así, Paulina,—replicó el baronet débilmente,—é imaginaba obrar bien.

—Comprendo lo que usted dice; estoy segura de que lo comprendo,—respondió Paulina ansiosamente.—Nunca he pensado de otra manera, jamás lo he dudado, tío. Comprendo todo cuanto ha pasado por usted. Usted es un Darrell, honrado, leal y sincero. No ha comprendido que ninguna cosa pudiera estar fuera de su sitio, y de aquí el que mi carácter le haya parecido tan extraño.

Biblioteca Nacional de España

Sir Osvaldo la miraba con una inusitada y ansiosa expresión en su rostro; los ojos de la joven, llenos de simpatía, estaban fijos en él.

—Paulina,—murmuró con voz débil,—si he sido injusto, y temo que sí, ¿tú me perdonarás, hija mía?

Por la primera vez el baronet la estrechó entre sus brazos; por la primera vez Paulina besó la frente de su tío.

Paulina oyó que el anciano murmuraba imperceptiblemente: Una hija legítima... la última de los Darrell. Y cuando levantó los ojos se encontró con que sir Osvaldo había caído presa de un súbito y mortal desmayo.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXVIII

LECTURA DEL TESTAMENTO

El auxilio vino prontamente y sir Osvaldo fué transportado á su habitación; el doctor Helmstone fué llamado, y cuando llegó toda la casa era confusión. Lady Darrell juntó sus manos con el más gracioso dolor.

—Ahora, Leonor,—dijo lady Hampton,—te ruego que no te abandones de este modo. Ha sido una fortuna que yo me encontrase aquí. Permíteme que te recuerde que, suceda lo que quiera, quedas divinamente provista; sir Osvaldo me lo ha dicho muchas veces. Es necesario que no te excites de esa manera.

Cuando lady Darrell, con unas cuantas lindas exclamaciones y un precioso aspecto de dolor, se atraía las simpatías de todos, Paulina andaba por allí con una inmóvil y fría fisonomía, la cual no podía comprenderse sino cono-

Biblioteca Nacional de España

ciendo su naturaleza. Parecía increíble para la joven que algo inesperado pudiera ocurrir á su tío. Sólo había pedido su cariño: aquella mañana se habían aproximado aquellos dos altivos corazones después de tanto tiempo de divorcio; el hielo quedó roto; cada uno de ellos había apreciado plenamente el carácter real del otro... una apreciación, que esta vez hubiera desarrollado en ellos un cariño perfecto. Parecíale verdaderamente imposible que cuando su tío había empezado á quererla,—y esto con un pronto y genuíno sentimiento,—le fuera preciso morir y esto fué lo que sucedió. Cuidados, solicitud, talento, todo fué en vano; era preciso morir. Renombrados médicos celebraron detenidas consultas acerca del estado del enfermo, y convinieron en que el caso era desesperado. La dolencia era aguda y casi mortal... una violenta inflamación de los pulmones. Nadie esperaba tan repentino accidente. Sir Osvaldo se había quejado durante el día, pero nadie pudo figurarse que la dolencia tuviese tan serias consecuencias.

Lady Hampton hizo frecuentemente la observación de la feliz casualidad que había hecho que ella estuviese allí. A los que lo preguntaban como estaba su sobrina, respondía: «La pobre lady Darrell está afrentadísima é inconsolable», y con la ayuda de unos parrafillos patéticos, el frecuente uso de su frasco de vinagrillo, y algunas discretas lágrimas, la vieja lady pagaba su tributo al mundo.

Lo extraño de ver era que la que sentía un verdadero disgusto, una mortal amargura y una pena inmensa, era la sobrina, en la cual sir Osvaldo había encontrado continuamente defectos, y á la cual había desheredado. Estaba al lado del enfermo con una expresión de dolor en el rostro, más elocuente que todas las palabras. Lady Hampton dijo que todo aquello era fingido; pero lady Darrell no era persona que fingiese un sentimiento, no teniéndolo.

El baronet murió después de una semana de enfermedad, durante la cual no recobró el sentido de la palabra

Biblioteca Nacional de España

ni pudo hacerse comprender. Todos comprendían que el moribundo deseaba decir algo... algo que no podía expresar á pesar de sus esfuerzos. Cuando Paulina estaba en el salón-dormitorio, los ojos del baronet la seguían con una pensativa, compasiva, triste mirada; evidentemente quería decirla algo, pero no podía.

Con este secreto en la mente murió el anciano, y nadie pudo sospecharlo. Unicamente Paulina sospechó lo que podía ser: preguntarla si le perdonaba su injusticia.

Darrell Court se sumió en hondo luto; los criados estaban tristes y sombríos. Habían perdido el más bondadoso y noble de los amos: ¿qué podrían decir acerca del nuevo *régimen*? Lady Hampton tomó acto continuo las riendas del poder, y se encargó de todos los preparativos del entierro y del luto, mientras lady Darrell explayaba su dolor en un rincón de su gabinete.

Una hermosa mañana de primavera, cuando las campánulas se mecían en sus tallos á impulsos de la brisa, y el espino albar embalsamaba las laderas, cuando los pájaros gorjeaban y el sol resplandecía, sir Osvaldo fué enterrado y el secreto que quería manifestar, bajó con él á la tumba.

Por sugestión de lady Darrell, el capitán Langton llegó para acompañar al entierro. Fué una grande y majestuosa ceremonia. Todo lo selecto de la comarca, todos los habitantes de Audleigh Royal, todos cuantos conocieron á sir Osvaldo, formaron parte del cortejo fúnebre.

—¿Era el último de los Darrell?—se preguntaban unos á otros; y muchos miraban á la bella joven de ojos negros que llevaba aquel apellido, pensando si había dejado su patrimonio á su sobrina ó á su esposa.

Terminada la triste ceremonia la comitiva regresó á Darrell Court. Como lady Hampton decía, fué un verdadero alivio el abrir las ventanas dejando pasar los dorados rayos del sol, que disipaba la pesada obscuridad y daban vida á las fúnebres habitaciones.

Biblioteca Nacional de España

Cada cual estaba satisfecho de su comportamiento... jamás se había conocido entierro semejante. Lady Hampton pensó que cualquier respeto daba honor al muerto y á los vivos.

—Ahora,—observó sabiamente,—no hay nada que hacer ya, salvo el pasarlo del mejor modo posible.

Entonces, después de una solemne y triste comida, los amigos é invitados dejaron la casa, y la más engorrosa y delicada de todas las ceremonias se impuso... la lectura del testamento.

Mr. Ramsdem, el abogado de la familia, ocupaba la presidencia. El capitán Langton, lady Darrell, lady Hampton y mis Darrell; estaban sentados alrededor suyo. Una ó dos veces lady Hampton miró con una sonrisa de maliciosa satisfacción el rostro orgullosa y tranquilo de Paulina. Esta no veía allí nada que fuese en beneficio suyo... Ninguna reina ha asistido á su destronamiento con más orgullo ni mayor altivez. Entre los colonos y sirvientes que estaban en aquella casa desde su juventud no había uno que no hiciese votos porque su difunto amo hubiera testado á favor de Paulina.

Lady Darrell, envuelta en negras tocas, estaba sentado en una muelle butaca, teniendo á su tía al lado. Estaba extremadamente delicada y sensible con su dulce luto.

Paulina, que evidentemente pensaba que la ceremonia le afectaba poco, permanecía cerca de la mesa. Rehusó con un gesto la silla que el capitán Langton le ofreciera. Su tío había muerto; lo sentía con verdadera, no fingida y sincera pena; pero la lectura de su testamento de seguro no rezaba con ella. No presentaba la menor sombra de desagrado en su rostro, ni dió la menor señal de contrariedad.

Lady Darrell no estaba tan tranquila; alguna cosa la daba sierto desasosiego. Se llevó el pañuelo al rostro para disimular el temblor de sus labios.

Biblioteca Nacional de España

Mr. Ramsdem leyó el testamento y su contenido no causó muchas sorpresas. La más importante fué un legado al capitán Langton por diez mil libras esterlinas. A Paulina dejaba una pensión de quinientas libras anuales, con la adición de que podía vivir en Darrell Court hasta su muerte ó hasta que contrajese matrimonio. Algunas mandas á los criados. A su bien amada esposa Leonor, dejaba todo lo demás... Darrell Court con sus ricas dependencias y regias rentas, sus posesiones de Escocia, y todas las joyas, obras de arte, metálico, etc... todo, en suma, sin restrición de ninguna clase.

Y en un codicilo legaba á miss Hastings cien libras por año y la suplicaba permaneciese en Darrell Court como compañera de lady Darrell y de su sobrina.

Entonces el abogado recogió los pergaminos y la ceremonia terminó.

—¡Un testamento muy digno,—dijo lady Hampton,—y que honra al pobre sir Osvaldo!

Todos felicitaron á la viuda; pero el capitán Langton olvidó este deber... admiraba la serenidad de Paulina, y su indiferente salida del salón.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXIX

EN ESPERA DE LA VENGANZA

Había una pequeña, pero sólo muy pequeña diferencia de opinión entre lady Darrell y su tía respecto al testamento de sir Osvaldo. Lady Hampton tenía ansia de abandonar los Olmos y vivir en Darrell Court.

—El testamento de sir Osvaldo es justísimo,—decía la vieja lady,—y admirable por todos conceptos; pero yo, en su lugar, jamás hubiese puesto la condición de que esa orgullosa joven viviese aquí. Obliguémosla á que se vaya. Vendrá á vivir contigo. Me parece que será mejor compañera que esa pobre y marchita miss Hastings.

Pero lady Darrell había gustado las dulzuras del poder, y sabía que su dominadora tía procuraría absorberlo todo.

Así, dec'aró su intención de respetar el testamento en todos sus extremos.

Biblioteca Nacional de España

—Y, tía,—continuó, con una firmeza inusitada,—será mucho mejor, en mi criterio, que continúe usted viviendo en los Osmol. La gente haría extraños comentarios si viniese usted á vivir conmigo.

Lady Hampton era lo bastante lista para comprender que la decisión de su sobrina era irrevocable.

El capitán Langton solamente pasaría dos días en Darrell Court y lady Darrell estaba ansiosa por hablar con él algún rato.

—El capitán, que es muy simpático, tía,—dijo,—me distrae.

Lady Hampton recordó que había hablado de él antes, y no era su intención que su bellísima sobrina, llegase, con una colosal fortuna, á las manos de Aubrey Langton.

—Seguramente volverá á casarse,—pensó la lady—y, en la situación en que se encuentra, debe hacerlo con un duque, cuando menos.

Y amonestó á su sobrina, invocando las leyes de la conveniencia, las cuales quedaban infringidas desde el momento en que una viuda joven entretenía su luto con un militar joven y guapo.

—No veo que el hecho de ser guapo constituya ninguna diferencia, tía,—observó lady Darrell; pero, si V. cree que es necesario que yo permanezca encerrada en mis habitaciones, mientras el capitán esté aquí, permaneceré, aun cuando me parece difícil.

—Las apariencias son el todo,—observó lady Hampton; —y debes tener cuidado al principio.

—¿Debo dejar que dedique á Paulina todas sus atenciones?—preguntó Leonor secamente.

—Jamás les he visto cambiar sino unas pocas palabras... verdaderamente esta circunstancia me ha intrigado. Observo que él la mira con tanto amor unas veces, como otras con odio. En cuanto á miss Darrell, siempre le trata con la más completa indiferencia.

Biblioteca Nacional de España

—Presumo que Paulina le gustaba al capitán,—dijo lady Darrell.

—Le gustaba la heredera de Darrell Court,—replicó lady Hampton. —El amor se fué cuando la fortuna, puedes estar segura de ello.

Lady Darrell quiso contemporizar con el mundo, é hizo el sacrificio de encerrarse en sus habitaciones mientras el capitán Langton permaneció en su casa.

Lady Hampton no era la única persona intrigada por el proceder de Paulina con el capitán. Miss Hastings, que conocía á su pupila mejor que nadie, no sabía á qué atenerse. Había algo de tranquilo é inefable en su manera de tratarlo. El parecía no provocarla, y ella, á su vez, tampoco dejaba entrever en sus palabras ninguna expresión de sarcasmo. Parecía como si no existiese para ella; no había cosa que le pareciese más ignorada y el capitán Langton parecía darse cuenta de este hecho. Si alguna pequeña atención recibía de manos de Aubrey le demostraba su agradecimiento, pero de tal modo, que semejaba haber quedado más satisfecha sin tener que agradecérselo.

La mañana de su partida, lady Hampton fué á despedirle; representando á lady Darrell, para evitar el caso de que ésta no fuese bastante fuerte.

—Tengo un verdadero sentimiento,—dijo el capitán—aunque, por lo demás, bajo el peso de las circunstancias, el sentimiento se aminoraría con la presencia de lady Darrell. Quizás V. me hará el favor de decirla que en el próximo otoño, con su venia, tengo la esperanza de venir á visitarla.

Lady Hampton se prometió á sí misma no trasmitir semejante mensaje. La esperanza más querida de su corazón era impedir que el capitán volviese á ver á su sobrina jamás. Pero pensó una discreta réplica y preguntó:

—¿Ha visto V. á miss Darrell? ¿Se ha despedido V. de ella?

Biblioteca Nacional de España

Aubrey Langton la miró ligeramente confuso.

—No la he visto hoy, —replicó.

En los labios de lady Hampton se dibujó una graciosa sonrisa.

—Enviaré por ella—dijo; en respuesta á su llamamiento entró un criado, y le dijo que rogase á miss Darrell tuviese la bondad de llegarse al despacho. No hubo manera de evadir el compromiso y el capitán hizo buena cara maldiciendo para sus adentros á la diabólica vieja.

Paulina entró con su altiva gracia, natural en ella; sus negros ojos no se dirigieron una sola vez al capitán; pasearon su mirada en torno de la sala.

—¿Me ha llamado V., lady Hampton?—preguntó con cortesía glacial.

—Sí... es decir, el capitán Langton quería decirla adiós; deja hoy á Darrell Court.

La joven oyó con esto la mayor indiferencia. Lady Hampton abrió sus ojillos de par en par para no perder un detalle.

El capitán dominó su embarazo lo mejor que pudo, y fué hacia la joven extendiendo las manos:

—Adiós, miss Darrell,—dijo.—Esta ocasión ha sido para V. de verdadera prueba y le acompaño sinceramente en su pena. Espero que al otoño, cuando vuelva, la encontraré más feliz y más animada.

Lady Hampton declaró para su fuero interno que aquella era una de las escenas más preciosas que había presenciado. Paulina miró al capitán con su clara, sincera y terrible mirada.

—Adiós,—dijo con gravedad; —y luego, sin estrechar la mano que le ofrecían salió altivamente del salón.

Lady Hampton no pudo disimular la alegría que le causaba la desairada situación del capitán.

—Miss Darrell es muy orgullosa, —dijo sonriendo para atenuar su confusión.—Es preciso que sea yo bien infortunado para haberle desagradado de tal modo.

Biblioteca Nacional de España

Pero lady Hampton se percató de aquella confusión y en su mente se forjó el pensamiento de que había alguna cosa entre aquellos dos seres... ¿Cómo podía él amarla y odiarla á un tiempo? Porque ambas cosas existían. ¿Cómo era posible que la joven pudiese tratarle con tan soberana indiferencia y desprecio?

—Esto no es natural,—se dijo.—Las jóvenes por regla general admiran, digo mal, tienen un interés no común por los militares. ¿Qué razón puede tener esa muchacha para tener con Langton semejante altivez?

¡Qué poco pensaba ella en la tempestad de rabia, de pasión, de amargura, de amor, de furia que se agitaba en el alma del capitán!

Tenía ahora una fortuna de diez mil libras esterlinas, pero significaban lo que una gota en el Océano para él. Si él hubiese tenido esas diez mil libras por año, se hubiese conceptuado feliz. Diez mil libras le habían sido suficiente, verdad es, para pagar todas las deudas que tenía por el mundo y aún le sobraría lo suficiente para pasar dos ó tres años de su acostumbrada vida. Pero tres años.

¡Y si aquella orgullosa y caprichosa joven hubiera querido casarse con él, Darrell Court y sus cuantiosas rentas le hubieran permitido la realización de sus sueños.

Lady Hampton no pudo reprimir algunas observaciones que dirigió á Paulina á las pocas horas que el capitán dejó Darrell Court.

—Ha sido el capitán Langton tan infortunado que haya podido ofender á V., miss Darrell? He observado que la despedida de Vds. ha sido bastante fría.

—¿Por qué? Jamás he podido seguir la práctica de entristecerme sin sentir realmente ninguna pena.

—Quizás; pero me extraña que no se finja un poco de sentimiento al despedir á semejante huésped.

A esta observación no se dignó Paulina contestar sino

Biblioteca Nacional de España

con una mirada de tedio que no fué perdida para lady Hampton.

. . . . . .

—Paulina—dijo miss Hastings una mañana—supongo que no está V. compelida por el testamento de sir Osvaldo á vivir forzosamente en Darrell Court. Por él, tiene usted la libertad de residir donde le plazca.

El hermoso é inquieto rostro de la joven se volvió hacia ella.

—No hubiera salido de Darrell Court aun con expreso mandato de mi tío,—replicó.

—¿Por qué? No veo nada que la detenga á V. aquí.

—Espero—dijo la joven luciendo en sus ojos un resplandor sombrío.—¡Espero aquí mi venganza!

—¡Oh Paulina!—exclamó miss Hastings realmente apenada.—Es preciso, querida mía, que olvide V. semejantes pensamientos. Me aterra el oir tales palabras de su boca.

Paulina sonrió mirando á la institutriz, pero había algo de terrible en aquella sonrisa.

—¿Qué creía V. que hacía yo aquí?... ¿Qué esperaba yo aquí? Nada más que la venganza que me he prometido á mí misma... Y la venganza vendrá.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXX

¿AYUDARÁ EL DESTINO Á PAULINA?

Seis meses han pasado desde la muerte de sir Osvaldo y su viuda había abandonado las sombrías tocas de luto. Seis meses de aislamiento, según su criterio, eran un hermoso tributo pagado á las bondades y amor de un marido. Hallábase en un estado de serenidad y perfecta satisfacción de sí misma... Todo le había ido perfectamente. La gente la admiraba por el respeto que había guardado á la memoria del difunto baronet. Sabía que á los ojos del mundo era intachable. Y ahora le parecía á lady Darrell que había llegado realmente el tiempo de darse goce á sí misma y cobrar el precio de su sacrificio.

La neutralidad armada entre Paulina y ella continuaba. Cada cual seguía su camino... siendo los intereses de ambas muy diferentes. Lady Darrell casi prefería que Paulí-

Biblioteca Nacional de España

na viviese en Darrell Court. Figurábase que mientras la tuviese á su lado la joven no podría urdir ningún preparativo de venganza sin que ella lo observase. Durante el tiempo del luto se pasaban los días sin verse, pero ahora en que las circunstancias permitían un poco más de expansión en la casa, las dos mujeres necesariamente tendrían mayor comunicación.

Lady Darrell era una amable mujer. Verdad es que tenía un reducido talento, capaz sólo de crear mezquinas ideas. Le hubiera gustado ser lo que ella llamaba «ser corriente» con Paulina... vivir fraternalmente con ella... gastar las horas enteras discutiendo trajes, adornos y modas... tener siempre una compañera á mano con quien charlar y distraerse. Ella á su vez hubiese sido altamente generosa, hubiese regalado ricos trajes y valiosas joyas á semejante amiga; hubiese procurado su bienestar y su dicha, pero la esperanza de encontrar una compañera de esta clase en Paulina, era como esperar que las plantas silvestres de las colinas produjesen rosas encarnadas ó cándidos lirios. El tacto y conocimiento de mundo de lady Darrell era casi perfecto, pero, sin embargo, jamás la revelaron la inmensidad de una noble naturaleza tal como la de Paulina. Más pronto hubiera sondeado la profundidad del Atlántico, que la que había en el corazón y el alma de la joven; estos siempre había sido letra muerta para ella... misterios que no podía resolver. Una mañana el impulso fué más fuerte que de costumbre, impulso de ver á Paulina, y hablarla amistosamente; pero cuando llegó al gabinete de estudio, le faltó el valor, y se volvió repentinamente, pensando que ir á proponerle á Paulina una discusión de modas ú otra parecida, no merecería los honores de la réplica.

Poco á poco lady Darrell fué ocupando su sitio en el mundo; era demasiado prudente y cauta para hacerlo de golpe. La gradación fué casi imperceptible; aun lady

Biblioteca Nacional de España

Hampton, el más enfadoso de los críticos, se vió obligada á reconocer que la conducta de su sobrina era altamente sabia. Las gradaciones en el espíritu de lady Darrell estaban reguladas como las gradaciones del color de sus vestidos; con obscuras telas y cabos negros fué aclarando su dolor, hasta que el obscuro fué tirando á claro, á medida de su corazón. El día que se puso un vestido de brocado y plata, blanco como la nieve, rió con risa clara, como una cascada que se despeña, y el luto terminó.

Se anunciaban visitas á Darrell Court, pero lady Darrell ejercía una gran selección. Sus invitaciones fueron primeramente dirigidas á señoras de edad madura. «No pensaba—dijo—de conformidad con los hombres todavía.»

Hubo un coro general de admiraciones ante tanta delicadeza. Los hombres de edad, esposos de las señoras respetables, fueron admitidos; y, pasado algún tiempo, un tropel de galanteadores apareció en la casa, y entonces el reinado de lady Darrell comenzó verdaderamente.

Entre aquellas admiradas matronas, entusiastas caballeros, ardientes amadores y aduladores amigos, lady Darrell permaneció encerrada en la más previsora prudencia. Si desestimaba las pretensiones de los enamorados, sólo se conocía en la expresión de su rostro, pues jamás lo dijo.

Otra prueba de sagacidad de «aquella querida y dulce lady Darrell» era el querer vivir en paz con la orgullosa, brusca y desagradable sobrina de sir Osvaldo. Nadie sospechaba que la suave, dulce y graciosa dueña de Darrell Court temiese á aquella joven, cuya herencia había pasado entera á sus manos.

—Paulina,—dijo miss Hastings un día.—Deseo que usted misma se vaya habituando á la idea de dejar á Darrell Court, no tengo motivos para decir esto; pero tarde ó temprano lady Darrell se volverá á casar.

Biblioteca Nacional de España

—Eso creo,—replicó la joven.—¡Pobre sir Osvaldo! ¡Su casa en poder de extraños y su nombre extinguido! ¡Qué poco pensaba él esto cuando se casó!

—De todas maneras, Darrell Court no será para usted buena residencia entonces,—continuó miss Hastings.

Paulina levantó la mano con solemne expresión.

—Ni una palabra más sobre el asunto, miss Hastings; no puedo escucharla. Así como los criminales eran llevados al tormento, atados á la rueda y encadenados al poste, así estoy yo encadenada aquí, esperando mi venganza.

—¡Oh Paulina! ¡Si quisiese V. abandonar tan extraño pensamiento! Ese deseo de venganza en su corazón es como abejorro inmundo en una flor hermosa.

El precioso rostro, con viva expresión de reto, se volvió hacia la institutriz.

—No intente V. disuadirme,—dijo;—sus amonestaciones son inútiles, y no quiero que se tome V. esa pena. Advertí á lady Darrell antes de que se vendiese al dinero de mi tío. Persistió en su resolución. Deje que sufra las consecuencias... que pague la pena. Si ella hubiese obrado como una mujer sincera... si hubiese rehusado, como era debido... mi tío hubiese tenido tiempo de reflexionar, no me hubiese desheredado en su enojo y Darrell Court hubiese ido á un Darrell como era de razón y justicia.

—¡Si V. pudiese olvidar el pasado Paulina!

—No puedo... Es parte de mi vida ahora. Yo veía dos vidas delante de mí... una grande, noble y dulce por el solo hecho un uso digno; la otra, obscurecida por el rencor y las sombras de la venganza. Usted no ignora que todo sér vive con la ilusión de una hermosa esperanza... para el cumplimiento de un deseo... para el logro de mayor felicidad... así espero yo mi venganza. Los Darrell no tienen términos medios; no somos moderados. Mi corazón, mi alma, mi vida... cuanto soy, todos mis impulsos... están reconcentrados en ese pensamiento.

Biblioteca Nacional de España

Aun cuando las frases que pronunciaba eran tan terribles, tan amargas, no había ninguna vindicativa ni maligna expresión en su bello rostro; únicamente en sus ojos brillaba una extraña luz; aún cuando su decisión fuese errónea, Paulina evidentemente creía obrar con estricta justicia.

Miss Hastings se la quedó mirando.

—Pero Paulina—dijo gravemente—¿cómo se constituye usted en juez de lady Darrell?

—Con mi derecho—replicó la joven.—Y ahora que habla V. de justicia.. ¿era justo el asunto? Mi tío se irritó conmigo por que no quise casarme con un hombre á quien detesto y desprecio; en su despecho pensó casarse para castigarme. Pidió la mano de Leonor Rocheford, y ésta, sin ningún amor, aceptó el matrimonio con él. La busqué y la dije que no interpusiese entre mi herencia y yo. La dije que en caso contrario me vengaría. Se rió de mis amenazas, se casó con mi tío y perdí mi herencia. Ahora, nada tengo y ella lo posee todo... esto es, una Darrell ve en manos de una extraña su casa y su fortuna. Esto no es justo y yo pienso hacer justicia.

—Pero; Paulina,—opuso miss Hastings,—si lady Darrell no hubiese aceptado otra cualquiera lo hubiese hecho.

—¿Son pues comunes semejantes mujeres?—exclamó apasionada.—Sabía bastantes vilezas de su mundo, pero ignoraba ésta. Esas mujeres tienen dulce voz, su rostro es hermoso, sus cabellos de oro, sus manos blancas y suaves, y sus modales acariciadores y amables... pero tienen el alma sórdida y no retroceden ante un matrimonio repugnante, mediando el dinero. Algo me dice que la venganza que proyecto no es muy remota.

Miss Hastings cruzó sus manos en silencioso desaliento.

—¡Oh Paulina! ¡Pida V. algo que la redima... algo que emancipe su alma, sumida hoy en el pecado!

Biblioteca Nacional de España

—No conozco ninguna humana influencia que pueda redimirme como V. dice. Conozco sí, que lo que hago es malo. No pienso haber transformado un vicio en una virtud, para ocultármelo á mí mismo. Sé que muchas personas se sobrepondrían á su obsesión, y perdonarían la ofensa. Yo no puedo... no quiero. No hay humana influencia que pueda redimirme, porque se estrellaría contra mi firme voluntad.

La institutriz casi desesperó de convencer á la joven. ¿Qué podía emprender para contrastar aquella ardiente naturaleza que apreciaba su mal proceder y que sin embargo, por esfuerzo de su voluntad perseveraba en él?

Miss Hastings permaneció en silencio algunos minutos y entonces levantó sus ojos hacia la joven.

—¿Y qué forma de venganza quiere usted ejercer, Paulina?—preguntóla con calma.

—No lo sé. El azar se encargará de ayudarme; ya me llegará una oportunidad.

—La venganza es ciertamente una retumbante palabra, —observó la institutriz,—pero la cosa en sí misma suele revestir las formas más vulgares. Usted no desdeñará seguramente al vulgar asesinato por medio del hierro, ni al cobarde empleo del veneno.

—No,—replicó Paulina con desprecio,—esas son estúpidas venganzas. Quiero hacerla tan infeliz como ella me ha hecho á mí... quiero que desaparezca toda la paz de su corazón... la heriré como ella me ha herido á mí.

¿Entónces no tiene usted un plan definitivo?

El destino la pondrá en mis manos cuando llegue la hora,—replicó Paulina.

Mis Hastings no pudo conseguir que su pupila fuese más explícita.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXXI

EL DESTINO FAVORECE Á PAULINA

Otoño con sus dorados granos, sus ricos frutos y su espléndido follaje, había pasado; luego, Navidad cubrió de suave y blanca nieve los campos; y todavía el capitán Langton no había pagado su prometida visita á Darrell-Court. Envió numerosas tarjetas, cartas, libros y música, pero él permanecía invisible. Una vez más apareció la primavera con sus flores; sir Osvaldo dormía el sueño de la muerte hacía ya veinte meses, en el frío y silencioso panteón de sus abuelos.

Cumplido el año de luto, del placentero rostro de lady Darrell desapareció todo signo de tristeza... El último vestigio de tela obscura y de cinta negra desapareció asimismo de sus trajes; y entonces entró de lleno en el mundo con toda la gracia y delicado encanto de su juvenil belleza.

Biblioteca Nacional de España

¿Cómo enumerar sus enamorados ni contar sus admiradores? Viejos y jóvenes, pares y comunes, no había uno que no intentase conquistar el corazón de aquella linda y riquísima viuda.

Lady Hampton favoreció inmediatamente á lord Aynsley, uno de los más acaudalados pares de Inglaterra. Había éste conocido á lady Darrell con motivo de una visita á los Olmos y quedó enamoradísimo acto seguido. Tan joven, hermosa, llena de dotes, en posesión de cualquier arte ó adorno, y, sin embargo, tan graciosa, amable... Lord Aynsley pensó que no podría encontrarse nunca mujer parecida.

Milady estaba loca de satisfacción.

—Pienso, Leonor,—la dijo,—que eres una de las mujeres más afortunadas de la tierra. Tienes la probabilidad ahora de hacer un nuevo y más brillante matrimonio. Has nacido indudablemente bajo la mejor estrella.

Lady Darrell sonrió con su suave y graciosa sonrisa.

—Y yo, tía, -replicó,—pienso que la primera vez me casé como usted quiso, pero ahora me casaré con quien me indique mi corazón.

—Ciertamente,—replicó lady Hampton un poco desconcertada;—pero recuerda lo que te he dicho siempre: el sentimiento lo malogra todo.

Y mientras hablaba así, se aparecía en su mente el rostro del hermoso capitán Langton. Rogaba mentalmente al cielo que Aubrey no apareciese por Darrell Court hasta que lord Aynsley no se declarase y fuese aceptado.

Pero la suerte lo dispuso de otro modo.

El siguiente día lady Darrell recibió una carta del capitán, diciendo que, como se aproximaba el verano, le parecía buena ocasión para pagar su prometida visita. Esperaba llegar á Darrell Court el siguiente jueves por la mañana.

El rostro de Leonor se encendió al leer la carta. Iba á

Biblioteca Nacional de España

venir... el hombre que consideraba sobre todos, y había cautivado sus pensamientos... el hombre que, con toda su voluntad, hubiese tomado ella por esposo sin pensar en el interés, si él hubiese querido. Iba á venir, y la vería en toda la gloria de su prosperidad. De seguro que se volvería loco de amor por ella; y ella... bien, no era la primera vez que su corazón había latido por él y le amaría también. Estaba tan excitada por la placentera noticia que olvidó la prudencia. Necesitaba decírselo á alguien... contarle á alguien que él venía.

Fuese al estudio, en el cual miss Hastings y Paulina estaban ocupadas preparando unos colores á la aguada. Llevaba la carta en la mano.

—Miss Hastings,—dijo,—le traigo noticias. Sé que todo lo que tenía interés para sir Osvaldo lo tiene para usted Paulina; á usted también le complacerá el asunto, pues se trata de la próxima llegada del capitán Langton. Sir Osvaldo lo amaba paternalmente.

Demasiado lo sabía Paulina, y no lo olvidaba.

—Estaré sumamente satisfecha — continuó lady Darrell —si, sin molestarla en sus ocupaciones, quiere usted ayudarme á hacerle agradable su estancia aquí.

Miss Hasting la miró con una sonrisa de asentimiento.

—En cualquier cosa que pueda serla útil,—dijo,—procuraré complacerla; pero temo que no seré bastante hábil para complacer á un guapo y joven oficial como es mister Langton.

Lady Darrell sonrió agradecida.

—Tiene usted razón,—dijo; —es muy guapo. No recuerdo haber visto otro hombre que le iguale.

Entonces se detuvo bruscamente, pues notó en los labios de Paulina una sardónica sonrisa... los negros ojos se fijaban retadores en ella. Lady Darrell enrojeció como una amapola, y la sonrisa se borró en los labios de Paulina.

—¿Y usted, Paulina,—inquirió lady Darrell, con su mo-

Biblioteca Nacional de España

do más cariñoso,—no me ayudará en los honores á nuestra visita?

—Perdóneme usted; pero me veo obligada á declinar ese placer,—contestó la joven.

—¡Cómo! ¿Yo que creía que usted y el capitán eran grandes amigos?—exclamó lady Darrell.

—No soy responsable de sus pensamientos, lady Darrell.

—¡Pero usted... usted que canta tan bien! ¡Oh Paulina.. es preciso que me ayude usted!—insistió lady Darrell.

Se aproximó á la joven y ya iba á ponerle una mano en el hombro, pero Paulina se esquivó con un gesto significativo.

—Le ruego que crea, lady Darrell,—dijo,—que todo su arte y su persuasión son tiempo perdido para mí. No me ocuparé para nada de su huésped y le evitaré cuanto me sea posible.

Lady Darrell se tornó pálida y un escalofrío corrió su cuerpo.

—¿Cómo puede usted hablar así, Paulina? Es preciso que tenga usted alguna razón para ello. ¡Dígame usted que es esto!

Y jamás lady Darrell hablado con mayor pasión.

—Perdóneme usted si me reservo la causa,—dijo Paulina.—La sabiduría es sobria de palabras.

Entonces miss Hastings, siempre ansiosa por conciliar todas las asperezas, dijo:

—No se aflija usted, lady Darrell; muchos de los disgustos que tuvo Paulina con sir Osvaldo los debió al capitán Langton. Quizás este hecho puede haber afectado la viveza de su caracter.

Lady Darrell, pareció contentarse con esta aclaración, á fuer de discreta.

—Tengo la seguridad,—añadió dirigiéndose á mis Hastings,—que usted me ayudará en cuanto pueda. Haremos

Biblioteca Nacional de España

juegos de sociedad y daremos un baile, pero tendremos tiempo de arreglar esto, en tanto que llegue nuestro huésped.

Y ansiosa, antes de que Paulina pudiese decir algo más lady Darrell, abandonó la estancia.

—¡Mi querida Paulina,—dijo la cariñosa dama,—si usted quisiese!...

Pero se detuvo súbitamente, pues la joven manifestaba en su rostro una extraña expresión, inenarrable.

En sus negros ojos brillaba un destello orgulloso, triunfante... en sus labios se veía una sonrisa de éxito; Paulina miraba como si viese algo futuro, y aquel algo, que la hacía estremecer, parecía complacerla.

De pronto, levantóse, con las manos entrelazadas, evidentemente, olvidando que no estaba sola.

—¡Nada mejor!—exclamó.—¡No podía pedirle á la suerte cosa más hermosa!

Cuando mis Hastings, admirada de sus extraños y excitados modales, la interrogó; Paulina miróla con la misma expresión del que despierta de un profundo sueño.

—¿En qué está usted pensando, Paulina?—preguntó la institutriz.

—Pensaba,—dijo con maligna sonrisa,—que la fortuna siempre favorece á los que saben esperar. Yo he esperado y mi paciencia se ve recompensada.

Llegó el jueves. En verdad lady Darrell no escaseó los preparativos para recibir á su huésped; una cosa parecida á la recepción de un guerrero que vuelve al hogar cargado de honores y laureles... selectos vinos, flores de gran coste, dulces sonrisas... todo aguardaba al feliz y hermoso capitán. Lady Darrell había puesto la marca de su bnen gusto en el traje que estrenó aquel señalado día... una sencilla bata de seda blanca con lazos, y unas cuantas flores en los dorados cabellos. Parecióle aquello lo mejor que ponía llevar; Langton la vería por primera vez en su ac-

Biblioteca Nacional de España

tual posición, y la viuda estaba ansiosa porque la primera impresión fuese agradable.

—¡Bienvenido una vez más, á Darrell Court!—dijo tendiéndole la blanca y diminuta mano.

—¡Paréceme ser admitido en el Paraíso!—dijo el capitán en tono algo irreverente; y entonces se inclino con la gracia de un caballero, y estrechó la nacarada mano que aun conservaba entre las suyas.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXXII

TRIUNFO DEL CAPITAN LANGTON

Lady Darrell estaba altamente preocupada. Todas las jóvenes que habían conocido á Aubrey tenían no solo igual criterio que ella, sino superior aún.

Indudablemente era gracioso, guapísimo y cortés en sumo grado; lady Darrell no podía imaginarse otro hombre más galante ni más complaciente. ¿Por qué pues Paulina le tenía tanta aversión y quería evitarle?

Al segundo día de su visita, lady Darrell dió una gran comida. Lady Hampton, que supo la llegada del capitán con notable disgusto, estaba como es de suponer entre los invitados, y Paulina, con gran pesar suyo, conoció que se imponía su asistencia.

Lady Darrell aprovechó la oportunidad para presentar-

Biblioteca Nacional de España

se, por la primera vez desde el fallecimiento de su marido, en *grande toilette*. Vestía un traje de brocado azul maravilla de color y confeccion, bordado de flores, cuya delicadeza sobrepujaba todo lo conocido. Llevaba encima los valiosos brillantes de la casa Darrell, descansando sobre sus rubios cabellos la corona baronal, obra maestra como faetura y riqueza. Los invitados se dijeron unos á otros que aquella preciosa viuda era la octava maravilla.

Pero cuando Paulina entró en el salón, lady Darrell se vió eclipsada, como se eclipsa la luz de las estrellas ante el primer rayo de sol. Paulina no llevaba joya alguna; la perfecta hermosura de su rostro tampoco las necesitaba. El óvalo perfecto de su rostro se destacaba sobre su cuello admirable, y sus esculturales formas eran el sueño de un artista de la antigüedad.

Fué extremadamente admirada; los jóvenes la contemplaron con una expresión casi de devoción y las mujeres cuchichearon entre ellas, pero nadie se atrevió á demostrarle gran interés pues lady Hamptón había insinuado que su sobrina no tenía gran simpatía por miss Darrell. Muchos temieron no ser bien recibidos por aquella altiva desheredada que llevaba en su rostro el sello de la sinceridad.

Paulina, sin embargo, estuvo divinamente en esta ocasión. A despecho del falso juicio que sin Osvaldo formó sobre ella, una innata delicadeza reinó en todas sus palabras y acciones. Habló, entre otros, más especialmente con la anciana lady Percival, que había conocido á su madre, y que profesaba y realmente sentía el mayor afecto por Paulina; hablaron durante la comida y después de la comida, y luego, viendo que todos los invitados estaban entretenidos, Paulina se deslizó fuera del salón.

Exhaló un hondo suspiro de alivio cuando se vió al aire libre, bajo el inmenso firmamento. Flores y pájaros, rayos de luz, fragantes aromas, todo aquello le producía un

Biblioteca Nacional de España

encanto inefable. En el bosque cantaba un ruiseñor. ¿Qué música podría compararse á aquélla?

—¡Admiro,—se dijo la joven,—como siendo el mundo de la naturaleza tan hermoso, es tan estúpido el mundo de los hombres!

—¡Paulina!—dijo una voz cerca de ella.—La he seguido á V.; no he podido remediarlo.

Volvióse rápidamente y vió al capitán Langton, en la con la faz enrojecida, con los ojos impregnados de una luz sombría.

—¿Quien le ha dado á V. derecho para esto?—preguntó.

—Nadie ni nada;—replicó Aubrey,—pero me vuelvo loco. ¿Me comprende V.? Me vuelvo loco.

La joven pareció dar tanta atención á sus palabras, como al zumbido de los insectos que pululaban en el césped.

—¡Tiene V. que oirme!—exclamó el capitán.—¡No quiero que desvie V. sus altivos ojos! ¡Míreme V... escúcheme... ó bien!...

—¡O bien me asesinará V.!—interrumpió Paulina.—No es la primera vez que V. me amenaza. No quiero verle ni oirle á V.

—Paulina... la digo á V. que me vuelvo loco. La amo á V. tanto que la vida es un tormento, una tortura para mí, y sin embargo, la odio tanto tambien, que casi quisiera tener su vida en mi mano y pisotearla... Oigame V. Conozco que está en mi mano el casarme con esa viuda... á quien V. odia. Conozco que está en mi mano el ser el dueño de Darrell Court... casi me lo indica... pero, Paulina, prefiero su amor á toda la fortuna del mundo.

La joven volvió hacia él su rostro, severo y altivo; había en sus ojos un destello de supremo sarcasmo.

—Repito,—dijo,—que ignoro con qué derecho me diri-

Biblioteca Nacional de España

ge V. semejantes palabras. Si me diesen á escoger entre ser suya ó de la muerte, sería de la muerte. No encuentro palabras para expresar el desprecio y la repugnancia que V. me inspira. Si V. repite lo que yo creo un insulto, se arrepentirá V. Se lo prevengo.

—¡Qué hermosa fiera! balbuceó Langtón.—¡Su orgullo la hará desgraciada!

—Sí...—replicó Paulina calmosamente,—cásese V. con lady Darrell. He jurado que me vengaría de ella; más completa venganza que dejarla casar con V. no podía soñarla.

—¡Una hermosa fiera!—repitió con el rostro blanco por la rabia y los labios espumantes.

Paulina siguió su camino dejándolo presa de un furor indescriptible.

—La amo y la odio,—se dijo.—Quisiera velar su rostro para que ningun mortal la viese; daría mi vida por un beso de sus labios y... la odio, sin embargo. Ella es la causante de mi ruina... y quiero destrozar su vida. «Cásese usted con lady Darrell», me ha dicho. Está bien; obedeceré.

Y regresó al interior de la casa. Nadie observó que su fisonomía sstaba pálida como la cera, y que en sus ojos se cuajaba una nube sombría.

—Procuraré casarme con Leonor,—repitió,—y hacerla sufrir.

¡Qué contraste entre la graciosa mujer de blanca faz y cariñosos modales, y la joven que acababa de dejar, con su apasionado y altivo desdén! Lady Darrell le miró con ojos de dulce bienvenida.

—¿Viene V. de los jardines?—dijo.—La noche está muy hermosa.

—¿Me echaba V. de menos, lady Darrell... Leonor?—preguntó el guapo oficial, balanceándose en la silla.

Vió un repentino rubor en las mejillas de la viuda, y

Biblioteca Nacional de España

su corazón se estremeció de alegría al conocer lo fácil de la conquista.

—¿Me echaba V. de menos, Leonor?—repitió.—¿Me permitirá V. que la llame Leonor? Es el nombre más hermoso del mundo.

Era casi cruel que el capitán juguetease con ella, pues aun cuando Leonor guardaba los convencionalismos hasta su último límite, y su corazón no era gran cosa, todo cuanto poseía era de aquel hombre. A éste le era muy fácil engañarla; lady Darrell estaba tan propensa á quererle que el capitán sintió por ella cierta afección compasiva. Clavó Leonor en él sus azules ojos, y se reveló en ellos un amor inmenso.

—Estoy muy contenta de que mi nombre le guste á V.—dijo.—Jamás me había fijado en él.

—¿Y le gusta á V. ahora?—preguntó, y balanceándose de nuevo en su silla, murmuró algo que hizo enrojecer las mejillas de lady Darrell.

Todos se fijaron en estas atenciones y cuchicheos, y lady Hamptón, que no fué la última en observarlo, se ahogaba de despecho. También lord Aynsley puso mal gesto, comprendiendo que toda esperanza de conquista de la hermosa viuda estaba perdida para él. La gente hizo sus comentarios sobre el asunto, diciendo muchos que era una excelente elección, siendo el capitán Langtón muy apreciado por sir Osvaldo, pero otros pensaban que lady Darrell con su lindo palmito y gran fortuna podía emplearse mejor.

Nadie censuró que la viuda quisiese contraer nuevas nupcias, pero se desaprobaba el que la elección no recayese en persona de más viso.

Nadie dudó en la casa que el capitán era el futuro dueño. Langtón se convirtió en la sombra de lady Darrell. Donde quiera que esta fuese, el capitán iba detrás; le hacía el amor con más perseverante asiduidad, y con una

Biblioteca Nacional de España

energía que semejaba á la de un hombre que toma con empeño un asunto en el cual se juega la vida.

Hasta tomó ciertos aires de amo y señor. Sabía que con sólo decir una palabra, Darrell Court era suya. Hablaba con tono autoritario, y los criados no vacilaban en obedecerle como al dueño reconocido.

Silenciosa, altiva, Paulina Darrell permanecía aislada y vigilante... vigilante con un aire de triunfante silencio, que admiraba á miss Hastings... vigilante, pero sin pronunciar una palabra... manifestando su desprecio y su y su desagrado, pero sin decirlo... vigilante, como un brillante espíritu de la fatalidad.

Pasaron los radiantes días estivales y el capitán Langtón permanecía aún en Darrell Court, decidiéndose finalmente á declarar su amor á lady Darrell. Fué aceptado. Era esto á últimos de julio, pero, para guardar las conveniencias, quedó convenido que el casamiento no se celebraría hasta la primavera siguiente.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXXIII

¡SE CUMPLIÓ MI VENGANZA!

Era una bella y calurosa mañana, en la que la naturaleza parecía sumida en letargo, y Paulina, encontrando los vastos salones demasiado calurosos, salió fuera de casa y corrió á cobijarse bajo la copa de su árbol favorito, el inmenso y secular cedro. En cuanto tomó asiento, con un libro en la mano... del cual no volvió ninguna página... miss Hasting la contempló, admirada de la sombría nube que se extendía por el hermoso rostro de su pupila, de aquel pensamiento doloroso que parecía dominarla, temiendo que esperase aún la venganza que se había jurado á sí misma; y hacia ella, tan silenciosa y absorta, se encaminó lady Darrell, vestida de blanco y con una cinta azul anudada á sus rubios cabellos. El brillo y la freecura de la mañana parecía reflejarse en sus blancas mejillas,

Biblioteca Nacional de España

cuando se aproximó con la sonrisa en los labios y una altiva mirada en sus azules ojos.

—Me alegro infinito de encontrarlas á las dos reunidas, —dijo.—Tengo algo que decirlas.—El color y la sonrisa se borraron.—Quizás sospechen ustedes de lo que se trata. Miss Hastings, V. se sonríe... y V., Paulina, no quiere mirarme. El capitán Langton me ha pedido que sea su esposa, y he aceptado.

Hubo una pausa. Miss Hastings la felicitó y la desió muchas felicidades Paulina, primeramente, se quedó ensimismada, con el rostro entre las manos, pero luego se repuso, guardando perfecto silencio.

—Paulina,—exclamó lady Darrell.—Hoy soy muy feliz, no turbe V. mi felicidad ¿No desea mi dicha?

—Imposible,—replicó la joven con voz temblorosa,—¡V. no será feliz!

Luego, mirando la sorprendida faz de lady Darrell, pareció recobrar su completa calma.

—¡Le deseo tanta felicidad—añadió con amargura—como V. se merece!

—Esto es muy poco,—dijo lady Darrell con ligera sonrisa.—No encuentro en mí nada que merezca demasiada dicha.

Entonces miss Hastings pensando que sería mejor para que llegaran á un acuerdo el que estuviesen solas, se alejó disimuladamente.

Lady Darrell se aproximó á la joven. Le puso una mano sobre un hombro y la dijo con suplicante expresión:

—Paulina, después de todo, yo era la esposa de vuestro tío; por esta sola causa debía usted ser un poco más buena conmigo. El casamiento es un lazo para toda la vida y no cuestión de una hora. ¡Oh, Paulina, Paulina... si tiene usted alguna razón que oponer á mi casamiento con Aubrey Langton, dígamela usted, por el Dios que nos vé, dígamelo usted! ¡Sus modales son tan extraños para él!... ¡Si

Biblioteca Nacional de España

conoce usted alguna cosa, dígamelo usted, cuando es hora todavía... dígamelo usted!

Reinó entonces un profundo silencio interrumpido tan sólo por el canto de un pajarillo entre las ramas del cedro, y el murmurio del viento al mover las hojas.

—¡Dígame usted, por Dios, lo que sepa!—repitió lady Darrell, apretando tiernamente el brazo de Paulina con su blanca mano.

—Nada tengo que decirle,—replicó brevemente.—Le suplico, lady Darrell, que no me manosee el brazo. Nada tengo que decirla.

—No me engañe usted... es preciso que haya una razón para que usted proceda de ese modo. Dígamelo usted ahora, luego sería tarde.

Había casi una expresión de agonía en su rostro y en su voz, pero Paulina se encaminó resueltamente en opuesta dirección, dejando á lady Darrell bajo el cedro.

—¡Debo equivocarme!—pensó lady Darrell.—¿Qué puede saber de él? Es preciso que yo sea muy maliciosa para sospechar de ese hombre... indudablemente si dudase de él, dudaría de Dios mismo. Es el carácter de esa mujer... su brutal carácter, nada más.

Y probó lo mejor que pudo á olvidar las palabras de Paulina y recordar solamente su futura felicidad.

—Paulina,—dijo miss Hastings apenada, cuando se reunió con la joven,—no puedo comprenderla á usted.

—Ni yo misma puedo comprenderme,—replicó miss Darrell.—Creía que mi corazón no tenía ya debilidades ni flaquezas, y he comprendido que me engañaba.

—¡Me hace usted temblar!—exclamó miss Hastings.—¡Qué extraña anomalía! ¡Oh, Paulina, disipe usted esa sombría nube que la rodea, y olvide su idea de venganza, la cual la ha cambiado tan completamente.

La joven la miró con una sonrisa, una dura y amarga sonrisa.

Biblioteca Nacional de España

—Tendré mi venganza—dijo tètricamente—el día en que se casen.

Ni las indirectas, ni las declaradas interrogaciones de la cariñosa señora pudieron sacar de Paulina una palabra más.

Miss Hastings tomó con empeño el saber qué secreto guardaba Paulina en su corazón, pero por Agosto cayó gravemente enferma y no pudo continuar sus exploraciones.

Lady Darrell envió por el doctor Helmstone, y éste aconsejó á miss Hastings que fuese á residir á un puerto de mar, permaneciendo en él hasta el otoño. A sus ardientes súplicas, Paulina contestó ofreciéndole que la acompañaría.

—El viaje le será á usted tan provechoso como á mí,—dijo la ansiosa lady; y miss Darrell comprendió que para su objeto era casi mejor abandonar á Darrell Court.

—Iré,—dijo.—Sé en lo que está usted pensando. Mi venganza se cumplirá. No hay razón alguna que me obligue á permanecer aquí.

Después de muchas discusiones, quedó acordado que se reunirían en un lindo pueblecillo marítimo llamado Omberleigh. Varias causas lo hacían recomendable: la costa era pacífica, la escena bellísima, el pueblo tranquilo, y los bañistas escasos y de la clase más elevada. No era posible encontrar un lugar más precioso que Omberleig.

Lady Darrell se portó generosamente. Con sus distinguidos y amables modales, miss Hastings le había sido muy simpática, y la apreciaba del modo que ella apreciaba á las gentes. Insistió en encargarse de todos los preparativos concernientes al viaje, y lo arregló con verdadero lujo.

—No tiene que ocuparse de nada,—dijo con su gracia habitual—sino de procurar que el viaje le siente bien. Espero que vuelva usted más joven y gruesa.

Biblioteca Nacional de España

Lady Darrell escribió á Omberleigh, donde un agente buscó una confortable vivienda. Cuando miss Hastings quiso oponerse, le contestó sonriendo:

—No tengo nada que hacer sino procurar el mayor bienestar posible á mis amigos.

Lady Darrell parecía, al decir estas palabras, la mujer más feliz del mundo. Había aumentado en juventud y hermosura. El sueño de toda su vida de amor, el sueño ideal iba á realizarse. Era rica en todos los gustos del mundo, y estaba en su poder hacer rico y feliz al hombre á quien amaba. Tenía, por la primera vez de su vida, todas las complacencias del corazón; y la felicidad la había hecho más tierna, más cariñosa y más considerada para los demás.

Lady Hampton deploraba la gran equivocación que su sobrina iba á cometer. Había confiado reservadamente á sus amigos de confianza que Leonor se perdía miserablemente arrojándose ciegamente en brazos del capitán. Daba pena, añadía, ver esto, cuando lord Aynsley estaba locamente enamorado.

—Pero, después de todo,—concluyó con un suspiro,—esto es un asunto en el que no puedo intervenir.

—¿No quiere usted estar sola, lady Darrell?—preguntó miss Hastings la víspera de su viaje.

—No,—contestó Leonor con un suspiro de inefable contento.—No quiero estar sola ya nunca. La soledad y la tristeza no serán jamás mis compañeras.

El día en que la institutriz y Paulina tenían que marchar, ya tarde, lady Darrell fué á la habitación de esta última.

—Espero que usted me dispensará,—cuando la joven se la quedó mirando con sorpresa,—pero deseo decirla á usted algunas palabras antes de su partida. Deseo pedirle á usted un favor. ¿Me promete decirme si á miss Hastings le hace falta alguna cosa? La encuentro muy débil.

Biblioteca Nacional de España

—Entiendo que miss Hastings queda á mi especial cuidado,—replicó Paulina.

—Pero usted debe permitir que yo le ayude. Tengo un verdadero afecto por ella, y deseo probárselo con obras.

—Miss Hastings lo agradecerá mucho en cuanto lo sepa.

—Es que no deseo que me lo agradezca; ni quisiera que supiese una sola palabra de esto. Con toda su amabilidad miss Hastings es un carácter muy independiente, una independencia que yo respeto; pero el cuidado de un enfermo es costoso... buenos vinos, comidas y accesorios de valor...

—No le faltará nada,—observó la joven.

Lady Darrell se aproximó á ella.

—Paulina,—dijo gentilmente,—ha repelido usted constantemente todos mis esfuerzos amistosos; usted no quiere ser mi amiga. Pero ahora, querida, ahora que soy tan feliz, no existe más nube en mi firmamento que la sombra de su animadversación contra mí. Sea usted buena. Si la he hecho daño, perdóneme.

—Usted me ha hecho daño y lo sabe. Todo cuanto hablo usted de perdón es para mí una farsa; es demasiado tarde para ello. ¡Tengo ya mi venganza!

Lady Darrell echó una mirada tenebrosa sobre Paulina.

—¿Qué dice usted, Paulina?

—¡Repito que estoy vengada!

—¿Cuál es su intención de usted? Nada, de momento, me hace sospechar... ¡Usted se chancea, Paulina!

—Sería mejor para usted que así fuese. Pero le digo á usted en verdad que tengo mi venganza.

Y estas palabras sonaron en los oídos de lady Darrell hasta mucho tiempo después de la partida de Paulina.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXXIV

EN LA PLAYA

Empezaba la marea, el sol se ocultaba detrás del horizonte del mar; sus rayos de escarlata y oro parecían reflejarse en cada gota de agua y las ondas eran una masa de rosa y oro; una dulce brisa cargada de ricos y aromáticos olores, venía de los bosques de pinos, pareciendo que besaba las olas arrancando chispas blancas de su crestadura. Las doradas olas se extendían hasta que la vista alcanzaba el horizonte. La amarillenta arena de la playa era fina y muelle; los peñascos que limitaban la costa estaban cubiertos de verde y lujuriosa vegetación.

Paulina Darrell había ido á la playa, dejando en casa á miss Hastings, la cual estaba ya mucho mejor, permitiendo su estado el que se le descuidase algún rato.

Había un huequecillo en una de las rocas, y la joven se

Biblioteca Nacional de España

sentó en él con el inmenso y hermoso mar enfrente, y las melodiosas olas murmurando á sus pies. Había llevado un libro consigo, pero leyó poco; la lectura no tenía encantos para ella entonces. Además, el héroe de la novela era demasiado perfecto.

Con los ojos fijos en la dorada masa de las ondas, pensaba en la diferencia entre los hombres de las novelas y los hombres de la vida real. En los libros son todo bravura ó vicio, todo nobleza ó mezquindad.

Pasó revista en su imaginación á todos los hombres que había conocido, empezando por su sencillo y genial padre, el inteligente y humorístico artista, que definía el carácter de un hombre con dos frases epigramáticas. No era un héroe de novela; gustaba de su cigarro, de beber «su copita» y de bromear. Pensó en sus francos y pintorescos compañeros de arte, bruscos en lenguaje, rectos de corazón, manirrotos, generosos, capaces del propio sacrificio, que jamás olvidaban la prosperidad de sus colegas, ni se declaraban enemigos de todo lo que brillaba... y, sin embargo, no eran héroes de novela. Pensó en sir Osvaldo, el majestuoso y noble señor la antigua usanza, que había hecho su nombre y su raza tan queridos, y que sin embargo se había equivocado tan altamente en su matrimonio y en su testamento. Pensó en el capitán, hermoso y fino de modales, y su rostro palideció al recuerdo suyo. Pensó en lord Aynsley, por el cual sentía una amistosa simpatía, y cuyo amor por la dulce é insignificante lady Darrell le había chocado.

Entonces empezó á reflexionar cuán extraño era todo cuanto había leído hasta entonces, y sin embargo, ni en las novelas ni en la vida real había encontrado un hombre digno de su amor. Sus fríos labios bosquejaron una sonrisa de desdén al pensar esto.

—Si algún día amo á alguno de ellos,—se dijo,—será preciso que le reconozca como dueño mío. No quiero amar

Biblioteca Nacional de España

á ningún hombre que sea débil de cuerpo, alma, corazón ó inteligencia. Es preciso que sea mi dueño; que mi alma ceda á la suya; que vea en él la verdadera estrella que guíe mi vida y regule mis acciones...

De pronto interrumpió su mental soliloquio la presencia de un hombre, alto, esbelto, que recorría la playa con vivo paso.

Se detuvo á poca distancia sobre una roca y saltó á la arena.

Sus ojos estaban fijos en la inmensidad del mar, y Paulina, atraída por sus formas de varonil belleza, su estatuaria actitud, y la grande y suelta gracia de sus movimientos, se quedó mirándole.

En el Louvre había admirado algunas maravillosas estatuas y aquel hombre se los hizo recordar. Encontróle gran semejanza con una de Antinoo, de noble y bella faz, con rizada cabellera.

Le contemplaba con admiración. Había visto muchos hombres de facciones bellas, pero era la primera vez que veía un hombre de conjunto tan noble y magnífico.

—Si su alma se parece á su rostro,—pensó Paulina,—he aquí un héroe.

Y seguía contemplándolo con verdadera inconsciencia, y la admiración fué haciéndose lugar en su corazón.

—Me gustaría oirle hablar,—se dijo,—conocer la voz que ha de acompañar esa figura.

Fué un ensueño, un largo ensueño, durante el cual la joven recordó poemas y poetas, barajando en su imaginación amores y esperanzas.

El sol se iba hundiendo bajo las encendidas nubes de viva púrpura, y el paseante levantóse entonces, encaminándose lentamente lejos de la orilla.

—Quizás no le vea jamás,—pensó Paulina;—pero recordaré ese rostro hasta mi muerte.

Biblioteca Nacional de España

Una gran serenidad pareció extenderse sobre ella, y su corazón latió de una manera inusitada.

Miss Hastings dejó el periódico lanzando una exclamación de sorpresa.

—Me alegro de haber venido á Omberleigh.—dijo.—Imagine usted, Paulina, quien está aquí. Usted ha oído hablar de los Saint Lawrences. Yo eduqué á Laura Saint Lawrence y esta casó bien y marchó á la India. Su marido desempeña allí un elevado cargo. Lady Saint Lawrence está aquí con su hijo sir Vane. Estoy muy contenta.

—Y yo también por usted, —contestó Paulina.

—Es preciso que vaya á verla,—continuó mis Hastings. Viven en el Mar Viejo.

—¡Saint Lawrence!—dijo Paulina recalcando la palabra.—Me gusta el nombre, suena muy bien.

—Es una nobilísima familia,—observó miss Hastings. —Lady Saint Lawrence ha sido siempre mi ideal de la perfecta dama inglesa. No eran muy acaudalados, pues perdieron gran parte de su fortuna cuando murió sir Arturo. Supongo que la familia no permanecerá aquí mucho tiempo y no me perdonaría nunca el que se marchasen sin ir á saludarles. ¿Quiere usted uenir conmigo, Paulina?

—Con mucho gusto.

Se encaminaron á la Mar Vieja y llegaron á un precioso hotel en el cual entraron, preguntando por lady Saint Lawrence.

Fueron conducidas al salón y á los pocos minutos compareció una hermosa, gentil y graciosa lady que derramó algunas lágrimas al estrechar entre sus brazos á miss Hastings.

Biblioteca Nacional de España

—Me ha parecido usted un espíritu del pasado,—dijo. —Creo ver á Laura pequeñuela en cuanto la he visto á usted. Nada hay en el mundo que me haya complacido más que esta visita.

Luego fijó sus ojos con admiración en la hermosa joven que había ido con la institutriz. Esta hizo la presentación.

—¡Miss Darrell?—dijo la dama.—Parece mentira que no me conozca usted de oídas. Mi marido fué en su juventud grande amigo de sir Osvaldo.

Paulina, conociendo que las dos señoras tendrían muchas cosas que comunicarse, pidió permiso para distraerse examinando unos libros que había sobre la mesa.

—Son de mi hijo,—dijo lady Saint Lawrence sonriendo; —y puede usted hojearlos sin inconveniente.

Eran obras de Tennyson, Keats y Byron y en cada uno de ellos se veía escrito con letra hermosa y clara el nombre «Vane Saint Lawrence». Paulina se engolfó en la lectura, cuando de pronto oyó la voz de lady Saint Lawrence, la cual decía:

—¿Cómo has tardado tanto, mi querido Vane?

Al levantar los ojos Paulina, se vió delante el mismo rostro que tanto le había preocupado en la orilla del mar. Ahora le tenía más cerca y podía apreciar con mayor exactitud el exquisito refinamiento de aquel bello semblante. La ardiente y clara expresión de sus ojos negros y la fina cabellera completo marco de tan perfecto cuadro. Lady Saint Lawrence habló, pero el sonido de su voz parecióle á Paulina que venía de muy lejos. Sin embargo, la dama había dicho sencillamente:

—Miss Darrell, permítame usted que le presente mi hijo.

Y luego reanudó su conversación con miss Hastings, interrumpida por la entrada de sir Vane.

Ambos jóvenes guardaron silencio por algunos momen-

Biblioteca Nacional de España

tos. Y sir Vane, herido por súbita impresión, trató de recobrar su sangre fría. ¿Qué había pasado por él? ¿Qué mágica y extraña influencia le dominaba? Diez minutos antes había entrado en el salón con el corazón ligero, con la mente despreocupada, con la sonrisa en los labios y sin pensar en el porvenir. Diez minutos habían producido un cambio radical; ahora se encontraba con la mente llena de confusión, mirando en el abismo de aquellos negros ojos en los cuales se veía perdido.

Hablaron pocas palabras; la calma y el silencio que reinaba sobre ellos durante este primer momento no fué roto; era más elocuente que las palabras. Vane se sentó á su lado; la joven aun tenía un libro abierto en las manos. Vane se fijó.

—Elena,—le dijo,—¿le gusta á V. esa historia?

Y al contestar ella que sí, cogió el joven el libro y leyó las nobles palabras que sir Lancelot dirige á Lily Maid.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXXV

REDIMIDA POR AMOR

—Sólo el amor podrá redimirla.

Esta es la frase que meses antes pronunciara miss Hastings hablando de Paulina, cuando vió su gran naturaleza desequilibrada por el rencor y obscurecida por implacable deseo de venganza. Ahora iba á ver el cumplimiento de su profecía.

Con una naturaleza parecida á la de Paulina, el amor no era una pasión ordinaria; toda la novela, la fiebre, la poesía de su corazón y de su alma se despertaron. El amor influyó hasta en su exterior, transformándola y transfigurándola. Paulina no era de las que quieren amar moderadamente, y si una atracción no era satisfactoria buscaba refugio en otra.

Si únicamente sir Vane hubiese sido un hombre her-

Biblioteca Nacional de España

moso, Paulina no se hubiese prendado de él; pero el alma y la inteligencia del joven se habían apoderado de ella. Era un noble mancebo, culto, generoso, puro, dotado de una magnífica inteligencia, cultivada hasta la más alta perfección. La innata nobleza de su carácter había influído en ella. Reconocía su superioridad; inclinaba su corazón y su alma ante él, orgullosa de las cadenas que se había ceñido.

¡Cuán pequeño é insignificante le parecía ahora todo! La misma pérdida de Darrell Court pasaba inadvertida para ella. Su vida tomó repentinamente otro aspecto. Se veía en un terreno desconocido; le causaba placer cualquier cosa de aquellas en que antes no se hubiera fijado. Era una pacífica y subyugada felicidad, que iba disolviendo su altivez con tanta rapidez como los rayos del sol funden la nieve... felicidad que iba limando las asperezas de su carácter, que iba quitando el desdén y la desconfianza, dejándole únicamente su dulce y graciosa humildad, su ternura femenil.

Miss Hastings, cuyo tema favorito era hablar de Paulina cuando ésta no estaba presente, había contado á lady St. Lawrence y á su hijo la historia del deseo de sir Osvaldo y su fracaso... que Paulina hubiese sido la dueña de Darrell Court y de toda la inmensa fortuna de su tío, si ella hubiese consentido en casarse con Aubrey Langton.

—¿Langton?—repitió sir Vane,—le conozco... es decir, he oído hablar de él; pero no recuerdo más sino que era un gran jugador y hombre cuya palabra jamás puede ser creída.

—Entonces mi pupila le había juzgado rectamente,—dijo miss Hastings.—Lo evitaba por instinto. Siempre le trató con el mayor desprecio. Con frecuencia la amonestaba por esto.

—Puede V. estar segura, miss Hastings, que el instinto de una mujer buena, en la opinión que forma sobre un

Biblioteca Nacional de España

hombre, jamás es errónea,—observó sir Vane; y luego, volviéndose á su madre con una dulce sonrisa:

—Madre,—dijo, gentil, después de oir semejante heroismo, no debe V. irritarse con Liliana Davenant otra vez.

—Es asunto muy diferente,—replicó lady St. Lavrence; pero parecía estar muy de acuerdo con el pensamiento de su hija.

Antes de que hubiese conocido á Paulina no se avergonzaba de amar sus lejanas reminiscencias más que todo lo presente del mundo... la vida para él, al menos por su parte, era todo esterilidad y carencia de esperanza. Pero Paulina ahora formaba parte de su alma, el centro de su existencia; conocía que era no sólo una mujer hechicera, sino la más noble y recta que había conocido. La fidelidad en él iba implícita; la amaba como únicamente un hombre leal y noble puede amar.

En cuanto á Paulina íbase modificando paulatinamente. Ella que se deleitaba en el cinismo, cuyos bellos labios se habían manchado con palabras punzantes y crueles, ahora le acogió un fondo de limpia, clara y bondadosa réplica y un criterio más benévolo. A veces, el antiguo hábito se imponía, y algún acerado sarcasmo se le escapaba y entonces él se lo reprochaba.

— Hace V. mal, miss Darrell... muy mal,—decía Vane. —Las personas nobles no son aquellas que motejan á sus semejantes, sino las que hacen cuanto pueden para ayudarlas.

— ¿Y puede V. ayudar á ese,—replicó Paulina,—cuando he oído decir que es un hombre falso?

—Pero su ridículo no le enmendará,—fué la respuesta; —es preciso que encauce V. sus impresiones de una manera más bondadosa. Los humanos, después de todo, han sido criados por Dios; y llevan en sí las huellas que la divina mano ha dejado en cada uno.

Biblioteca Nacional de España

Esta era una nueva y extraña teoría para la joven, que siempre había mirado con cierto desdén á sus semejantes.

—¿Y cree V. realmente que hay algo de bueno en cada persona?—preguntó.

—Algo no meramente bueno, sino noble. Mi secreta convicción es que en cada alma hay un germen de algo noble, aunque las circunstancias lo ahoguen. Cuando sea usted más vieja y conozca más el mundo, verá que tengo razón.

—¡Le creo á V.!—exclamó Paulina vivamente.—¡Siempre creo lo que V. me dice!

Y su rostro enrojeció por el calor de estas palabras.

—Tiene V. razón, - dijo.—Tengo faltas por un millón, pero mi afán de sinceridad no es menor que ellas.

Así, poco á poco, el amor redimía á Paulina, corregía sus faltas, é implantaba buenas cualidades en su lugar.

Aquel hermoso idilio de amor no permaneció secreto mucho tiempo; quizás los más interesados en el asunto fueron los últimos en saberlo. Miss Hastings, sin embargo, había seguido sus progresos, dando gracias al cielo porque su profecía acerca de su amada pupila se iba cumpliente. Ultimamente lo observó lady St. Lawrence, y aun cuando le tiraba mucho la gran dote de Liliana Davenant, reconocía que Paulina Darrell era la más hermosa y la más noble de las mujeres, la más cumplida joven que había conocido. Poseía una modesta fortuna, verdaderamente, pero, después de todo, el dinero casi podía olvidarse.

—Y si Vane se ha enamorado de ella,—dijo por último milady, convencida,—no seré yo quien intervenga para quitárselo de la cabeza.

Sir Vane y Paulina estaban siempre juntos; pero esto no obstante ni una palabra de amor se había cruzado entre ellos.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXXVI

AMOR Y PENA

—Miss Darrell,—dijo una tarde Vane que iban paseando juntos, seguidos por las dos señoras;—¿quiere V. decirme por qué no quiere salir á paseo conmigo... por qué desvía V. de mis ojos su hermosísimo rostro?

El rostro de Paulina se ruborizó y su corazón latió con violencia, pero no contestó.

—He contenido mi impaciencia durante estos últimos tres días,—continuó sir Vane,—pero ahora necesito hablarla á V. ¡No aparte V. sus miradas! La amo á V. y deseo que sea mi mujer... mi querida mujer... y la amo á V., la quiero y quiero agotar mi vida amándola. ¡No tengo esperanza más grande, más dulce, más querida que el poder llamarla mi esposa.

Tampoco contestó. Sin embargo, su silencio era más elocuente que las palabras.

Biblioteca Nacional de España

—Le parecerá extraño lo que le digo, Paulina, pero la amé á V. desde el momento en que la ví. ¿Lo recuerda V., amada mía? Estaba V. sentada con uno de mis libros en la mano, y al levantar sus ojos y elevarlos en mi rostro, sentí una inexplicable emoción; en aquel momento mi vida había cambiado. Mi corazón se fué con V., y conocí, aprécielo como quiera, que V. era la única mujer en el mundo para mí.

Paulina oíale con una feliz sonrisa dibujada en sus preciosos labios, y sus ojos, llorosos por la ternura, se volvieron hacia él.

—¡Usted es mi destino... mi hado! ¡Oh, si V. me amase, Paulina, si V. quisiese amarme, no habría yo amado en vano. Su amor me incita á conquistar nombre y fama... no para mí, sino para V... ¡Vuelva V. sus lindos ojos, Paulina! ¿No se ha incomodado V., Paulina?

El hermoso rostro se inclinó silenciosamente. El sol hería oblicuamente el mar inmenso; la brisa estival gemía en torno de ellos. Un indescriptible temor se apoderó de Vane. Seguramente en aquel hermoso día de verano, su amor no podía unirse á un cruel aniquilamiento. Su voz estaba tan llena de aquel temor, que, cuando habló de nuevo, Paulina, sorprendida, se volvió y puso en él sus ojos.

—¡Paulina!—exclamó.—¡Usted no puede ser cruel conmigo! No soy cobarde, pero mejor quiero la muerte que una negativa suya.

Entonces se encontraron sus ojos, y lo que Vane vió en los ojos de Paulina fué para él una revelación. En el mismo momento, Vane se llevó la mano al pecho para contener su corazón y se desbordó en un torrente de palabras... tan tiernas, tan amorosas, tan llenas de pasión y esperanza, que el rostro de Paulina palideció al oirlas y su esbelto cuerpo temblaba.

—¡Me había hecho V. temblar, amada mía!—dijo de pronto.—¡Ah, perdóneme V.! ¡Estoy medio loco de alegría! No sabe V. cuanto me ha costado decidirme á decir-

Biblioteca Nacional de España

le á V. eso, porque temía... no sé qué... así como si V. estuviese muy distante de mí. ¡Vea V... ahora está V. temblando! Hago como el que cogiese una blanca paloma entre sus manos, después de amarla, y la arrojase contra el suelo. Siéntese aquí y descanse un rato, mientras quiero decirla una y otra vez la misma cosa... ¡que la amo!

El sol jamás alumbró amores más puros y dichosos que aquellos. Las doradas puertas del paraíso estaban abiertas de par en par para los jóvenes.

—Nunca hasta hoy,—dijo Vane,—pude imaginar que la vida fuese tan hermosa. Sí, Paulina; el amor es su verdadero centro; no es el dinero ni la gloria... es el amor el que constituye la vida.

La joven alzó sus ojos al claro tranquilo cielo, y una infinita felicidad ascendió de su alma; una profunda y silenciosa plegaria surgió, inarticulada, de su corazón.

De repente se levantó, lanzando un grito de pena.

—¡Oh, Vane!—dijo cruzando las manos con desesperación.—¡He olvidado que no soy digna! ¡No puedo ser jamás su esposa!

Vane vió tal desesperación en su rostro, tal súbita angustia en sus ojos, que se estremeció; levantóse y fuese á su lado:

—¿Cómo, adorada mía? ¿Dígame por qué?—exclamó.—¡Paulina!... ¿Qué usted no es digna de mí? ¡Adorada mía!.. ¿Qué capricho... qué loca idea ha cruzado por su imaginación? ¡Usted es la más noble, la más sincera, la más digna mujer que existe en el mundo! Querida mía... tenga usted confianza en mí... dígame usted.

Y quiso cogerla una mano.

—¡No me toque usted, Vane!—exclamó.—¡No soy digna, no! Había olvidado; con la felicidad de su amor, y sabiendo que es tan sincero, olvidaba... pero, no; debemos separarnos... no soy digna de usted.

—Es necesario que yo pueda juzgar,—replicó Vane dul-

Biblioteca Nacional de España

cemente, y cogiéndola las manos:—Usted es mía por su promesa... su promesa de ser mi esposa y nadie puede relevarla de ella. En virtud de esa promesa ha de tener usted confianza conmigo, y decirme de qué se trata.

Paulina vaciló un momento; pero ante la poderosa y amante mirada del sér querido, murmuró:

—He cometido una cruel acción, Vane, un acto de venganza, y esto me borra de la lista de las nobles mujeres, y me deshonra.

—Quizás haya exageración en su juicio... confiémelo usted todo, querida mía.

Paulina permaneció un momento silenciosa, y luego sin omitir detalle alguno relató su vida, la lucha con su tío, su negativa á casarse con Aubrey Langton, el matrimonio de sir Osvaldo, la promesa de vengarse, y la realización de su venganza. ¿En qué consistía esta?

Relató el hecho de aquella noche en que sir Osvaldo había traído la cajita de valores al salón. En aquella terrible ocasión, sin poder conciliar el sueño, se levantó Paulina á media noche, con ánimo de encaminarse á la terraza. Al cruzar por el corredor, vió luz en el cuarto de su tío; por instintiva curiosidad, quiso ver lo que el anciano pudiera hacer... y ¡oh cielos!... su tío dormía como duerme un narcotizado, y el capitán Langton, teniendo delante la cajita de ébano, extraía el rollo de billetes de banco. Empujó la puerta y sorprendió al ladrón. La desesperación de éste fué tremenda llegando á amenazarla de muerte si daba un solo grito. Vaciló durante algún tiempo entre descubrir al ladrón ó no, pero temiendo que esto fuese un golpe mortal para su tío, á quien amaba después de todo, calló. Murió sir Osvaldo y llegaron los amores de Aubrey y Leonor. ¿Qué más venganza podía tomar contra ésta que dejarla casar con aquel hombre?

Hubo un momento de silencio, y después sir Vane preguntó:

Biblioteca Nacional de España

—Dígame usted, Paulina... ¿cree usted que lady Darrell se casaría con ese hombre si supiese lo que usted me ha contado?

—No, estoy segura. Lady Darrell ama sobre todo las apariencias, y no podría querer á un hombre deshonrado.

—¿Tardará mucho en realizarse el matrimonio?

—En la próxima primavera.

—Entonces óigame usted, Paulina. Ese casamiento no puede celebrarse; usted en conciencia y honradamente no debe permitirlo. Esta sería la expiación.

Algo parecido á un relámpago de esperanza cruzó por los ojos de la joven.

—¿Puedo borrar mi culpa?—preguntó.—Quiero hacer lo posible aunque fuese al precio de mi vida.

—Sí, Paulina, puede usted borrar ese pecado, yendo á Darrell Court, y confesándole á la viuda todo cuanto ha hecho usted en contra suya. Será doloroso, pero es lo digno, lo noble y lo recto.

—¿Y usted no me odiará, Vane?

—No. La amo á usted más que nunca. Si, después de lo que usted diga, lady Darrell persiste en casarse con el capitán Langtón, nada tendrá usted que reprocharse. Paulina, una vez realizado esto, ¿podré preguntarle cuándo quiere ser mi esposa?

Paulina lloró protestando que era indigna... muy indigna, pero Vane no quiso escuchar semejantes palabras.

—Nada queda de eso ya, querida mía, desde el momento en que se reconocen las faltas y se enmiendan.

La joven levantó hacia él sus flébiles ojos, iluminados ahora por un rayo de felicidad.

—Vane,—dijo,—mañana salgo para Darrell Court. No descansaré hasta cumplir mi expiación.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XXXVII

PAULINA Y LADY DARRELL

Paulina comunicó á miss Hastings su resolución de marchar inmediatamente á Darrell Court, cosa que sorprendió altamente á la buena señora.

—¿Qué quiere usted irse mañana á Darrell Court?—exclamó.—Eso no puede ser Paulina; usted no puede viajar sola. Si usted se va, es preciso que yo la acompañe.

Pero Paulina echó sus brazos cariñosamente al cuello de su amiga.

—No tenga usted cuidado,—dijo suplicante,—y déjeme ir sola. He hecho allá mucho mal, y quiero enmendarlo. Debo ir sola.

—¡Paulina! — exclamó miss Hastings gravemente. — ¿Quiere usted enmendar sus faltas?

—Quiero,—contestó sencillamente.—Cuando vuelva, le diré á usted algo que la complacerá mucho.

Miss Hastings llenó de besos aquel hermoso rostro.

—¡Cómo pensé!—dijo entre sí.—¡El amor la ha redimido!

* * * * * * * * * * * * * * * * *

Biblioteca Nacional de España

Lady Darrell estaba sola en su tocador; aquel día de otoño iba á su fin. Con tanta alegría como sorpresa suya, el capitán Langton había comparecido inopinadamente aquella mañana. Lady Darrell había hecho preparar una magnífica comida y esperaba la hora en que la camarera le anunciase la llegada de Aubrey, que había ido á dar un paseo antes de comer. El amor de Leonor había llegado al colmo. El hermoso capitán se había hecho una necesidad de su corazón.

Oyó pasos y su faz se enrojeció. Apareció la camarera... pero no fué á Aubrey á quien anunció. Miss Darrell había llegado en aquel momento y quería ver á la señora.

—¡Miss Darrell! ¡Algo pues ha ocurrido á miss Hastings! Que venga inmediatamente.

A los pocos momentos llegó Paulina, con el semblante pálido y ansioso.

—No,—dijo contestando á la primera pregunta de lady Darrell,—no se trata de miss Hastings. Era por hablarla á usted... pero sola. ¿Puede usted oirme algunos minutos?

Lady Darrell despidió á la camarera y se volvió hacia la joven.

—¿Qué pasa?—preguntó intrigada.—¿A qué obedece su repentina venida?

Sin contestar una palabra, Paulina dirigióse á la puerta, echó una mirada al exterior, y después, cerrando, sentóse al lado de Leonor, que la contemplaba con admirados ojos.

—¡Le he hecho á usted un gran daño,—dijo humildemente,—y vengo á enmendarlo!

Lady Darrell se incorporó temblorosa, presa de un instintivo temor.

—¡Oh, Paulina... Paulina!...

—Permítame usted que la cuente la historia de mi falta.

Y la joven relató punto por punto lo que había contado á sir Vane.

Biblioteca Nacional de España

Lady Darrell escuchaba con el velo de la muerte en el rostro.

—¿Es verdad eso, Paulina? ¿No persiste usted quizás en su venganza... y quiere hoy arrebatarme la única felicidad de mi vida?

—Querida lady Darrell, —dijo la joven,—nunca he tenido para usted una frase de cariño; pues bien, si fuese necesaria mi vida para evitarle una pena, daría con gusto mi vida.

—¡Aubrey Langton un ladrón!—exclamó lady Darrell. —¡Ah... eso no es verdad... quiero creer que no es verdad! ¡Le amo, y usted quiere que lo pierda! ¡Cómo puede usted inventar tal fábula! ¡Un oficial... un caballero! ¡No... no... no quiero creerlo! ¡Le amo... y si le pierdo!... ¡Porque no me lo decía antes, mujer cruel!

Y levantó sus brazos lanzando un grito de salvaje desesperación.

Nadie ha sufrido más que sufría Paulina en aquel momento.

—¡Oh, mi pecado!...—exclamó.—¡Mi vil pecado!

Probó á consolar á la infeliz mujer. ¡Vano empeño!

—¡No puedo creer á usted!—gritaba retorciéndose las manos.—¡Es una infame maquinación para destruir mi felicidad y mi vida! ¡Ah!... ¡Oigo su voz!... Venga usted conmigo, y repita eso en su presencia.

El capitán Langton, quedó sumamente sorprendido, al ver á su prometida, que, llevando de la mano á Paulina, le dijo con tono inusitado:

—¡Capitán Langton!... ¿Quiere usted venir?

Lady Darrell abrió el despacho y los tres penetraron en él.

—¡Miss Darrell!—exclamó Aubrey reponiéndose.—¡La hacía á usted en Omberleigh!

Paulina no contestó.

Lady Darrell en tanto cerró la puerta.

Biblioteca Nacional de España

Aubrey la miró sorprendido.

—Leonor,—dijo,—¿qué es lo que pasa? ¿Vamos á representar aquí algún drama?

—De usted depende,—contestó la viuda;—me alegro de que usted y miss Darrell se vean frente á frente.

La sorpresa de Langton se transformó en pavor.

—¡No comprendo!—murmuró.

Lady Darrell volvióse, pálida, hacia él.

—Capitán Langton,—dijo gravemente,—miss Paulina Darrell, dirige contra usted una terrible acusación. Dice que usted robó, una noche, un fajo de billetes del despacho de sir Osvaldo, y la amenazó de muerte si hablaba. ¿Es cierto?

—¡Miente!—balbuceó el infeliz.

—¡Miento!—replicó Paulina.—¿No estaba usted una noche en el despacho de mi tío, con un fajo de billetes en la mano?...

—¡No continúe usted!—gritó el capitán lívido.—¡Voy á traer las pruebas de su falsedad!

Y salió de la estancia como un loco. De los ojos de lady Darrell se desprendió un río de lágrimas.

Jamás se supo lo que había sido del capitán Langton.

. . . . . .

Tres años después, se leían las siguientes noticias en *The Times:*

«Lady Darrell, de Darrell Court, ha sacado de pila bautismal á Osvaldo St. Lawrence, hijo segundo de sir Vane y lady Paulina Darrell, cediéndole la rica propiedad de Darrell Court.»

FIN

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

	Páginas
Un carácter	5
¡Darrell Court es una cárcel para mí!	12
Alma rebelde en cuerpo hermoso	22
¡Usted quiere inutilizar mi vida!	28
El buen lado de Paulina	35
Los progresos de miss Darrell	41
El capitán Langton	47
La presentación	55
El lirio roto	61
Paulina continúa incorregible	67
¿Cómo terminará esto?	71
Leonor Recheford	79
Proyectos matrimoniales	85
El amor de Paulina por Darrell Court	93
Ruptura entre tío y sobrina	97
La reina del baile	103
Fantasías de Paulina	109
Rechazado	115
Paulina amenaza con vengarse	127
El capitán Langton desesperado	133
Robo misterioso	139
Cumplimiento del contrato	145
Hechos consumados	151

Biblioteca Nacional de España

Páginas.

Donativo rechazado. 157
Una verdadera Darrell 163
Cuestión embrollada 169
Dudas de sir Osvaldo. 175
Lectura del testamento 183
En espera de la venganza 189
¿Ayudará el destino á Paulina?. 195
El destino favorece á Paulina 201
Triunfo del capitán Langton 207
¡Se cumplió mi venganza! 213
En la playa 219
Redimida por amor. 225
Amor y pena. 229
Paulina y lady Darrell. 235

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Casa ✳ Editorial ✳ Maucci

OBRAS DE CAROLINA INVERNIZIO

El Beso de una Muerta ✳ ✳ ✳

La Venganza de una loca ✳ ✳ ✳

La Huérfana de la Judería ✳ ✳

Pasiones y Delitos ✳ ✳ ✳ ✳ ✳

El Espectro del Pasado ✳ ✳ ✳

Los Amores de Marcelo ✳ ✳ ✳

El Crimen de la Condesa ✳ ✳ ✳

El Resucitado. La hija del Barbero

Paraíso é Infierno ✳ ✳ ✳ ✳ ✳

El Último Beso ✳ ✳ ✳ ✳ ✳ ✳

El Genio del Mal ✳ ✳ ✳ ✳ ✳ ✳

Las Hijas de la Duquesa ✳ ✳ ✳

El Ermitaño (2.ª parte de las Hijas de la Duquesa)

El Secreto de un Bandido ✳ ✳ ✳

Barcelona — Buenos Ayres — México

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
BNE
1103267089

Biblioteca Nacional de España